

MUNDO HISPANICO

LA «DECLARACION DE PANAMA» EN TREINTA FOTOS

LA NAO DE MANILA
Y EL ARTE ORIENTAL EN ESPAÑA

LOS TRES GRANDES CUADROS DEL FUTBOL ESPAÑOL
(ATLETICO DE BILBAO, BARCELONA Y REAL MADRID)

N.º 104 - 15 PESETAS





"SEGOVIA"

UN NUEVO LIBRO

DE LA SERIE

«TIERRAS HISPANICAS»

UN ALARDE ARTISTICO

DE LAS EDICIONES

«MVNDO HISPANICO»

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:

E. I. S. A.

PIZARRO, 17

MADRID (España)

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela.

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS,
BODEGONES, RESTAURACION DE CUADROS
Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION

PELIGROS, 2

MADRID

ASTURIAS EN 1956

ES EL TEMA DEL PROXIMO NUMERO EXTRAORDINARIO DE
«MVNDO HISPANICO»

ASTURIAS, PIEZA CLAVE DE LA ECONOMIA ESPAÑOLA: LA MINA,
EL ACERO Y EL HIERRO, LA ENERGIA HIDRAULICA Y TERMICA,
LA GANADERIA...

EL PAISAJE, EL HOMBRE, LAS COSTUMBRES, LAS CIUDADES...

UN NUMERO EXTRAORDINARIO QUE SE PONDRÁ
A LA VENTA EN FECHA PROXIMA



50 pesetas
es el precio para nuestros suscriptores de las tapas ya editadas con
que pueden encuadernar la colección correspondiente a 1955 de

MVNDO HISPANICO

Sólida confección en
tela, con estampacio-
nes en oro, que hará
de cada tomo un ver-
dadero regalo de lujo
para su biblioteca.

Se hallan también edi-
tadas las de los años
1948, 1949, 1950, 1951,
1952, 1953 y 1954.

El precio para los no
suscriptores es de
60 pesetas.

Pedidos al señor Administrador de

**MVNDO
HISPANICO**
ALCALA GALIANO, 4
MADRID (ESPAÑA)

FILATELIA

Por JOSE MARIA FRANCES

NUEVOS SELLOS DE IFNI, GUINEA Y SAHARA



Su detalle en cuanto a valores y tirada de cada uno de ellos es el que sigue:
5 más 5 cts.; tirada, 750.000 sellos.
15 más 5 cts.; tirada, 750.000 sellos.
20 cts.; tirada, 600.000 sellos.
50 cts.; tirada, 500.000 sellos.

Estas cifras son idénticas para cada uno de los tres territorios y el plazo de validez de estos sellos es hasta su total agotamiento. En Guinea se utilizó, en Santa Isabel, el matasello del primer día, que reproducimos.

He aquí unas bellísimas series, cuyo acierto de dibujo, esmerada confección, baratura extraordinaria y tema buscadísimo en la actualidad, hacen de las mismas objeto de la predilección de los coleccionistas.



El 1 de junio, y como viene realizándose cada año, se pusieron en circulación en Ifni, Guinea y el Sahara español las nuevas emisiones de sellos con sobretasa de tipo benéfico.

Esta sobretasa, pequeña ciertamente, está destinada a ayudar a las obras del Patronato de Indígenas de los sellos de Guinea y a obras Pro Infancia de los sellos de Ifni y el Sahara.

Las tres series aparecidas en 1 de junio de este año reproducen en sus dibujos flores diversas de cada uno de los territorios.

Así, los dos dibujos de los sellos de Ifni, obra de los artistas Sánchez Algora y Jiménez Ontiveros, reproducen la planta denominada «senecio antheuphorium» y la flor «limonias-trum ifniensis».

Los de los sellos del Sahara, obra los dos de Lozano Prieto, reproducen las denominadas «antirrhinum romosissimum» y «sesivium portula castum».

Y, por último, los dibujos de los sellos de Guinea, realizados, respectivamente, por Ruiz de Medina y Teodoro Miciano, reproducen unas orquídeas y la «strophanthus kome».

Estas series, bellamente realizadas, se componen de cuatro valores cada una, por un total de una peseta cada serie.

Recientemente se ha aludido a lo que muchos denominan segunda época de los sellos de los territorios de España en África y que comienza el año 1949 como explicación de la preferencia considerable que hoy demuestran los coleccionistas de dentro y fuera de España por estos sellos. Y encontramos bien justificada tal predilección, pues los sellos modernos de Ifni, Guinea y el Sahara pueden con justicia enorgullecer a la Dirección General de Marruecos y Colonias, que los emite, pues al acierto de estas cuidadísimas emisiones se une la escrupulosa seriedad de que en todos los órdenes se las rodea.

CATALOGO DE MATASELLOS ARGENTINO

Con el título «Catálogo de matasellos de primer día, especiales y marcas aéreas de Argentina», Ediciones Gomis, de Valencia, acaba de publicar un interesante trabajo, primera parte de una obra que se anuncia como de verdadera importancia para los aficionados a matasellos de la Argentina.

El proyecto de los editores es de que la obra conste de cinco partes, que serán: 1.ª, «Primeros días de emisión»; 2.ª, «Matasellos especiales»; 3.ª, «Marcas aéreas postales»; 4.ª, «Marcas postales internas»; 5.ª, «Marcas y matasellos especiales relativos a la Argentina»; 6.ª, «Maniobras militares»; 7.ª, «Ferroviarios»; 8.ª, «Ambulantes»; 9.ª, «Fluviales y aeropostales»; 10.ª, «Turísticos» y «Bandeletas».

La primera parte de esta obra, «Primeros días de emisión», que es la aparecida, ofrece una muy cuidada presentación y unas clarísimas ilustraciones.

La obra comienza con un magnífico prólogo del ilustre presidente del Círculo Filatélico y Numismático de Barcelona, don Salvador Palau Rabassó, quien hace unas atinadísimas consideraciones sobre aspectos de la filatelia y de la Hispanidad.

Ediciones Gomis publica con éste el tercero de sus catálogos, ya que antes editó con evidente éxito los dedicados a matasellos de España y de Portugal.

Es de esperar que la obra que ahora comienza a publicar alcance igualmente el mayor éxito.

SELLO CURIOSO

La Administración Postal de Brasil ha emitido un sello de 1,20 cruzeiros, cuyo dibujo reproducimos, para conmemorar el XVIII Congreso Internacional de Geografía.

La celebración de este Congreso ha tenido lugar en Río de Janeiro.

Es curiosa la alegoría que de este Congreso se ha llevado a este sello, en el que figura una gran «G» y el globo terráqueo, más las leyendas correspondientes.

BUZON FILATELICO

Desean correspondencia para intercambio de sellos de Correos:

GUILLERMO CLEMENTE ALONSO.—Calle San Lázaro, B, número 7. PLASENCIA (Cáceres).

DOCTOR EDUARDO SCHUETZ SCH.—Casilla 375. Puerto Montt. CHILE.

MANUEL PIZAN DOMINGUEZ.—Avenida de Italia, número 35. HUELVA.

OCTAVIO HOYOS MANTILLA.—Calle 14, núms. 13-42. Santa Rosa de Cabal (Caldas). COLOMBIA.



Los LECTORES también describen

Los corresponsales extranjeros acreditados en cualquier país están obligados a buscar la mayor parte de su documentación en los diarios y revistas del país donde cumplen su cometido, en el supuesto de que quieran cumplirlo honradamente.

Puedo asegurar, sin lugar a exageraciones, que la magnífica revista mensual MVNDO HISPANICO ha contribuido en sumo grado a darme a conocer y querer a España y quizá a despertar en mí la curiosidad para los países de la América del Sur.

También en Holanda, sobre todo desde el fin de la última contienda mundial, existe un verdadero interés para los Estados de habla española. Importantes empresas de los Países Bajos, tanto comerciales como industriales, de navegación o de economía bancaria, han trasladado parte de sus intereses hacia estas tierras. La Compañía de aviación K. L. M. asegura servicios regulares entre Holanda y las principales capitales suramericanas.

Si los países hispánicos pudieran, en un futuro próximo, formar un bloque económico, político y social unido, este conglomerado podría actuar como potente fuerza de equilibrio por la cantidad de seres humanos que representaría su riqueza natural y su unidad de cultura. Estoy convencido que semejante unión de los países suramericanos junto con España, que es su Madre Patria, sería un factor decisivo para la conservación de la paz en el mundo entero.

Por sus artículos y reportajes precisos, que tanto han contribuido a la mejor comprensión entre los pueblos hispánicos, la revista MVNDO HISPANICO habrá contribuido en forma eficaz para el lauro de tal unidad. Porque uno de los grandes méritos de esta revista de los veintitrés países es el lazo entrañable que ha sabido crear entre la España de las tradiciones y los países de América del Sur, unidos ya por tantos lazos de cultura, de relación y de sangre.

Todavía espero que dentro de poco tiempo quizá podrá visitar personalmente a América del Sur. Y quiero que conste en estas líneas, que esta esperanza, que este deseo es la revista MVNDO HISPANICO, que los hizo brotar en mi corazón.

Deseo, pues, a MVNDO HISPANICO muchos años de éxitos para el mejor cumplimiento de su magnífica obra de paz.

THEO STOLS

Corresponsal de la prensa católica holandesa.

Aparte de agradecer los elogios que hace de MVNDO HISPANICO, tenemos mucho gusto en reproducir su carta por subrayar la interesantísima tesis de la unidad hispánica en los aspectos político, económico y social.

No estoy conforme con el criterio expresado por esa Redacción en el número 100 al seleccionar las 25 mejores portadas y las cinco peores. Me parece injusto poner entre estas últimas la del número 96. Soy refractario al arte abstracto, pero considero que el cuadro que da origen a esta portada encierra belleza. No creo que estén entre las 25 mejores las de los números 54, 61, 63 y 97, que me parecen meros tópicos andaluces. Son también vulgares las de los números 62 y 64 e intrascendente la del 65. Y no figuran en esa lista grande ni la 75 ni la 88, que son de antología. También pudieran estar entre las mejores las de estos números: 76, 78, 79, 80, 92 y 100.

A mí me gustan más las portadas pintadas o reproduciendo cuadros.

También creo que hacen falta más páginas en color, aunque sea aumentando el precio del ejemplar o reduciendo la calidad de los papeles.

LIBORIO FRANCISCO REDONDO

Riaza, Segovia (España).

Quizá tenga razón. ¿Por qué no? Ya decíamos que la selección de portadas a que se refiere correspondía al criterio de las gentes de Redacción y allegadas. Y sobre gustos, dicen, no hay nada escrito.

Error es humano. Pero hay que reconocer los errores para corregirlos y señalarlos para evitarlos. En el número 96 de MVNDO HISPANICO se lee: «... todos saben que Rodrigo escribió para Segovia su "Concierto para guitarra y orquesta"». Pero lo cierto es que fue escrito para Regino Sáinz de la Maza, quien lo estrenó, lo llevó al disco y lo divulgó por España, Portugal, América, etc.

Conviendría cuidar las indicaciones de páginas en el transporte de «colas» de artículos. A veces se dice, por ejemplo, que pasa a la 60, cuando la verdad es que pasa a la 62.

El grupo de la «leyenda negra» aun

respira. Persistentemente se trabaja para silenciar la justa denominación de «Hispanoamérica», e incluso en el número 97 de «M. H.», página 6, se coloca en un titular otra denominación. Y yo creo que las hermosas páginas de «M. H.»—y el adjetivo es exacto—deberían estar cerradas a estos nombres. En el descubrimiento, civilización y evangelización de América—otro error de denominación—no tuvieron que ver Italia y Francia. Vinieron después a sentarse a la mesa servida. Bienaventurados todos ellos y los que posteriormente se hubiesen agregado, pero cuidémonos del exceso en el reconocimiento de sus méritos, que va en perjuicio de lo justo y de lo que a los españoles corresponde.

D. FERNANDEZ

Avellaneda, 408, Buenos Aires (R. Argentina).

Nuestro lector se refiere, en su primer párrafo, al llamado «Concierto de Aranjuez». Y es cierto, naturalmente, que fue el guitarrista Sáinz de la Maza quien, con la Orquesta Nacional española, estrenó dicha obra.

En nombre de los lectores de «M. H.» de esta localidad, les felicito por el bello número «centenario». Son muchos los que aquí leen la revista, adquirida particularmente o en la Biblioteca Municipal, donde es muy buscada. Que el acierto les continúe guiando. ¡Qué bello, también, el 101!

Dos indicaciones. ¿Por qué no dan alguna página en huecograbado en colores? Aun daría más variedad a la revista. Y ¿cuándo podremos contar con los índices? Creo que el de este año debiera ir con el número de diciembre.

JAIME BARBERAN

Librería Vda. de Jaime Barberán. Enaguera, Valencia (España).

Los índices están ya entregados a talleres. A finales de noviembre podrán estar a la venta. El de 1956, efectivamente, irá con el número de diciembre.

He visto el número 100 de «M. H.» y me apresuro a felicitarles y desearles mis mejores votos para ese espléndido esfuerzo que da a conocer en el extranjero los inestimables tesoros artísticos de España. Espero de todo corazón que su esfuerzo sea apreciado en su justo valor.

F. KOLLER

Director de International Register of Nobility. 25, rue de l'Alliance. Bruselas, 3 (Bélgica).

Porque soy entusiasta lector de MVNDO HISPANICO y porque estoy de acuerdo con su tendencia y su filosofía, voy a opinar sobre ese apartado de «mejores portadas» y «peores portadas» que aparece en el número 100.

Cada cual puede tener sus gustos, y a mí me parecen malas portadas, por estrambóticas, las de los números 27, 32, 86 y 96. Y conste que a la 32 la hacen figurar ustedes entre las mejores. (Las otras tres no las incluyen, desde luego, entre las mejores, pero tampoco entre las peores.)

Y malas, por anodinas, las siguientes: 6, 36, 40, 44, 58, 59, 64, 65, 66, 82, 83, 87, 90 y 99. De ellas, las 64, 65, 87 y 90 las incluyen ustedes también entre las veinticinco mejores. Me parece que lo en ellas tratado o recogido puede ser más de interior de revista que de portada. La portada ha de tener algo de cartel, de llamada, y no algo informativo o descriptivo, y menos aún de pura fotografía. Y si me atrevo a decir esto es porque todas las demás me parecen excelentes.

Mis «veinticinco mejores» son: 3, 4, 5, 7, 8, 11, 15, 18, 21, 22, 23, 39, 46, 48, 49, 53, 54, 61, 72, 76, 91, 92, 98 y 100.

FRANCISCO CASTELLON DIAZ

Quinta Cardenal. Avenida Casanova. Jardín Húngaro. Caracas (Venezuela).

Si sobre gustos no hay nada escrito, sobre secretos de portada se han escrito muchas cosas. Y lo que usted escribe es muy respetable.

Abierta esta canal epistolar en torno a las portadas de «M. H.», invitamos a nuestros lectores a que nos escriban señalándonos sus preferencias. ¿Cuáles son—hasta el número 100—las veinticinco mejores? ¿Cuáles las cinco peores? Al cabo de un par de meses haremos un escrutinio, que publicaremos. Gracias, por anticipado, a cuantos atiendan esta súplica.

FRANCISCO LABADIE OTERMIN

Y
GONZALO CEREZO BARREDO

LA HORA DE ASTURIAS

ALGO DIFERENTE SOBRE ASTURIAS

No es un libro de Historia,
sino de Futuro.

Un reportaje vivo, de cara
a unas fabulosas posibilidades
industriales que
interesan a todos los
españoles.

Prólogo de Antonio Robert
212 fotografías

PEDIDOS A E. I. S. A.

PIZARRO, 17 • MADRID

estafeta

MAGDALENA MARTIN. Montserrat, 10. Madrid.—De treinta años, agradecería correspondencia con caballeros de España o América que se expresen en castellano.

MILAGROS COLL. Provenza, 275, 2.ª Barcelona. Señorita española desea mantener correspondencia, con fines culturales y amistosos, con caballero de treinta y ocho a cuarenta y ocho años.

ROSARIO COELLO. Plaza Virgen de la Cabeza, 8, Palma de Mallorca (Baleares).—Desea correspondencia con fines culturales y amistosos con caballeros mayores de treinta años, preferentemente latinoamericanos.

JUAN ESCARPENTER. Primo de Rivera, 14. Canet de Mar (Barcelona).—Desea intercambiar postales. Garantiza respuesta.

DAVEY. 1238 Clay Avenue. Bronx 56. New York City (U. S. A.).—Americano de color, de treinta y ocho años, ingeniero electricista de la Marina Mercante, en estado de buena salud y trabajo activo. Desea mantener correspondencia con joven española honrada y formal, sin hijos, de veinticuatro a treinta años de edad, a ser posible con experiencia de enfermera o secretaria, hogareña, religiosa, amante de la música, que haya tenido una buena educación, lleve el cabello largo, entienda un poco de inglés y esté dispuesta a viajar.

ROBERT BUTTERWORTH, 58 Hope Bank. Honley (Near Huddersfield), Yorkshire (Inglaterra).—De diecinueve años de edad, desea correspondencia con estudiantes españoles aficionados a la astronomía, piano, historia y pintura.

PEDRO JUAN. General Mola, 25. Elda (Alicante). Estudiante de Medicina, desea correspondencia amistosa con señoritas, preferentemente americanas, hispanoamericanas, de dieciocho años, escribiendo en español.

ELSIE MONSERRATE. J. P. Montufar y Francisco Marcos. Guayaquil (Ecuador).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo.

CARLOS BARRERA MONTENEGRO. Caupolicán, 360. Valdivia (Chile). Profesor, de treinta y dos años de edad, desea correspondencia sobre temas lingüísticos, con intercambio de diccionarios.

J. MARGARET ASHTON. 79 Tyrrell Avenue. Kent (Inglaterra).—Desea correspondencia con una señorita que estudie inglés.

NOTA IMPORTANTE.—Advertimos a nuestros lectores interesados en la sección «Estafeta» que, como hasta ahora, seguiremos dando en nuestras columnas, gratuitamente y por riguroso orden de recepción, todas las notas que se nos remitan para intercambio de correspondencia, cuando éstas se limiten a facilitar las relaciones epistolares culturales entre los lectores de MVNDO HISPANICO. Pero cuando las notas aludan a deseos del comunicante para cambiar sellos o cualquier otra actividad que pueda tener un beneficio comercial, la inserción de su anuncio se hará contra el abono de 1,50 pesetas por palabra. Esta misma tarifa será aplicada a las comunicaciones normales que deseen que su nota salga con urgencia, y se les dará prelación a las demás, siempre que nos lo adviertan así, acompañando el importe en sellos de correos españoles, o bien remitiéndolo por giro postal a nuestra Administración, Alcalá Galiano, 4. Los lectores del extranjero pueden enviarnos sus órdenes, junto con un cheque sobre Nueva York, a favor de Ediciones MVNDO HISPANICO, reduciendo pesetas a dólares al cambio actual.

NOTA.—En las señas de todos los comunicantes de esta sección donde no se indica nacionalidad se entenderá que ésta es ESPAÑA.

HELEN CHADWICK. «Arnold» High School, 368 Hytham Road. Blackpool. Lancashire (Inglaterra).—De diecisiete años de edad, alumna del College de Blackpool, desea correspondencia con joven español de diecisiete años de edad, aficionado al estudio de las artes.

JOYCE BLEAZARD. «The Hazelmere», 21, Cornwall Place. Marton. Blackpool (Inglaterra).—De quince años de edad, desea correspondencia con joven español de diecisiete a diecinueve años aficionado a la música popular y de «jazz».

SUZANNE SIMARD. 15 Saint-Laurent. Beupre. Co. Montmorency. Province Quebec (Canadá).—De dieciséis años de edad, desea correspondencia con joven español de diecisiete a diecinueve años aficionado a los viajes, la música y la lectura, que hable francés o, al menos, que lo escriba.

MADELEINE PURHOMME. 853, Boulevard Saint-Laurent. Ottawa. Ontario (Canadá).—Desea correspondencia con joven español de dieciocho a veinte años de edad.

ANTONIA BENITEZ. Avenida del Padre Isla, 60. León.—Desea correspondencia con jóvenes de veinticuatro a treinta años de edad de cualquier parte del mundo.

DENISE BARIL. St.-Désiré. Lac-Noir. St. Mes. Quebec (Canadá).—Desea correspondencia con señorita española de dieciséis años de edad.

CLAUDETTE TARDIF. 5227, 8.ª Avenue. Rosemont. Montreal. Quebec (Canadá).—Solicita correspondencia en francés o inglés con joven español.

ESTELLE PRESSE-BLAY. Price Brothers. Chicoutimi. Quebec (Canadá). Desea correspondencia con joven español mayor de veinte años de edad.

FRANÇOISE BILODEAU. 21, rue de Bonaparte. Quebec (Canadá).—De veintiséis años de edad, taquimecanógrafa, desea correspondencia con joven español aficionado a la lectura, la música, los viajes y los deportes.

CORRIE MEYERINK. Craandykstraat. Rotterdam (Holanda).—De veintidós años de edad, solicita correspondencia con joven español, en inglés.

NYCOLE DROUIN. 4818, Jeanne Mauce. Montreal (Canadá).—Desea correspondencia con joven español de dieciocho a veinte años de edad.

ROBERTO AGUILAR. Barrio el Guajoco. Tegucigalpa (Honduras).—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo.

FRANCISCO EDO SERRANO. Divino Pastor, número 28. Madrid.—Desea correspondencia con chica hispanoamericana.

ANA MARIA PACHECO. Apartado aéreo 22-29. Banco Industrial Colombiano. Barranquilla (Colombia).—Desea correspondencia con joven español o norteamericano de veintiocho a treinta y cinco años de edad.

EMILIA G. VILLAR. Roncal, 1 (El Viso), Madrid.—Desea correspondencia con jóvenes españoles o extranjeros de treinta años en adelante, en español o portugués.

NILZYA PROSSARD SILVEIRA. Rua Alvarenga Peiyoto, 594. Belo Horizonte (Brasil).—De dieciséis años de edad, desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo, en español o en portugués.

MAXIMINO CHECA HERNANDEZ. Juan Limón, 7. Madrid.—Desea correspondencia con jóvenes de Hispanoamérica.

GUIDO y VLADIMIRO OLAVARRIA. Arturo Prat, número 699. Santiago de Chile.—Estudiante de Ingeniería, de veintidós años de edad, y estudiante de Música, desean correspondencia con señoritas españolas.

CINZANO

CULTURA:

- La cultura española en el deseo de Menéndez Pelayo, por
Pedro Laín Entralgo 8

POLITICA:

- Bastiones que se tambalean en Asia, por Otto de Austria-
Hungria 6
Suez: el último conflicto mundial, por Manuel Blanco Tobío. 11

BIOGRAFIAS, SEMBLANZAS:

- La curación de Tobías, por Martí Sancho 26
La heroica condición de Irala, por Carlos Zubizarreta 55

LITERATURA, NARRACIONES, POESIA:

- El viejo café español, por Ricardo Majó Framis 32
El loro fatal, por José Berti 34
Sonetos antillanos, por Luis López Anglada 37

ARQUITECTURA, URBANISMO:

- Las puertas de Madrid y su nuevo arco triunfal, por Juan
Antonio Cabezas 21

ARTES PLASTICAS, DECORACION:

- La nao de Manila y el arte oriental en España, por Luis
G. de Candamo 38
La maja y los embozados (cartón para tapiz), por Goya ... 68

GEOGRAFIA, TURISMO, COSTUMBRES:

- El milagro del agua y de la piedra 18
Segovia, el navío de piedra 42

ECONOMIA:

- El peligro de la inflación, por Miguel García Palop 30

HISTORIA:

- El último viaje del adelantado de la Florida, por Carlos
Manuel Fernández-Shaw 28

CINE:

- Norteamérica hace cine en España, por Antonio Cuevas 45

DEPORTES:

- Los tres grandes del fútbol español, por Pedro Escartín 48
España, campeón de un nuevo deporte, por Eliseo Feijoo 51

VARIA:

- El Presidente del Ecuador y la capa española 54

PORTADA: Pareja segoviana. Foto color Compte.

COLABORACION ARTISTICA DE

Teodoro Delgado, Lorenzo Goñi, Ortiz Valiente, José
Francisco Aguirre, Enrique Ribas y Daniel del Solar.

FOTOGRAFIAS DE

Halcón, Antras de Togores, Gerardo Sánchez, Lara,
Cifra, Basabe, Huerta, Teódulo, Galeote, Kindel,
Contreras, Sougez, Torremocha, Morey y Pacheco.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid

TELÉFONOS

Redacción 37 32 10
Administración 37 03 12
Admón. y Redacción 24 91 23

DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas
(E. I. S. A.), Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación:
Editorial Magisterio Español, S. A.
(Madrid). Hecograbado y offset:
Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción
semestral: 85 pesetas. Suscripción
anual: 160 pesetas (5 dólares).—Sus-
cripción por dos años: 270 pesetas
(8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER
AT THE POST OFFICE AT NEW YORK,
NEW YORK "MUNDO HISPANICO",
MONTHLY: NOVEMBRE, 1956, N° 104. ROIG
SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

La unidad cultural del mundo hispánico

Por GASTON BAQUERO

TENEMOS, por raíz, una unidad, un encadenamiento, que es continuidad y es transformación, pero al mismo tiempo es necesidad y conveniencia de convivencia y de actuación uniforme. La unidad cultural del mundo iberoamericano es el único germen fecundo para otras unidades que hoy resultan apasionantes para la mayoría: unidad económica, unidad defensiva, unidad planificadora. Ante un poder mundial concentrado en grandes potencias—realmente en dos grandes potencias y el resto paisaje—, la reacción biológica de las naciones y pueblos es unirse por federaciones, por regiones, por afinidades. El ejemplo de Nasser de Egipto es oportunísimo. No está sólo confiado en la insidia rusa, que procura, como en todo conflicto, cargar con el santo y con la limosna: más bien está confiado Nasser en la unión de un bloque natural, lógico, de afinidad geográfica, religiosa, cultural, histórica. Esos pueblos saben ahora que si han padecido tanto, ellos fueron los culpables, por su desunión y su alejamiento.

Y la América hispana, del Rio Grande hacia abajo, ¿cómo se conduce? Por ahora, movida por hábiles sistemas de propaganda, está concentrada en la discusión de lo externo, de las formas de organización política. Mientras ciertos medios inteligentísimos y de recursos económicos inagotables mantienen en pie los debates y acusaciones e inferiorizaciones de los pueblos de la América hispana a cuenta de si hay dictaduras o democracias, toda la América se deja dominar por otras dictaduras más terribles y perdurables, que no son ciertamente las políticas.

En tanto nos mantienen enzarzados en feroces polémicas por lo secundario y adjetivo, se llevan lo esencial y dejan a América en los huesos, convirtiéndola de América en Ameriquita. Dividida no sólo en naciones, sino en partidos políticos, tendencias, guerrillas y amenazas constantes de guerra civil, las regiones de América se mantienen distantes, cuando no hostiles. Para algunos políticos parece resultar más interesante y provechoso combatir a los políticos fronterizos, por matices de la organización política, que unirse los dos pueblos para integrar una organización recíprocamente beneficiosa en lo económico, en lo cultural, en lo organizativo con vistas al porvenir.

El "divide y vencerás" actúa hoy como nunca antes. Y como siempre, produce a sus fautores diabólicos dividendos. Cuando ciertas organizaciones "democráticas", movidas con dinero anti-hispanoamericano y vestidas con elegantes ropajes de intelectualidad y de "defensa de la libertad", incitan a nuestros pueblos a perseguir a España o a un país nuestro porque allí hay "una dictadura", o cuando esas mismas organizaciones movilizan campañas sistemáticas contra un país o personaje de nuestra América porque su forma de gobierno no agrada o estorba a aquellos que manejan los negocios y la opinión mundiales, muchos intelectuales y políticos nuestros, de buena fe o de ambiciosos, caen en la trampa, y en tanto producen discursos, reuniones, manifiestos contra su propio país o contra un país hermano—¡todo en nombre de "la libertad"!—, abren las puertas para que entren a pecho encubierto otras dictaduras férreas, indestructibles, que siembran el hambre y la subyugación de nuestros pueblos en forma incomparablemente más sutil y dañina que cuanto puedan alcanzar las dictaduras políticas.

Quien esto escribe no es partidario de las dictaduras. Ve en ellas muestras de la incultura política de nuestros pueblos, las considera tan desagradables como el alto índice de analfabetismo o como la existencia de epidemias provocadas por hambre y falta de higiene.

Pero así como el analfabetismo y el raquitismo no son combatidos condenando a muerte a los pueblos o a los individuos, persiguiendo a una nación, humillándola y escarneciéndola, sino aplicando planes científicos, técnicos, para erradicar las enfermedades, para curar a quien lo necesita, cree que las dictaduras, nacidas siempre de una defectuosa formación nacional, tienen que ser superadas con procedimientos semejantes a los empleados para limpiar de analfabetos o de parasitados a un país.

Primero están las naciones y los pueblos, y luego sus formas de gobierno. Si éstas son cultas, libres, humanas, tanto mejor, porque eso es lo bello y lo grandioso. Pero si son rústicas, incultas, hijas de un complejo proceso interno, su eliminación no puede confiarse a una simple sustitución violenta de personas ni de papeles, sino a una transformación profunda de las circunstancias y factores que las hicieron posibles.

No vemos ni queremos ver los hispanoamericanos. Quien habla de unidad cultural, de unidad por encima de peculiares maneras de gobernarse o de ser, es acusado de traición y de cohecho. Decir que por encima de los gobernantes y de los Gobiernos, que siempre son transitorios, está la necesidad de unir a Hispanoamérica en un bloque, sin ánimo de agresión para nadie, pero fuertemente defensivo de los grandes intereses comunes, que asegurarían la independencia nacional y el bienestar de nuestros pueblos, es en estos instantes decir una cosa vitanda.

DE LUNA A LUNA

Por Edmundo MEOUCHI M.

POLÍTICA

Y después, Suez

¡Pierda cuidado, estimable lector! No pretendemos ofrecerle—a estas alturas—nuestra personalísima y «bien documentada» opinión sobre el fantástico problema de Suez. Financieros tiene la Bolsa que, más tarde o más temprano, le dirán a usted por qué caminos y a qué precio debe llenar de gasolina su mechero: a palabrotas simplemente, porque las guerras son caras, o a cañonazos, porque hay que «salvar el honor»...

Lo que sí puede hacer, sin que nadie se lo impida, es sonreír un poquito recordando cómo se rasgaron algunos sus vestidos cuando las aguas del canal se pusieron turbias. Recuerde, por ejemplo, a los estadistas de cuello duro y pantalón rayado hablando de la vida y de la muerte en tono mayor; a los periodistas-estrategas y a los diplomáticos-mariscales disertando sobre «La civilización amenazada» y «El nazismo de algodón»; a los que tenían—y tienen—«la sartén por el mango»; a los que esperaron el sol presidencial de noviembre; a los pilotos en calzoncillos... Recuerde también la gimnasia sueca de los voluntarios, la expectante quietud de los fusiles y la oratoria cuartelaria de los líderes. Recuerde todo eso y sonría. Por un momento, constitúyase usted en un dioscello de barro y perdóneles a todos el haber hablado tanto...

Bloques con hidrofobia

Sí; al señor Raymond Cartier perdónele también. No importa que sea un periodista extraordinario, un «taylorista» de las letras, un «perdonapatrias» sin par, un diagnosticador implacable. Por ser todo eso, perdónele, justamente. Olvide que Cartier, sin desearlo quizá, le metió a usted también en el berenjenal de uno de sus característicos considerandos.

En el número 388 de la revista «Paris-Match», el ilustre clínico francés se ocupó seriamente de los males que aquejan a las que él denomina—no sin cierta gracia—les vieilles dames colonialistas, esto es, Francia e Inglaterra. Pues bien, cuando el clínico Cartier llega a la conclusión de que a las «dos damas» no les queda otro remedio que someterse a una especie de «cura de espera» en el sanatorio universal de la O.N.U., nos dice, sin morderse la lengua, lo siguiente:

Irresistiblemente, el asunto de Suez se desliza hacia la O.N.U., donde una aplastante mayoría, compuesta de la fusión de tres bloques—el comunista, el afroasiático y el sudamericano—, los tres inoculados de una rabia anticolonialista motivada por razones que van de la hipocresía a la histeria...

Durante ciento cincuenta años, por lo menos, el mundo ha asistido al edificante espectáculo que ofrecía el «colonialismo de las viejas damas» y de sus precoces imitadores. Durante todo ese tiempo aprendimos a calcular el calibre de los cañones como el alcance de las palabras.

¿Es la civilización cristiana la que defiende Cartier desde las páginas de su espléndida revista, o simplemente el bienestar económico y la prosperidad de las «viejas damas colonialistas»?... ¿Lo que defiende Cartier es una Europa racista, anticatólica y decadente, o una Europa eterna, renovada por el espíritu, comprensiva y generosa? «La hipocresía y la histeria» de los tres bloques con hidrofobia, ¿pueden parangonarse acaso con la que han exhibido durante ciento cincuenta años las «damas colonialistas», asesinando en nombre de la Civilización, robando a mansalva en nombre de la Cultura, «chicaneando» en aras del Derecho internacional? La que otrora fué, para Cartier y para los franceses como él, «América latina», ¿es hoy un bloque de naciones hipócritas, rabiosas e histéricas? Porque condenamos el colonialismo de todas las damas sin distinción, ¿hemos dejado de ser «prolongación y signo de la cultura europea», «hechura espiritual de Francia», «esperanza de la latinidad»? Lo lamentamos, de veras...

Esperar y callar

Sea como sea, lo cierto es que mientras todos vociferaban sin medida su odio y su resentimiento, su ambición y su esperanza, y la palabra «Suez» asustaba hasta a los «coca-colos», sólo los hispanoamericanos guardamos la debida compostura. Sólo España, en última instancia, dijo su palabra sin humillar a nadie, sin insultar a nadie, sin echar leña en el fuego fatuo.

Que tome nota el señor Cartier: Desde que el problema de Suez empezó a intrigar a todo el mundo, a las porterías como a las modistas, a los bailadores de «rock and roll» como a los catedráticos, a los ciclistas como a los abogados, se han dicho en árabe, en ruso, en francés y en inglés todas las groserías, impertinencias y vulgaridades imaginables. En español no se ha dicho una sola...

Ni un solo artesano de Hispanoamérica ha abandonado su taller ni ha dejado de beber su vino en casa porque los egipcios se empeñan en ser libres. Ni uno sólo de nuestros generales hispanoamericanos ha dejado de soñar en su revolución para hacer la guerra en Chipre y en Argelia, en la zona del canal o en Indochina. Miramos nada más y esperamos. ¿De qué lado, pues, está la histeria?... ¿En dónde la bravata y el improperio? ¿Quiénes, ¡santo Dios!, son los bomberos y quiénes los incendiarios?

El señor Cartier lo sabe.

(Pasa a la pág. 57.)

MUNDO
HISPÁNICO

BASTIONES

HACE algo más de veinte años, cuando todavía la Internacional Comunista se llamaba Komintern, Dmitri Manuisky, uno de sus más destacados dirigentes, pronunciaba una conferencia ante los alumnos de la Universidad Lenin, la Escuela Superior de Guerra Política:

«La guerra a muerte entre el comunismo y el capitalismo es inevitable. Tenemos que confesar que actualmente no tenemos todavía la fuerza necesaria para pasar al ataque. Nuestra hora sonará dentro de unos veinte o treinta años. Para poder vencer tenemos que valernos del factor sorpresa. Hemos de adormecer a la burguesía. Para ello comenzaremos por lanzar una ofensiva de paz en una escala desconocida hasta hoy. Surgirán, de parte nuestra, iniciativas aturdidoras, y haremos concesiones formidables. Los Estados capitalistas, estúpidos y decadentes, tendrán el mayor placer en ayudarnos y contribuir a su propia destrucción. No dejarán de aprovechar la ocasión que les brindaremos de hacerse amigos nuestros. Y cuando estén suficientemente confiados y desprevenidos, los aplastaremos con puño de hierro.»

SE ESTA CUMPLIENDO LA AMENAZA DE MANUISKY

Este texto, impresionante desde el punto de vista de su enfoque histórico, debería ser tema de meditación para nuestros políticos. Porque el hecho es que nos encontramos exactamente en el período anunciado por Manuisky. No sólo es verdad que su predicción coincide con la marcha de los acontecimientos políticos, sino que hasta los mismos datos son exactos. Y esto es precisamente lo que debería incitar a nuestros dirigentes a actuar con una prudencia que hasta ahora no han demostrado poseer.

Pero no es sólo esta predicción lo que nos parece pavoroso: el rumbo seguido por nuestra política desde el día en que, impulsados por el viento del «espíritu de Ginebra», nos embarcamos en la balsa de la coexistencia, demuestra por sí solo que estamos perdiendo la guerra fría.

Se nos dice que este modo de ver la situación es erróneo. Nuestra gran prensa coexistencialista ha decretado el fin de la guerra fría. Incapaz de ver más allá del círculo de sus anacrónicas ideas, sigue obsesionada por la plácida ilusión de creer que todavía vivimos en el siglo XIX. En aquel lejano período, en que no se conocía la guerra ideológica ni había grandes potencias cuya misión fuera dominar al mundo, los soberanos legítimos disponían siempre de un medio para concluir tratados de paz. Y estos tratados ponían realmente fin a las fases bélicas. Hoy, en cambio, éstas ya no terminan: empiezan mucho antes de la declaración oficial de guerra—o más bien antes de la agresión a mano armada, que ha venido a reemplazar a aquella formalidad, inútil ya—y continúan aun después de haber enmudecido las armas. Esto que decimos es especialmente aplicable a la guerra fría, en la que, salvo contadísimas excepciones, no se ha recurrido al empleo efectivo

de los ejércitos de las grandes potencias. Por lo tanto, creer que puede terminar la guerra fría antes de que la U.R.S.S. renuncie a su deseo de dominar al mundo, es un puro espejismo. La coexistencia, bajo cuyo signo vivimos, no es más que una nueva fase de esta guerra fría. Y esta fase está destruyendo cada día más nuestras posibilidades de victoria.

No hablemos ya de Europa. El triunfo del frente popular en Islandia—acontecimiento de alcance mundial—no es más que un primer síntoma de lo que se está preparando, sobre todo teniendo en cuenta que todos—o casi todos—los miembros de la O.T.A.N. se están dedicando a la tarea de demantelar sus propias bases militares.

Un fenómeno acaso mucho más grave, al menos a la larga, es el que se está incubando en Asia. Hemos de reconocer que este continente es un misterio para la mayoría de los europeos y americanos y la evolución de su situación política no parece tocarnos tan de cerca; pero si consultamos atentamente los mapas y estudiamos las estadísticas económicas y las diferentes cifras de población, llegaremos inevitablemente a la conclusión de que nuestro porvenir pudiera muy bien ventilarse en esas regiones inmensas que se están incorporando, al trepidante ritmo del siglo XX, a la evolución histórica del mundo.

POR QUE ASIA ABRIÓ SUS PUERTAS AL COMUNISMO

Uno de los viejos sueños del bolchevismo es su expansión por el continente asiático. De ella hablaba Lenin antes de morir y por ella sacrificaron su vida sus mejores colaboradores, como, por ejemplo, Borodin. Pese a estos grandes esfuerzos desplegados por la Unión Soviética, las potencias europeas antaño dominantes, junto con las fuerzas militares del Imperio nipón, constituían un muro casi infranqueable frente a estas ambiciones.

La guerra trágica e inútil desencadenada por el Japón contra sus lógicos aliados de Occidente iba a cambiar este panorama. Las fuerzas del Tenno fueron suficientes para hacer tambalear y caer a los más importantes dominios coloniales. Y cuando, tras largos años de valerosas luchas, el Imperio del Sol Naciente se desplomó al rojizo resplandor de la primera bomba atómica, desapareció con él la segunda fuerza de resistencia. El hombre blanco había quedado desacreditado. El japonés, aplastado. Todo esto dejó detrás un vacío tan enorme como inesperado. Y este vacío fué lo que abrió las puertas de Asia a las fuerzas invasoras del comunismo.

Y así hubimos de contemplar, ya en los primeros años que siguieron a la capitulación nipona, el progresivo y continuo avance de la marea comunista. En tres años cayó China. El incendio se propagó a la Indochina, a Birmania, rodeó el Tibet y comenzó a amenazar, más de cerca cada día, a países tan lejanos como el Irán e incluso Siria.

En Asia, lo mismo que en Europa, fué una nación pequeña la que dió el frenazo que había de

QUE SE TAMBALEAN EN ASIA

POR OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

cambiar una vez más la situación. Si en Europa el estalinismo sufrió su primera derrota de la era actual a manos de los reales ejércitos de Grecia, en Asia fué el indomable jefe de Corea, Syngman Rhee, el que tuvo la valentía de enfrentarse con el enemigo y, secundado por su admirable pueblo, provocar aquella intervención de las Naciones Unidas que había de rechazar, al menos temporalmente, a las nacientes fuerzas del comunismo asiático.

FILIPINAS, PALADIN DE LA DEFENSA DE ASIA

A consecuencia de estos acontecimientos comenzó a tomar cuerpo la idea de crear un sistema de seguridad colectiva para Asia, lo mismo que se había hecho respecto de Europa. En el Extremo Oriente fué Filipinas el máximo paladín de esta nueva causa. País capaz como ninguno de servir de enlace entre Asia y Europa, Filipinas se dió cuenta de que la iniciativa debía partir necesariamente de una nación asiática. Por eso era completamente lógico que el pacto de la S. E. A. T. O. fuera firmado en Manila, como así ocurrió. Y poco después se creaba el eslabón destinado a articular la S. E. A. T. O. con la Organización Defensiva Occidental, la O. T. A. N. Este eslabón fué el pacto de Bagdad, que vino a completar felizmente este frente defensivo de los pueblos libres en una de las más críticas zonas del mundo.

El resultado de todo esto fué que, a principios del pasado año, la U. R. S. S. y su aliada la China comunista se encontraron rodeadas por una poderosa cadena de bastiones defensivos, incorporados al sistema del mundo libre mediante uno de los tres grandes pactos de seguridad colectiva o bien mediante alianzas bilaterales concertadas con los Estados Unidos, y que venían a completar y perfeccionar de modo excelente los resultados producidos por los acuerdos multilaterales. Esta línea defensiva arrancaba de Alaska y de las islas Aleutianas—los dos puntos fuertes de los norteamericanos—, y continuando, más al sur, por el Japón y la Corea de Syngman Rhee, se extendía, pasando por la fortaleza norteamericana de Okinawa, hasta Taiwan, punto defendido por las fuerzas de Chiang Kai-Shek. El flanco sudoccidental de esta cadena defensiva y al mismo tiempo su eje lo constituía Filipinas, desde donde, dirigiéndose hacia el este, esta línea pasaba por Saigón—defendida por ese héroe católico llamado Ngo Dinh Diem—, por Bangkok y por Singapur. Su siguiente punto de apoyo era Dacca, situado en el Pakistán oriental; luego Ceilán y a continuación Karachi. A través del Pakistán, el sistema se articulaba con las potencias del Pacto de Bagdad—Irán, Irak y Turquía—para unirse a través de ésta con los Estados del Pacto Atlántico y del Acuerdo de Madrid. Hay que reconocer que se trataba de una cadena indudablemente muy larga, pero bastante bien concebida para oponer un dique al avance de la ola soviética. Y que este hecho ha tenido la virtud de hacer cambiar radicalmente la política del Kremlin y sustituir la siniestra mueca estalinista por el mohín

amistoso de la «coexistencia pacífica».

LA COEXISTENCIA, VICTORIA DE LA U. R. S. S. EN LA GUERRA FRÍA

Hace más de un año que se registró en la Conferencia de Ginebra la primera victoria del coexistencialismo. Si hacemos un balance de todo lo que ha acaecido en el término de un período histórico relativamente breve, comprobaremos que no tenemos el menor motivo de sentirnos orgullosos ni optimistas. En Asia, lo mismo que en Europa, la coexistencia pacífica parece ser el arma más mortífera de todo el arsenal ruso. Las sonrisas del Kremlin nos han hecho caer en este estado de pereza, en esta indolencia, en esta falta de sentido de realismo que caracteriza al mundo libre. Y así nos estamos entregando, tanto en Asia como en Europa, a una quimera que lentamente va minando los cimientos mismos de nuestra seguridad. Porque ésta es, ni más ni menos, la verdad: las fortalezas con tanto trabajo construídas se están desmantelando una tras

americano, que hoy está gozando de un bien merecido retiro en las lujosas habitaciones de la Waldorf Tower de Nueva York; porque, de no haber sido por su ilusorio empeño en americanizar al Japón, éste sería hoy uno de los más poderosos bastiones del mundo libre. Ahora, por desgracia, esta esperanza parece haberse desvanecido, al menos por un plazo de dos o tres años.

Aun cuando Syngman Rhee continúa manteniendo a Corea dentro del campo de los occidentales, y si bien Chiang Kai-Shek parece continuar siendo el amo de la situación en Formosa, la marcha de la situación en Okinawa está siendo causa de ciertas preocupaciones. Porque las islas Ryukyu, de las que forma parte Okinawa, están habitadas por japoneses. Y estos japoneses sólo desean una cosa: que termine de una vez el mandato norteamericano sobre su territorio y se devuelva éste al Japón. Los comunistas, con una rara habilidad, han sabido hacer suyo este *slogan* tan popular. Acaudillados por el notable personaje Kamejiro Senaga, los comunistas—que en Okinawa se pre-

situación no permite tampoco abrigar el menor optimismo. En las elecciones generales celebradas en mayo, los doce escaños que Moscú ocupaba en el Parlamento de Rángún han pasado a ser ya cuarenta y dos. El primer ministro, U Nu, que indudablemente había sido un neutralista—aunque notoriamente simpatizaba con los occidentales—, ha sido reemplazado por su ministro de Guerra, U Ba Swe, el cual, aunque también es neutralista, se dice que se inclina más bien hacia el mundo comunista. Añadiremos que en Birmania, cuyos intercambios económicos con los países comunistas representaron el 3 por 100 del volumen total de su comercio exterior de 1955, han aumentado ahora en un 25 por 100, esperándose que para el año próximo esta proporción se elevará hasta un 37 por 100. Este es un poderoso argumento en favor de la coexistencia.

En Ceilán, Sir John Kotelawala, uno de los más enérgicos defensores del mundo libre, ha sido totalmente eliminado por los electores, siendo reemplazado por el nuevo primer ministro, Bandaranaike, neutralista acérrimo, circunstancia que le ha valido el apoyo entusiasta de los comunistas de su país.

Al norte, en el reino de Nepal, la situación se está poniendo alarmante. El joven rey Mahendra y su primer ministro, Tanka Prasad Acharya, han prometido convocar elecciones para el año próximo. Este hecho ha traído al primer plano al Partido Demócrata, acaudillado por Kunwar Inderjit Singh. Este personaje ha estado recientemente en Peiping, donde fué huésped del Gobierno de Mao-Tse-tung durante tres meses, regresando respaldado por el manifiesto apoyo de la China comunista y con unos medios financieros que, en un país sin tradición política, suelen producir un efecto todavía más poderoso que en nuestro continente. Podemos ya anticipar que, si las elecciones se celebran en 1957, K. I. Singh tendrá una gran probabilidad de ser primer ministro y, desde su alto puesto, convertir al reino del Himalaya en una cabeza de puente china situada al sur de la gran cordillera asiática.

No hablemos ya de la India: su neutralismo es de sobra conocido. Y en cuanto al Pakistán, si bien continúa siendo uno de los más fuertes puntales del mundo libre, no hay que hacerse ilusiones considerando las dificultades del Gobierno de Karachi. La U. R. S. S. apoya totalmente al Afganistán en la cuestión de los Pathanes y a la India en la cuestión de Cachemira. De este modo los soviéticos logran crear problemas en las fronteras del mismo Pakistán, con el propósito concreto de impedir que este país pueda realizar una política de altos vuelos.

En estas páginas sólo nos ha sido posible presentar una panorámica muy rápida de la situación; pero cualquier observador realista tendrá que darse cuenta de que ha pasado ya la hora del reposo satisfecho.

Será necesario, por lo tanto, reforzar la vigilancia de nuestro mundo antes de que los bolcheviques se encuentren—como decía Manuisky—en condiciones de «aplastarnos con puño de acero».

Los errores de Mac Arthur en el Japón.-Filipinas, bastión asiático.-La coexistencia, victoria rusa.-Un mundo libre invadido por las "termitas"

otra. Y por más satisfactorias que sigan siendo las apariencias, la realidad en sí es muy distinta. El edificio del mundo libre está siendo ya invadido por las termitas.

Recorramos una vez más la línea defensiva que el mundo libre posee en Asia para ver en detalle el estado de la situación.

A principios de julio hubo elecciones senatoriales en el Japón. El resultado de estas elecciones, que se tradujo en un aumento del número de escaños de los socialistas y en pérdidas para los conservadores, impidió al Gobierno de Hatoyama conseguir la mayoría de los dos tercios que hubiera necesitado para la reforma de la Constitución y la consiguiente creación de un ejército japonés. En efecto, en su campaña, los socialistas hicieron banderín de su oposición al rearme nacional. Indudablemente no se puede acusar a los socialistas nipones de ser simpatizantes con los comunistas; pero en la cuestión particular del rearme están de acuerdo con la pauta de Moscú. Resulta, pues, que el Gobierno japonés no puede hacer nada al verse atado por el absurdo orden constitucional que el general MacArthur impusiera al Imperio del Sol Naciente. Porque hoy, que tanto se queja Washington de los japoneses, debiera también recordar quién es el responsable de la situación. Esta responsabilidad no puede hacerse recaer sobre Hatoyama, ni Yoshida, ni Shigemitsu, ni—a *fortiori*—sobre el emperador. El único responsable es el generalísimo norteamericano, que hoy está gozando de un bien merecido retiro en las lujosas habitaciones de la Waldorf Tower de Nueva York; porque, de no haber sido por su ilusorio empeño en americanizar al Japón, éste sería hoy uno de los más poderosos bastiones del mundo libre. Ahora, por desgracia, esta esperanza parece haberse desvanecido, al menos por un plazo de dos o tres años.

sentan bajo el disfraz de «Partido del Pueblo»—han conseguido granjearse cierta simpatía popular y, sobre todo, dominar en gran medida los sindicatos. Este es un fenómeno grave, y más aún por tratarse de la base militar más importante del Pacífico.

LOS PELIGROS DEL NEUTRALISMO

Filipinas, el Vietnam meridional y Siam siguen tan firmes y seguros como siempre. Pero a la espalda de estos países, la Indonecia se va metiendo, cada día más, en una peligrosa aventura, en tanto que la desaparición del dominio inglés sobre Malasia puede acarrear consecuencias sumamente peligrosas, principalmente para la base militar de Singapur. Por si era poco, el príncipe de Camboya, Norodom Sihanuk, se ha declarado públicamente a favor de un neutralismo tan cerrado, que sus declaraciones deberían considerarse alarmantes. Por otra parte, en el Laos, los comunistas del Pathet Lao, que acaudilla el príncipe Suphannuvong, asistido por el destacado cabecilla político Bong Suvanavong, están preparando el terreno para llegar a un acuerdo con el actual Gobierno, acuerdo que les aseguraría una posición bastante fuerte e influente dentro del reino. La perspectiva es tal, que tenemos sobrados motivos para temer por el futuro desarrollo de la política interior de Luang Prabang.

En Birmania la marcha de la

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

TEATRO

HOY ES FIESTA, de Antonio Buero Vallejo.

Desde que, en 1949, Buero Vallejo se dió a conocer al público español con su drama «Historia de una escalera», galardonado aquel año con el Premio Lope de Vega, sus estrenos se esperan por los auténticos aficionados al teatro con expectación nunca defraudada, pues incluso en sus equivocaciones ha probado Buero Vallejo estar en posesión de una calidad dramática y un exigente criterio artístico que lo sitúan en lugar destacadísimo entre los autores españoles de la hora actual.

Su última producción, «Hoy es fiesta», con la que el Teatro Nacional María Guerrero ha inaugurado su temporada presente, ha deparado a Buero Vallejo un lisonjero y merecido éxito. Un vez más, Buero lleva en esta obra a un ambiente costumbrista—la acción transcurre en las azoteas contiguas de dos casas de un humilde barrio de Madrid—los elementos esenciales de la tragedia, y la fusión de lo sainetesco con lo trágico se produce impecablemente, salvo en dos o tres instantes, en los que la poética ternura del diálogo se aproxima peligrosamente a la sensiblería, o en los que el signo trágico muestra cierta proclividad hacia lo melodramático. Pero el talento teatral de Buero hace que estos baches se vean prontamente superados, sin grave daño para la valoración final de su obra.

Se ha hablado—demasiado acaso—de la ausencia de esperanza en el teatro anterior de Buero Vallejo. Bien. En «Hoy es fiesta» hay esperanza. Pero no nos equivoquemos: la aparición de la esperanza en nada disminuye la condición trágica de la obra, sino que, por el contrario, la patentiza más, porque es una esperanza a contrapelo de la realidad la que en sus personajes alienta, una esperanza que se funda, no en razones más o menos justificadas, sino en la tremenda necesidad de aferrarse a ella que sienten incluso los seres más desesperados. De ahí que la invocación final a la esperanza, que uno de los personajes de «Hoy es fiesta» pronuncia mientras el telón desciende por última vez, choque brutal y desoladoramente con la realidad desesperanzada que en la escena se muestra a los espectadores.

La Compañía del María Guerrero interpretó con mucho acierto la obra, destacando Elvira Noriega, Ángel Picazo—admirablemente sobrio—y Victoria Rodríguez. Un excelente decorado de Emilio Burgos, muy aplaudido, y la dirección de Claudio de la Torre, coadyuvaron al triunfo obtenido por Buero Vallejo con su última obra.



CINE

CALABUCH, de Luis G. Berlanga.

Esta gran película española, estrenada ahora en Madrid, fué premiada con el galardón que en el Festival de Venecia otorga la Oficina Católica Internacional del Cine.

Luis G. Berlanga, su joven y valiosísimo director, confirma aquí que se halla en posesión de una maestría ya patentizada en *¡Bien venido, Mr. Marshall!*: la maestría de la sencillez, que le permite una eficaz descripción de situaciones simples y de tipos elementales, sazónando el relato con un humor hecho de ternura y de una contenida pero ahondadora intención satírica, que, no obstante, en ningún momento se sirve del hiriente sarcasmo.

Un sabio atómico que en la apacible calma chicha de un pueblecillo mediterráneo halla la felicidad; una maestra que, porque está sola, conoce el lenguaje de las flores; un cabo de carabineros en cordial relación con un contrabandista, al que tiene preso en cárcel que nunca se cierra; el cura, el farero, la pareja de enamorados, el alcalde..., tipos en su casi totalidad vulgares, que el talento creador de Berlanga acierta a dotar de categoría humana y artística.

No ha mostrado Berlanga para la realización de esta película una excesiva preocupación técnica, y creo que esto constituye una prueba más de su sagacidad cinematográfica, pues cualquier virtuosismo técnico forzosamente hubiera ido en detrimento de la simplicísima naturalidad que el guión exige en su tratamiento. De los intérpretes—a todos los cuales se les advierte singularmente encariñados con sus respectivos cometidos—destacan Juan Calvo, Edmund Gwenn—aquel inolvidable viejo de la película *El caso 880*, que aquí incorpora el sabio atómico—, Valentina Cortese, José Isbert y José Luis Ozores.

Una mención especial merecen Leonardo Martín, autor del argumento y coautor del guión con el propio Berlanga; el italiano Enio Flaiano y Florentino Soria, ya que a su ingeniosa invención de la trama corresponde en buena parte el lisonjero resultado obtenido por esta gran película española que es *Calabuch*. Unas pocas producciones como ésta bastarían para situar a España en un lugar privilegiado dentro de la cinematografía mundial. Que así sea.

J. EMILIO ARAGONES

LIBROS ABIERTOS

POETAS MODERNISTAS HISPANOAMERICANOS. *Antología.*—Introducción, selecciones y notas críticas y bibliográficas de

Carlos García Prada. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1956; 355 págs.

Editado con extraordinaria pulcritud por el Instituto de Cultura Hispánica, bajo el rubro «La Encina y el Mar», ha aparecido recientemente una de las más completas antologías de la poesía modernista de Hispanoamérica. Su autor: don Carlos García Prada, catedrático de la Universidad de Washington.

De un modo didáctico, sencillo y brillante, en este libro se realiza un inventario de la aportación lírica de los poetas modernistas de la América española. García Prada ofrece una selección de poemas de Manuel González Prada, José Martí, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Asunción Silva, Rubén Darío, Amado Nervo, Ricardo Jaimes Freyre, Enrique González Martínez, Guillermo Valencia, Leopoldo Lugones, Julio Herrera Reissig, José Santos Chocano y Porfirio Barba Jacob. (*Pasa a la pág. 56.*)



LA CULTURA ESPAÑOLA EN EL DESEO DE MENÉNDEZ PELAYO

Por PEDRO LAIN ENTRALGO

EL mejor homenaje a un hombre egregio y admirado consistirá siempre en el ejercicio de esta doble operación: conocer lo que de veras quiso ese hombre para sí y para los demás y realizar a nuestro modo—por nuestra singular persona, en nuestra peculiar situación—eso que él íntimamente quiso. Cualquier otra cosa no pasaría de ser mero tañido de cimbal, para decirlo con el dístico de San Pablo.

He aquí a Menéndez Pelayo, varón de pro en la historia de la cultura española. ¿Celebraremos el primer centenario de su nacimiento acumulando adjetivos laudatorios sobre su nombre y en torno a los títulos de sus libros? No faltará quien con eso se contente. Nosotros, universitarios, habremos de iniciar nuestro homenaje contemplando con mirada amistosa e inquisitiva la obra de nuestro eximio compañero y preguntándonos luego qué quiso él, allá en los senos de su alma, en orden a las varias disciplinas que tan ciclópeamente cultivó: la historia, la estética, las letras castellanas, el pensamiento español. Mal dotado yo para el eficaz cumplimiento de cualquiera de esos empeños, dejadme que estudie hoy, siquiera sea por modo sumariísimo, la actitud de Menéndez Pelayo frente a la vida intelectual de España. ¿Cómo la entendió? Y, sobre todo, ¿qué quiso para ella en los momentos en que más alto y hondo fué su deseo?

Pienso que la aspiración constante de Menéndez Pelayo frente a la menesterosa realidad de la cultura española puede ser válidamente reducida a tres graves y sencillos votos: para alcanzar una aceptable perfección, nuestra vida intelectual habría de ser a la vez seria, española y católica. Veamos cómo entendió Menéndez Pelayo cada uno de estos adjetivos.

Vida intelectual seria, es decir, rigurosa en cuanto a sus métodos y ambiciosa en cuanto a sus objetivos. «La generación presente—escribía en 1876 Menéndez Pelayo, aludiendo, como es obvio, a quienes entonces ya habían llegado a la madurez—se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente—esto es, la suya—, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas.» Y en los laboratorios, hubiesen respondido a coro Santiago Ramón y Cajal, Jaime Ferrán y Federico Olóriz. Rigor y ambición en la obra de

la inteligencia: sin ello, la cultura española seguiría siendo mucho más un rótulo que una realidad. Aunque todos los días nos obstinásemos en declararla tradicional y cristianísima.

Vida intelectual española, es decir, conocedora de la obra teológica, filosófica y científica de nuestros mayores, y tan fiel a ella como lo permita el tiempo en que se existe. Ante la posibilidad de que España se convierta un día «en un pueblo de babilónicos pedantes, sin vigor ni aliento para ninguna empresa generosa», propone Menéndez Pelayo, a modo de triaca idónea, el establecimiento de seis cátedras universitarias para el doctorado de las respectivas Facultades: Historia de la Teología en España; Historia de la Ciencia Jurídica en España; Historia de la Medicina Española; Historia de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en España; Historia de la Filosofía Española; Historia de los Estudios Filológicos en España. Y junto a ellas, la publicación de repertorios bibliográficos y ediciones cuidadas, el fomento de las monografías expositivo-críticas y el restablecimiento de ciertas comunidades religiosas «que tuviesen por estatuto el cultivo de la ciencia patria y el de los estudios de erudición en general». Mucho es lo que podría hacerse todavía para el cumplimiento de tan ambicioso programa.

Vida intelectual, en fin, católica, esto es, directa o indirectamente y mediata o inmediatamente ordenada hacia la visión católica de la verdad natural y de las verdades divinas. «Dondequiera que se encuentre el sello de lo genial y creador—dijo en ocasión solemne—, allí está el soplo y el aliento de Dios, que es el Creador por excelencia; dondequiera que esté la verdad científica e histórica, allí está Dios, que es la verdad esencial y el fundamento de toda realidad; dondequiera que atraigan nuestra vista las perfecciones, ya naturales, ya artificiales, allí encontraremos el rastro y las pisadas de Dios.» Un Dios que él siempre creyó uno en esencia y trino en personas.

No creo que nadie discrepe de lo expuesto. Pero con ello queda dicho lo que Menéndez Pelayo quiso para la vida intelectual de España, y no el modo como lo quiso. Ahora bien, ése es el verdadero meollo de mi cuestión.

¿Cómo nuestra cultura podría ser rigurosa y ambiciosa, española y católica, según el querer y el sentir de Menéndez Pelayo? Con otras palabras: ¿puede ser identificado don Marcelino con todos los hispanos que han deseado o desean para su patria una vida intelectual seria, católica y española?

Para responder a estas interrogaciones es del todo necesario discernir dos períodos muy distintos en la vida del sabio montañés: el anterior y el posterior a la composición de la *Historia de las ideas estéticas*. En aquél, la actitud de Menéndez Pelayo fué casticista y nostálgica; en éste, la querencia de su alma prefirió orientarse hacia perspectivas resueltamente universales y abiertas al futuro. Entre uno y otro período, el joven polemista crece en saber y se hace varón sereno y consistente.

Recordemos, en efecto, el proyecto de vida intelectual latente o expreso en *La ciencia española* y en la *Historia de los heterodoxos*. Dos consignas lo constituyen: el retorno al pensamiento español del siglo XVI, en cuanto a la doctrina, y la instalación en su propio tiempo—el lustro 1875-1880—, en cuanto a los métodos de trabajo. Mentores filosóficos, Luis Vives y Fox Morcillo; técnicas para la investigación positiva, las propias de la cultura romántica y positivista. El resto de la cultura moderna—el pensamiento europeo posterior al siglo XVI—sería puro y lamentable descarrío: «niebla hiperbórea», toda la especulación germánica; «mezquina filosofías», la de Descartes; «avenida de las hordas positivistas», la obra de los seguidores de Augusto Comte y Emilio Littré. Es éste, ocioso parece recordarlo, el Menéndez Pelayo que tanto ha gustado y sigue gustando a una parte muy considerable de la población española.

La redacción de la *Historia de las ideas estéticas* es rigurosamente decisiva en la biografía intelectual de nuestro gran historiador. Sus propios principios—trabajar rigurosa y ambiciosamente—le obligan a ponerse en contacto vivo con el pensamiento europeo posterior al Renacimiento: completa su repertorio de lenguas modernas, lee a Kant y a los idealistas alemanes, se adentra con seriedad en los pensadores románticos y positivistas, comprende, en suma, la titánica aventura del espíritu moderno, desde los humanistas del cuatrocientos

hasta los grandes hombres de ciencia del siglo XIX. *Tutte le età gli sembravano egualmente degne di studio*, dijo Farinelli de este Menéndez Pelayo ya alzado a la plena madurez de su poderosa inteligencia.

Quien así ha procurado conocer la historia del espíritu europeo, ¿continuará siendo fiel a la visión juvenil, meramente casticista y memorativa, de la cultura española? No perderá, es verdad, su profunda y sincera adhesión a la fe católica: «He conservado intacto el tesoro de la fe, en medio de las revueltas aventuras intelectuales que forzosamente corre en nuestros tiempos todo espíritu investigador y curioso», declaraba en 1903. Conservará encendido, por otra parte, su quijotesco amor a la realidad española, aunque la vea entregada al dolorido desatino de un «suicidio lento»: bien lo demuestra su dedicación, cada vez más intensa y exclusiva, a la historia de las letras hispánicas. Pero, sobre esas dos últimas fidelidades, todo o casi todo cambia, y a veces de modo muy notorio. Wundt, Lotze, Ravaisson, Taine y Claudio Bernard obtienen sinceros elogios de su pluma. Kant es tan «memorable pensador» ante sus ojos, que juzga ilícita la empresa de filosofar «sin proponerse antes que nada los problemas que él se planteó y tratar de darles salida». En Hegel ve «el Aristóteles de nuestro siglo» y piensa que su monarquía filosófica «dura y durará como la del Estagirita». Y por este tenor son estimados Winkelmann y Lessing, Herder y Fichte, los Humboldt y los Schlegel. Sin adherirse incondicionalmente a uno de ellos, de todos ellos necesita ahora su inteligencia.

No, no son ya posibles el casticismo y la nostalgia. Vives y Fox Morcillo siguen siendo amados, y acaso más tiernamente que en la polémica mocedad; mas ya no bastan: el tiempo actual y el tiempo venidero requieren fórmulas menos simples y cómodas que el mero recuerdo añorante. En el alma de este Menéndez Pelayo, abierto al saber del presente y del futuro, ¿cuál podrá ser la empresa intelectual de España? Frente a la vieja tesis del retorno al siglo XVI, el nuevo proyecto constará de tres diversos quehaceres: una clara fidelidad a la fe católica, entendida, igual que en la juventud, como fundamento último

y meta postrera de toda posible actividad humana; la resuelta voluntad de moverse hacia una nueva idea metafísica de la realidad, adecuada a la situación histórica en que se la busca, y, por fin, la plena instalación de la mente en la cultura ochocentista, para que España, «enriquecida con todo lo bueno y sano de otras partes y trabajando con originalidad sobre su propio fondo», pueda incorporarse a la cultura europea aportando «algo sustantivo y humano» al acervo común.

Un temprano ejemplo, entre diez posibles. El año 1884, uno después de haber fechado el «Epílogo» de su *Historia de los heterodoxos*, pronunció Menéndez Pelayo un curioso discurso electoral. Fué en Palma de Mallorca, y el aspirante a *pater conscriptus*, profesor lanzado a la política, trató de mover la voluntad de sus electores hablándoles de Raimundo Lulio. Honrada e ingenuamente fiel a sí mismo, el intelectual Menéndez Pelayo no ofrecía empleos ni obras públicas, como entonces era electoral costumbre, sino anchos horizontes para la inteligencia. «¿Quién sabe—se preguntaba—si derramando en el lulismo el río de la ciencia experimental y sustituyendo su mala y atrasada física y su psicología deficiente por la física y la psicología de nuestros tiempos e interpretando la parte metafísica como Lulio la interpretaría si hoy viviese, llegaríamos a la constitución de una especie de hegelianismo cristiano?» Tomado a la letra, el proyecto rebosa candor intelectual; pero su misma ingenuidad nos da una preciosa pauta para comprender la disposición espiritual de don Marcelino frente a las deficiencias de la cultura española. Observad los tres momentos de su programa:

1.º El apoyo de la mente sobre «el propio fondo», que en este caso viene representado por el lulismo. Una pregunta se impone: ¿Quedaría algo de Raimundo Lulio, después de trocar por otras su física y su psicología y de rehacer su metafísica como Lulio lo haría «si hoy viviese»?

2.º La incorporación de todo lo válido o valioso que en lo nuevo y ajeno haya descubierto nuestra personal experiencia.

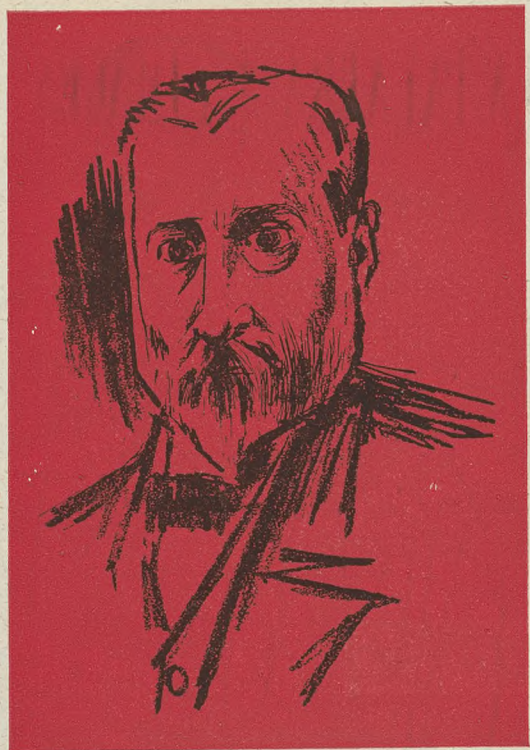
3.º La salida del espíritu hacia una creación original, histórica y cristianamente oportuna: un «hegelianismo cristiano», piensa el intelectual católico de 1884.

Miremos en ese «programa de Mallorca», mucho más que la letra, la intención de su animoso autor. ¿Qué quiso, qué propuso a los mallorquines Menéndez Pelayo?

La respuesta es obvia: quiso que España, convertida en nación moderna y actual, se metiese briosamente en la empresa de dar una versión cristiana a la cultura de su siglo. Si nuestros grandes antiguos catolizaron el Renacimiento—piensa don Marcelino, apenas traspuestas las sirtes del casticismo y la polémica—, ¿por qué nosotros, sus herederos, no hemos de intentar la catolización del pensamiento de nuestro tiempo? Esa y no otra era la intención oculta de aquel anhelado e ingenioso «hegelianismo cristiano». El admirador de Hegel aspiraba a que alguien hiciese con el pensamiento hegeliano lo que con el aristotélico habían hecho San Alberto Magno y Santo Tomás.

¿Cómo y en qué medida hubiera sido posible tan estupenda empresa? ¿Qué pasos dió hacia ella o hacia otras análogas la inteligencia de Menéndez Pelayo? No es ésta la ocasión para exponerlo, mas sí para decir que jamás se entenderá cabalmente la actitud de don Marcelino frente a las personas y las ideas de los demás, llamáranse Kant o «Clarín», Valera o Pidal, Pereda o Galdós, Macaulay o Revilla, sin adoptar como punto de vista esa abierta disposición final de su alma cristiana ante la ingente aventura intelectual del mundo entero. Cualquier otra cosa sería deformar por ignorancia o por interés la verdadera figura espiritual del hombre cuyo centenario celebramos y, por tanto, su verdadera grandeza.

No lo deformaremos nosotros, los universitarios. Fieles a nuestro oficio de servidores de la verdad, enseñaremos a verle firme e ilustrado en su fe, gigante y abnegado en su obra, generoso en sus relaciones humanas, abierto a los problemas y a las ideas de su tiempo, reconecedor de la excelencia ajena allá donde la encontrase. Tal es la definitiva verdad de Menéndez Pelayo y tal debe ser su ejemplo. A los cien años de su nacimiento, ¡lograremos nosotros dar algún paso nuevo hacia las metas intelectuales que él tan esforzadamente nos propuso! Sólo el intentarlo con humildad y honradez será—pienso yo—un auténtico, un hondo y cabal homenaje a su alta memoria.





ESPAÑA Y EL PREMIO NOBEL

NO, no ha tenido suerte España en la concesión del Nóbel, el mayor galardón del mundo para premiar la inteligencia. Se han sucedido los años y han sonado con insistencia—sobre todo en lo que a literatura se refiere—nombres de eminentes españoles en la Academia de Estocolmo. Y una y otra vez se ha frustrado la candidatura. Sin el Nóbel se han quedado Ortega y Gasset, y Unamuno, y Antonio Machado, y otros cuantos españoles cuyo renombre es universal y cuya obra es letra magistral sobre los tiempos. Los nombres de Pío Baroja y de Menéndez Pidal han sido los últimamente barajados, pero el premio no ha llegado.

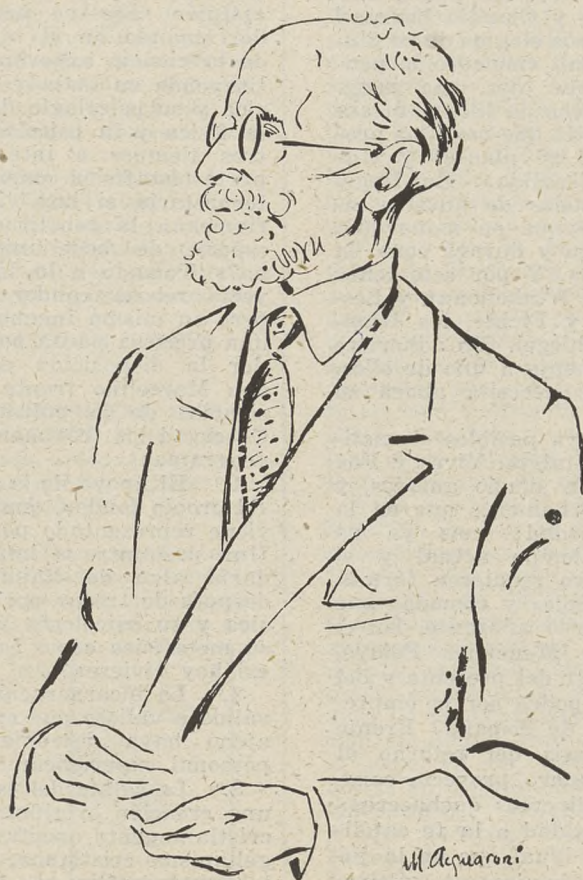
Y ahora ha pasado a primer lugar en el favor de la opinión el nombre de Juan Ramón Jiménez, el maestro de la poesía española, cuya labor constante y fervorosa tiene para nosotros el especial signo positivo de haberse proyectado con singulares frutos en las dos orillas del Atlántico. Si en este momento midiéramos cuidadosamente en cuál de los dos lados su influencia ha sido mayor, nos sería difícil inclinar la balanza. Si se siguen rigurosamente las bases de origen, es decir, refrendar con el galardón de Alfred Nobel «la obra literaria de ideales más levantados», pocas obras, pocas vidas como la de Juan Ramón Jiménez, el «andaluz universal», cumplirían más estrictamente la previsión.

Maestro ya de tres generaciones de poetas, constante y riguroso batallador por la pureza de la poesía, cada vez más desnuda y aquilatada en su expresión, J. R. J.—anagrama ya ecuménico—, «sin precipitación

y sin descanso, como las estrellas», ha seguido el lema goethiano sin una declinación, sin el más pequeño pacto con el halago fácil, sin la menor tregua en su fidelísimo camino. Superador esencial del modernismo rubeniano, la depuración creciente de su expresión ha llegado a cimas quizá no conseguidas en la poesía de muchos años. Su ascendiente ha sido definitivo sobre nombres que ocupan ya lugares de excepción en la literatura contemporánea de España y de Hispanoamérica. Fundador de revistas, iniciador de caminos, maestro siempre vivo y joven, su presencia en España dirige y subraya veinte años importantísimos para las letras. Después, en Hispanoamérica, sigue su fecunda tarea: publica su antología de la poesía cubana, da origen al movimiento colombiano llamado «pedracielismo»—tomado por los seguidores del título de un libro del poeta de Moguer: «Piedra y cielo»—, orienta en la Universidad de Río Piedras, en Puerto Rico, donde reside actualmente, un interesante grupo juvenil de graduados, y dicta sus clases y sus conferencias. En suma, después de Rubén Darío, no ha tenido la poesía en español un nombre tan totalizador y único que haya hecho verdad, desde el diario trabajo y desde el vocacional entusiasmo, la unidad de las letras hispánicas, su conjunción e importancia en el tiempo, su indisoluble hermandad.

Favorito para el Nóbel ha sido en los últimos años Menéndez Pidal, el ilustre filólogo y medievalista español. El eminente profesor es uno de los investigadores de la hora actual en el mundo con más rigor y originalidad de método para sus estudios. Un toque sugestivo de creación literaria tienen siempre sus trabajos históricos y lingüísticos. Su fervor por las gestas y el romancero ha dado a lo largo de sus libros esa encendida labor expositiva cuyo entusiasmo contrasta con el frío criticismo que es constante entre la generación «del 98». A la importancia de su nombre se une ahora el de Juan Ramón Jiménez, con Pío Baroja las tres figuras vivas más importantes de las letras españolas, cualquiera de ellas merecedora de este premio, tan esquivo para España. Quizá suene de un momento a otro la hora justa de reparar en cualquiera de estos nombres la injusticia, ya dilatada, de más de treinta años de silencio y frialdad ante España.

J. G. N.



La letra con amor entra

España, la mediadora

«El Universal», de Caracas, ha publicado, bajo este título, un excelente artículo de José González González, del que reproducimos algunos trozos.

ASOMBRARÁ a muchos, sin duda, la posición de España en la Conferencia de Londres acerca del canal de Suez; pero no ha de producir asombro ninguno en quienes reflexionan un poco acerca del papel histórico que a España corresponde en el mundo contemporáneo.

España tiene, escribimos hace algunos meses, a propósito de la visita de uno de los monarcas árabes a Madrid, un papel de mediador, de interventor, de gestor de buenos oficios, entre Occidente y el mundo árabe. Una de las más inteligentes inclinaciones del Ministerio español de Asuntos Extranjeros, en la última década, ha sido la del acercamiento a los países árabes, a los que se considera vinculados racialmente a la población de la Península. No en balde han visitado España, en los últimos cinco años, los príncipes de los países árabes y sus más destacados políticos, estableciéndose un intercambio de toda índole, que ha venido a cimentar considerablemente el prestigio hispánico en Oriente. De la antigua dominación morisca, España ha logrado extraer una doctrina sentimental, histórica, cultural, que maneja ahora en su provecho.

Sin duda alguna, España puede mostrar airoso ante Occidente un conjunto de factores que las otras potencias no ofrecen. Lejanas ya las épocas de las costosas campañas africanas, bien orientada la política en Marruecos y puesta de relieve nuevamente en el caso de la independencia de este último Estado, España no presenta, como otras naciones europeas, una tradición de explotación. Su posición de mediadora, en el caso egipcio, puede ser bien recibida en Oriente, porque España ha procurado, en lugar de explotar, comprender; y eso ha de influir poderosamente a la hora de las credenciales para un entendimiento.

Por otra parte, era muy difícil que España siguiese fielmente la posición de Inglaterra, a la que no la ata ninguna tradición amistosa. Toda vía, a estas alturas, lo de Gibraltar está pendiente. ¿Cómo horrar esa situación? A la hora de un equilibrio, y esto es lo que se busca ahora, España no puede colocar su peso a favor de la Gran Bretaña. Entiéndase bien que España no busca, ni remotamente, coquetear con los países soviéticos, porque su propia formación doctrinaria, así en lo político como en lo religioso, la identifica más y más con las potencias occidentales. En cambio, sabe muy bien que a la hora de una rectificación mundial, más bien ella tiene que reclamar de Inglaterra, que tantas malas pasadas le ha dado.

Quizá para España la ocasión sea la de una gran jugada diplomática, para la que sí está preparada. Tiene, respecto del mundo árabe, la ventaja de su estrecha vinculación, por una parte, y la otra, de no haberse comprometido en guerras de conquista. Por consiguiente, inspira confianza. ¿Iba a perder todo el trabajo de acercamiento en beneficio de la política de Inglaterra?

Durante años España ha sabido mantener una representación diplomática bastante hábil en ese complicado tejido geográfico de los Estados orientales. Las recepciones que se ofrecieron, de modo popular, a los visitantes de los Estados árabes en la capital de España, fueron inolvidables y constituyeron posiblemente la mejor demostración de amistad y de comprensión, cuando en otras partes les daban con garrotes. Así las cosas, la reunión de Londres no iba a presentarnos una España vacilante, sino decidida en favor de los árabes.

España... cumple con sus aliados occidentales, pero entiende muy bien que la hora es de ayuda para los débiles. Y como, además, todo parece dirigirse contra el Imperio británico, del que España no guarda buenos recuerdos, no hace sino repetir, en la órbita de los intereses árabes, lo que Inglaterra hizo en la de los países americanos en el siglo pasado. Una inteligente compensación que ofrecen los tiempos y que la madura política española sabe aprovechar. Paga con la misma moneda.



El Canal fué inaugurado el 25 de noviembre de 1869. Preside una española: la Emperatriz Eugenia de Montijo.

SUEZ: EL MAS GRAVE DE LOS PROBLEMAS MUNDIALES

ESPAÑA HA DADO UN EJEMPLO DE OBJETIVIDAD Y REALISMO CON SU PROPUESTA

BIEN puede afirmarse que la diplomacia mundial ha ensayado y sigue ensayando la casi totalidad de su repertorio de fórmulas, políticas y jurídicas para resolver pacíficamente el pleito de Suez, provocado por la nacionalización de la Compañía Universal. Estas fórmulas han tratado de abrirse camino, primero, en Lancaster House, en Londres; después, en El Cairo; luego, otra vez en Londres, y, finalmente, en Nueva York, en las Naciones Unidas.

Hemos visto desfilar en estos últimos meses un Plan anglofrancés, un Plan Dulles, un Plan hindú, un Plan español. Los tres primeros se malograron por carta de más o por carta de menos; esencialmente, carecían de objetividad, porque bien suscribían enteramente el punto de vista anglofrancés (Plan Dulles), o bien, con igual exhaustividad, el punto de vista egipcio (Plan hindú), lo cual hizo imposible el hallazgo de una base de negociación, de compromiso, que es lo que, al menos en teoría, se buscaba, siendo así que toda negociación, que todo compromiso, según el propio concepto anglosajón de la diplomacia, tiene que basarse necesariamente en las cesiones mutuas. No es una simple frase aquella de un diplomático francés llamado Beaumarchais que decía que el tratado perfecto es aquel por el cual ninguna de las partes queda enteramente satisfecha.

En el asunto que nos ocupa, y dadas las circunstancias del pleito, era imposible, en efecto, hallar una fórmula que satisficiera por entero a El Cairo, por un lado, y a París y Londres, por otro. Por esta razón resultaron impracticables el llamado Plan Dulles y el Plan hindú. Ninguno de los dos ofrecía una base para una positiva negociación.

Y a esto hay que añadir, por vía extradiplomática, el irreparable error de Francia y de Inglaterra al inutilizar la conferencia de El Cairo sub-

Por M. BLANCO TOBÍO

rayando la difícil gestión diplomática de los cinco, presididos por Menzies, el *premier* australiano, con el amago del empleo de la fuerza, descaradamente insinuada por los barcos de guerra que patrullaban por delante de Alejandría.

El autor de estas líneas fué observador directo,

en El Cairo, del desarrollo de aquella frustrada conferencia. El mismo día que llegó a la capital egipcia, el 3 de septiembre pasado, tuvo ocasión de enterarse de que el Presidente Nasser no aceptaría ningún arreglo diplomático mientras persistiese aquella exhibición de fuerza por parte de Inglaterra y Francia.

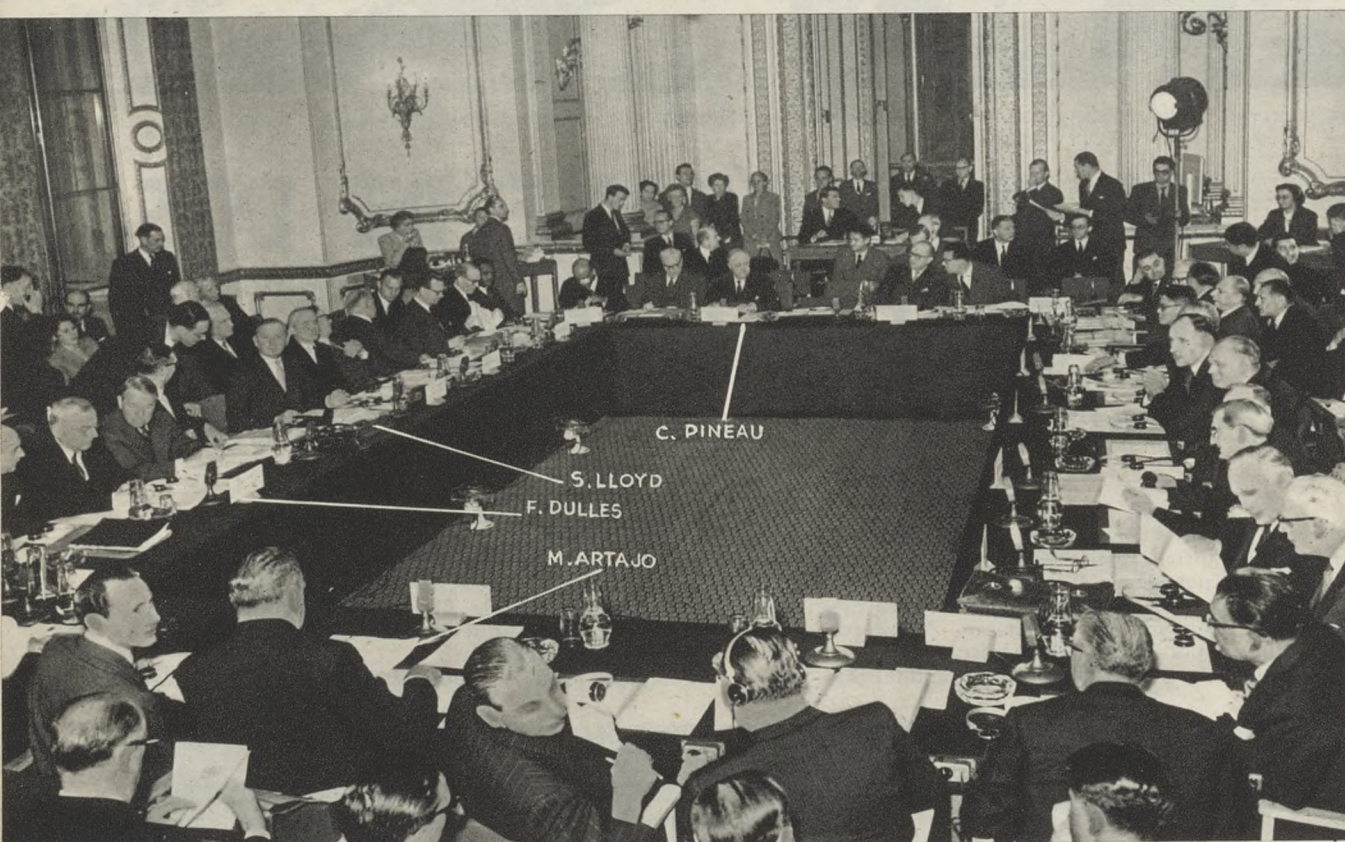
A estas alturas, y después de pasar por el foro



Una multitud entusiasta aclamó a Nasser a su regreso a El Cairo, tras haber anunciado el Presidente la nacionalización del Canal de Suez por Egipto.



El ministro señor Martín Artajo consulta su reloj al entrar a la segunda conferencia. A su derecha, el con-
sejero de la Embajada española en Londres, señor Cordon, y el jefe del gabinete diplomático, señor Rolland.



Una vista de la sala de Lancaster House, en Londres, durante la segunda conferencia sobre el Canal, a
la que asistieron dieciocho naciones. A la izquierda, de espaldas, en segundo lugar, el ministro español.



internacional de las Naciones Unidas, el pleito de Suez sigue planteado con toda su gravedad. El propio sir Anthony Eden ha sentado bien claro en el Congreso del partido conservador que todavía no quedaba descartado el empleo de la fuerza contra Egipto.

Así están las cosas. Y nos preguntamos ahora: ¿Es que se han agotado todas, absolutamente todas, las posibilidades de una solución pacífica?

La respuesta es negativa. En las dos conferencias de Lancaster House estuvo representada una nación que fué prácticamente la única que ofreció a los litigantes una amplia base para una negociación fructífera. Esa nación fué España, cuya misión en Londres estuvo presidida por su ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo.

La llamada fórmula española era—y sigue siendo—tan objetiva como realista; es un «no quito ni pongo rey» basado en una estricta consideración de las realidades políticas, jurídicas y económicas del problema.

En su esencia, sólo reconoce hechos: el hecho de la indiscutible soberanía egipcia sobre el Canal de Suez, puesto que éste discurre por territorio egipcio; el hecho de la insoslayable necesidad de revisar el Tratado de Constantinopla de 1888; el hecho de que Egipto tiene derecho a explotar económicamente lo que es suyo, y también el hecho de que el Canal de Suez es una vía internacional de comunicación.

El famoso pleito ha evolucionado en el sentido de que ya nadie se atreve actualmente a discutir estos «hechos». Pero queda uno en pie, contra el que se han estrellado todas las negociaciones: el del control internacional del Canal, que garantice la libertad de navegación por el mismo.

Este control no fué aceptado, en ninguna de sus modalidades, por Egipto. Según el punto de vista del Presidente Nasser, tal control lesionaría la soberanía egipcia sobre parte, y parte vital, de su territorio. Por otro lado, implicaría la incorrecta traducción de un problema económico, según El Cairo, a un problema político. Nasser se limitó a brindar solemnemente todas las garantías necesarias para el mantenimiento de la libertad de navegación por el Canal. Para Londres y París, tales garantías no son suficientes. He aquí el nudo gordiano del problema.

A este nudo gordiano se ha llegado por no haberse incorporado la propuesta Artajo, en nombre del Gobierno español, al repertorio de las ofertas «occidentales» a Egipto. Dicha propuesta brindaba una solución jurídicamente impecable y psicológicamente satisfactoria al capítulo del control internacional del Canal de Suez. Los artículos 5.º y 6.º de aquella dicen así: «5.º Para garantizar los derechos de todos los países a la libre y segura navegación por el Canal y su disfrute en las mismas condiciones que hasta ahora no es necesario que la gestión directa sea asumida por una Administración internacional.» Y «6.º A tal fin sería procedente que en el Consejo de Administración del organismo egipcio que suceda a la Compañía, así como en la jefatura de sus servicios técnicos, existiese una representación de las naciones usuarias del Canal, con las facultades precisas para velar por la libre y segura navegación del mismo y su igual disfrute por todos los países mediante el pago de una retribución equitativa.»

Como el lector podrá advertir, si compara esta propuesta con la que prosperó oficialmente en Londres, hallará razonable, justa y practicable la propuesta española. Tropezó, naturalmente, con el desvío de quienes pretendían darle al pleito de Suez una respuesta nada razonable, nada justa y, en consecuencia, nada practicable.

Pero la diplomacia, como todas las actividades humanas, se mueve inexcusablemente dentro de un «clima». Pues bien, es preciso afirmar que la tantas veces citada propuesta española ha penetrado en ese «clima», impregnándolo. Diríase que los hechos y los fracasos han ido empujando suavemente a la diplomacia «occidental» hacia el punto de vista sostenido en Londres por Martín Artajo. Si el lector repasa el sexto punto de la propuesta española, advertirá que en él está casi expresamente contenido el principio de la SCUA o Asociación de Usuarios del Canal de Suez, a la que, naturalmente, España se adhirió.

Por otro lado, fué el mismo Martín Artajo quien en su segunda intervención en Lancaster House afirmó que por aquellas fechas sería prematuro trasladar el asunto del Canal a las Naciones Unidas. Los hechos, una vez más, acaban de confirmarlo.

Y, finalmente, España en todo momento abogó con energía por buscar una solución pacífica al conflicto, descartando desde el primer día el empleo de la fuerza. En el excitado ambiente de Londres en agosto de este año esta actitud no

A su paso por París, el señor Martín Artajo y el embajador español, conde de Casa Rojas, se reunieron con los embajadores hispanoamericanos.



El señor Martín Artajo acaba de llegar al Lancaster House a la inauguración de la segunda conferencia.

casaba bien con el belicismo reinante. Pero semanas más tarde este belicismo innecesario se consumió en su propia llama y fueron las Trade Union británicas y después el jefe del Labour, Gaistkell, quienes jugaron, con gran violencia dialéctica, la carta pacifista.

Aunque esta lenta aproximación al punto de vista español no quiera decir su nombre, por razones extrañas al conflicto en sí mismo, para todo el mundo es evidente que, una vez más, España tenía y sigue teniendo razón. La tendencia de los acontecimientos lo confirma de una manera insoslayable, y es de lamentar que tal cosa no haya sido ya universalmente aceptada. A la vuelta de cada nueva gestión que se haga para solucionar pacíficamente el pleito de Suez estará esperando la fórmula española. Se la podrá aceptar o no, pues ello depende de muchas circunstancias que nos son ajenas. Pero, en un caso o en otro, la actuación de España en esta crisis de Suez quedará como un ejemplo de objetividad, de justicia y de exacta interpretación del derecho de gentes. Muchas naciones saben hoy que nada convendría tanto a la causa de la paz como la designación de España para arbitrar en aquellos conflictos que enfrentan a los pueblos y que exigen tan alta, objetiva y experimentada mediación.

* * *

18 AGOSTO 1956

PROPUESTA DE LA DELEGACION ESPAÑOLA

La delegación española en la conferencia de Londres ha formulado la siguiente propuesta:

«1. En virtud del Tratado de 1888, el Canal de Suez está ya sujeto a un régimen internacional.

2. Por razón de los cam- (Pasa a la pág. 55.)

La presa de Assuán, en el Nilo, ha jugado en la política egipcia un papel decisivo. Pudo ser uno de los motivos de la nacionalización del Canal.



HEMINGWAY VISITA A BAROJA

«El es el maestro; yo, el discípulo»

ERNEST Hemingway, Premio Nóbel de Literatura, autor de *Fiesta*, *Adiós a las armas*, *El viejo y el mar*, nació en Oakpark (Illinois) el 21 de julio de 1899. Visitó España, por primera vez, en 1919. Ha estado después varias veces en España. Y actualmente se hospeda en el hotel Felipe II, de El Escorial. «Mi esposa está un poco delicada y el aire de El Escorial es el mejor del mundo para su salud», ha dicho a un periodista español en una de las cientos de entrevistas que se le han hecho en estos días. Hemingway habla un español correctísimo, incluso matizado de giros populares y castizos muy peculiares. Gran aficionado a la fiesta de los toros, cuando está en España no pierde una corrida. Sus libros *Fiesta* y *Muerte en la tarde* están ambientados en la fiesta nacional española. Recientemente ha visitado a Pío Baroja. Hemingway es un devoto de la literatura española y de manera especial del autor de *La busca*. Pío Baroja está enfermo hace algún tiempo. Y Hemingway—su discípulo—, como ha confesado generosamente—ha conversado con él. Damos como referencia de esta interesantísima visita, que ya es historia, historia grande de la literatura, el artículo que publica el diario *Arriba*, de Madrid.

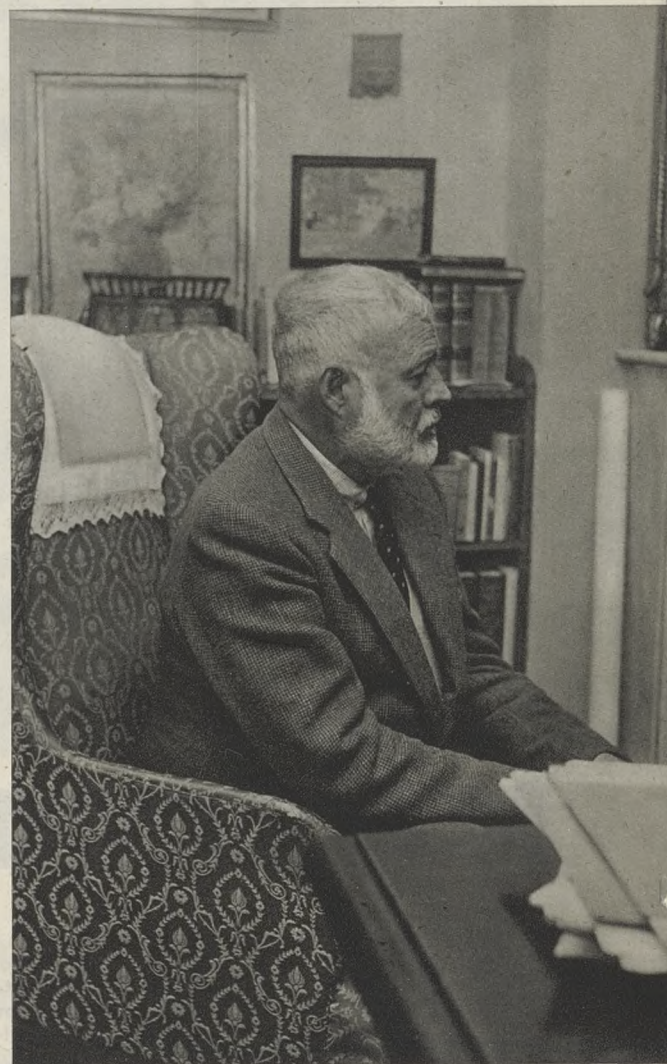
* * *

Un Premio Nóbel de Literatura, Ernest Hemingway, visitó ayer en su domicilio a otro «premio Nóbel», don Pío Baroja, maestro y antecesor del primero, a quien la famosa y Real Academia Sueca no se ha dignado «todavía» otorgarle el merecido galardón.

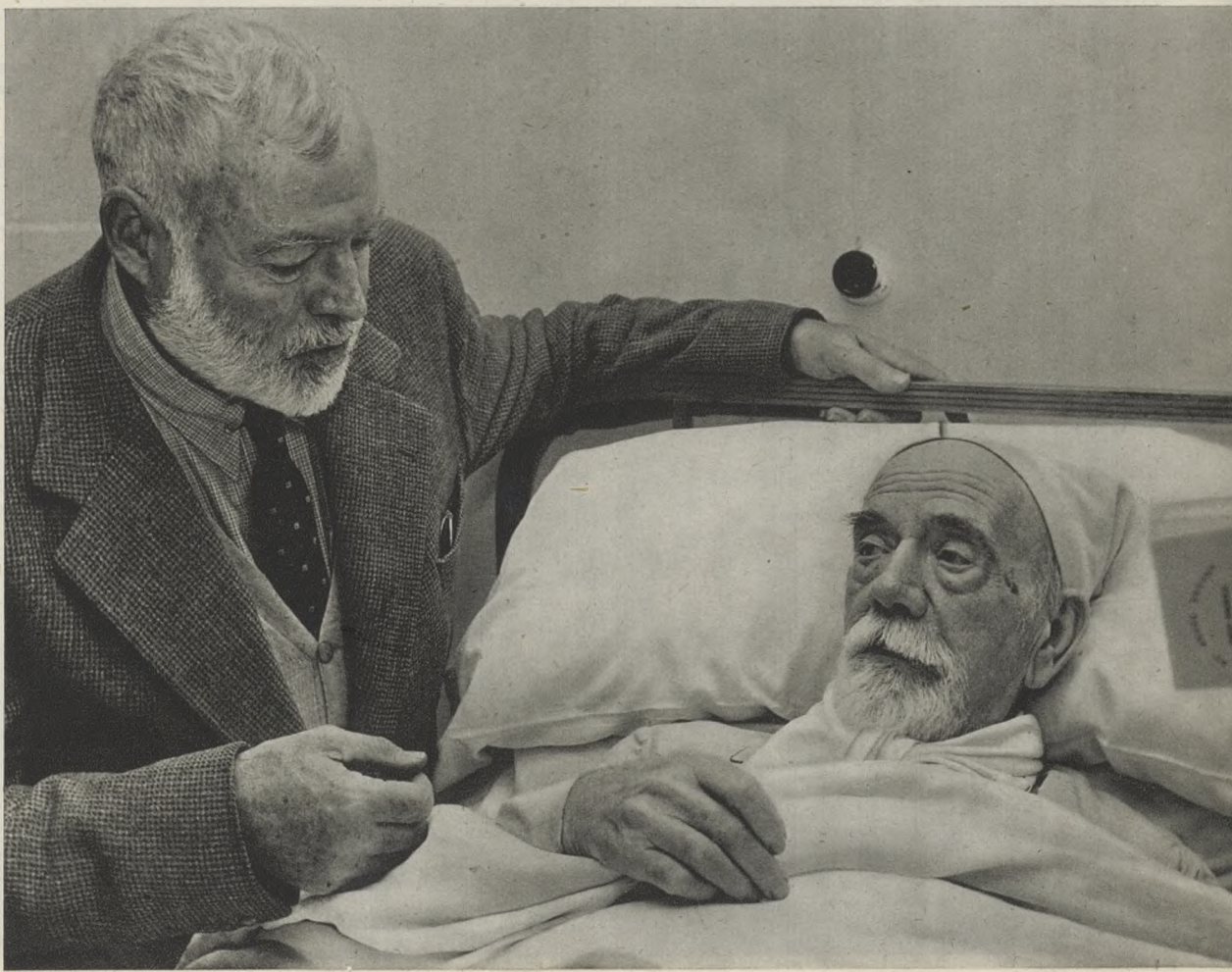
La visita, de escritor a escritor, se celebró con un estilo tan íntimo, cordial y sencillo, que adquiere en la frontera de su misma sencillez el perfil de la máxima grandiosidad. Sólo tres personas, fuera de los protagonistas y de nuestro fotógrafo, asistieron a la emotiva reunión.

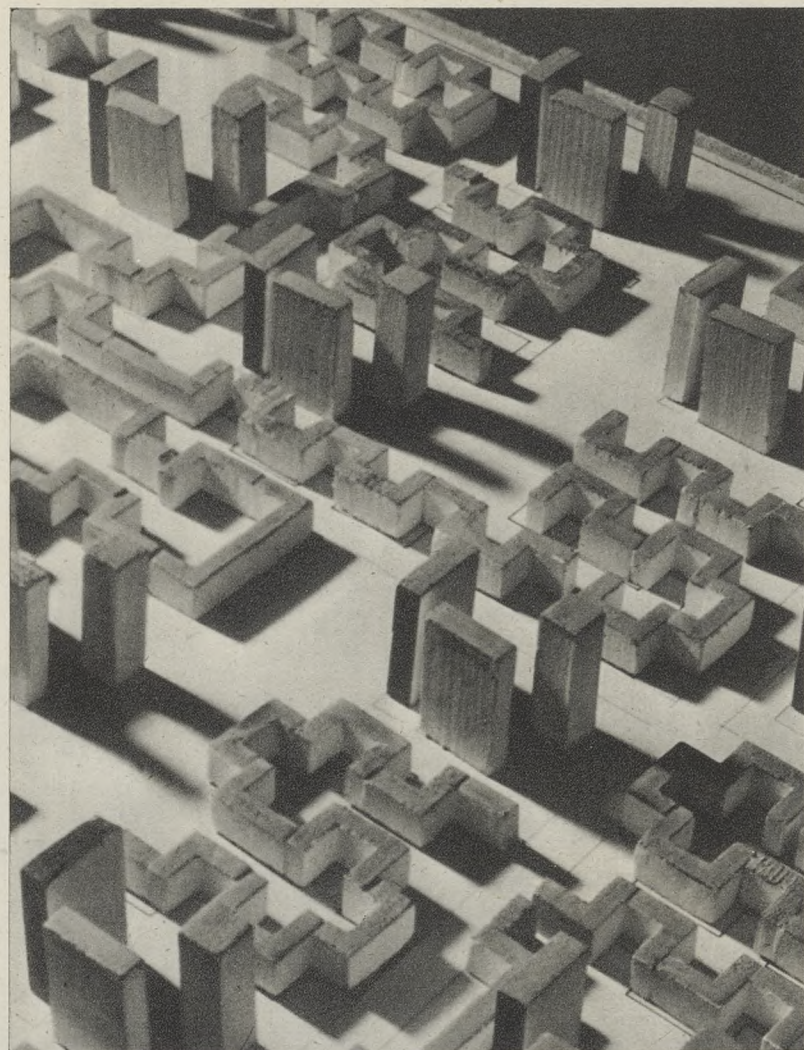
En el conocido despacho de nuestro gran escritor, a la hora del mediodía, el sobrino de don Pío recibió a Hemingway, (Pasa a la pág. 55.)

Los dos ilustres novelistas conversan. Un Premio Nóbel frente a otro que debería serlo hace tiempo. Junto a Pío Baroja, una edición en francés del libro del novelista norteamericano «Adiós a las armas».



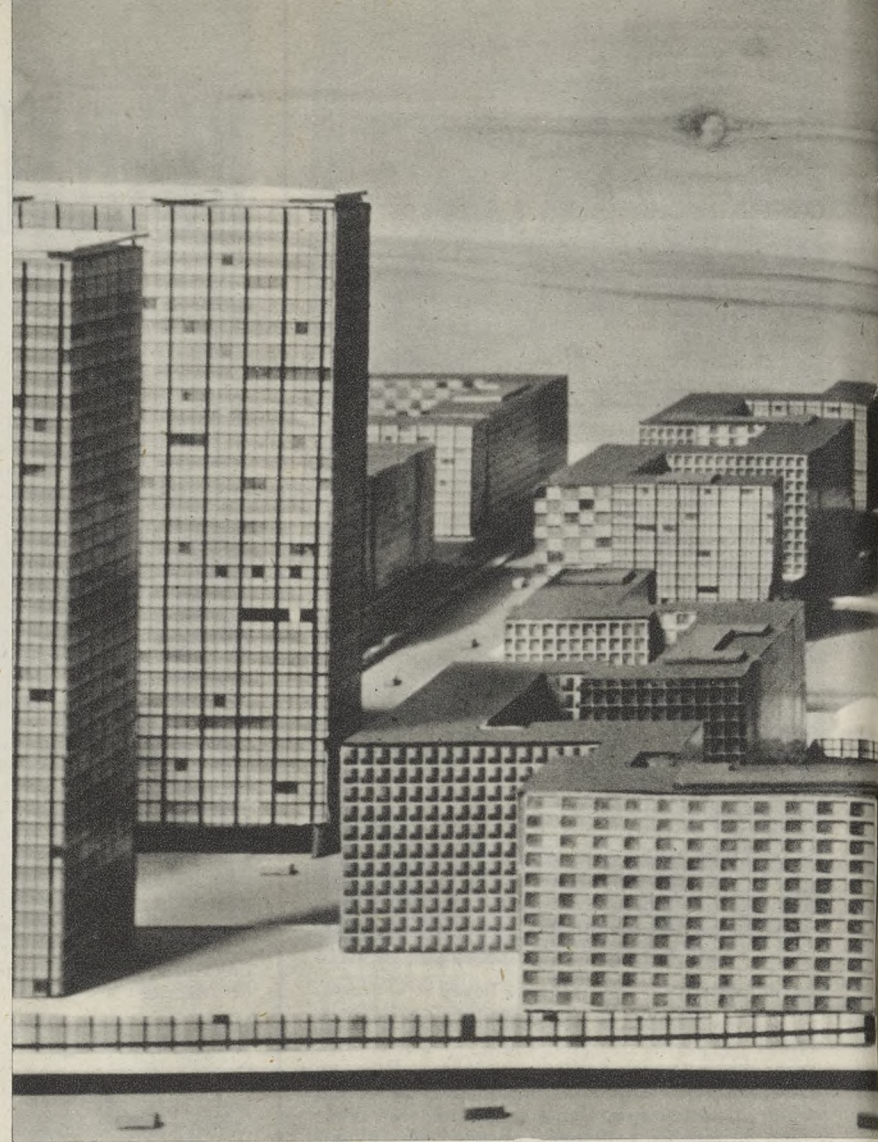
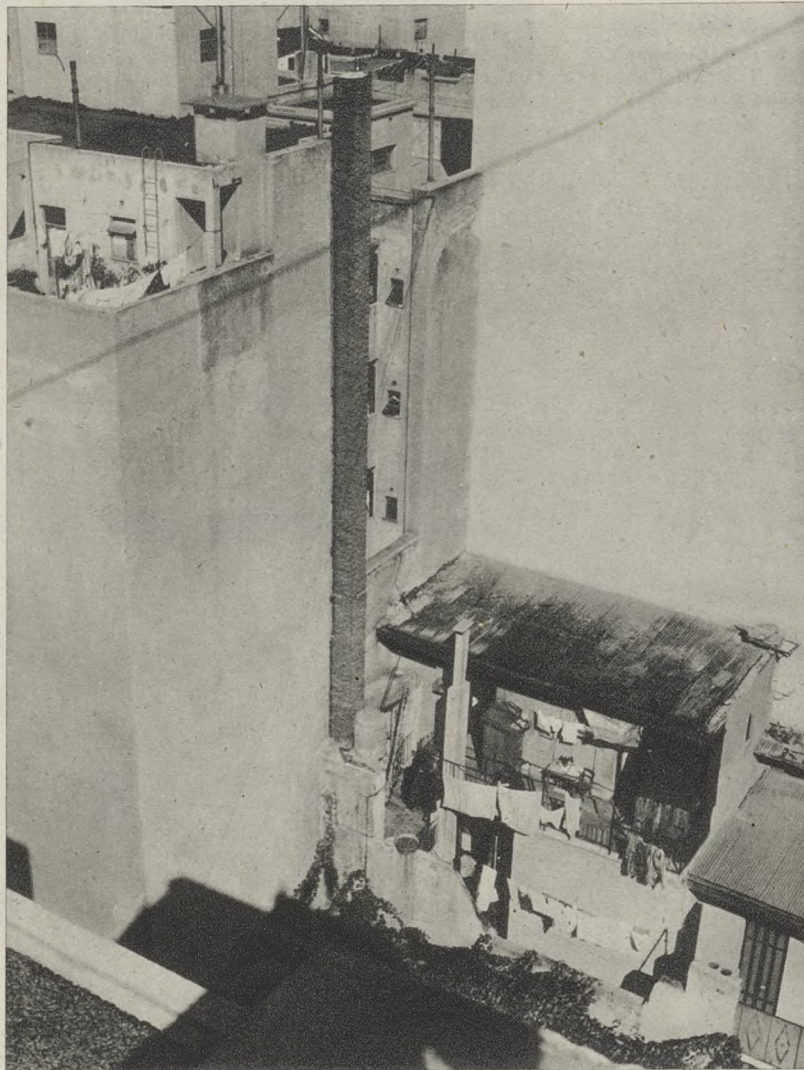
La casa de Baroja está llena de «vida», de la vida del gran escritor. Don Pío imprime a su hogar y a sus cosas verdadero carácter. Hemingway se deja retratar en el sillón donde suele escribir Baroja.





LA MAYOR REFORMA URBANÍSTICA DE LA HISTORIA

En las dos fotografías superiores puede apreciarse la armoniosa distribución de espacios y volúmenes del magno proyecto de renovación del barrio Sur de Buenos Aires—quizá la mayor reforma urbanística de la Historia—, y del que es autor el arquitecto español don Antonio Bonet. De las fotos citadas, la de la derecha ofrece una bellísima perspectiva desde el río. Abajo: los actuales «conventillos».



EL BARRIO SUR DE TOTALMENTE Y

EL ARQUITECTO ESPAÑOL BONET HARA QUE DONDE HOY SE HACINAN 80.000 HABITANTES VIVAN CON HOLGURA 500.000

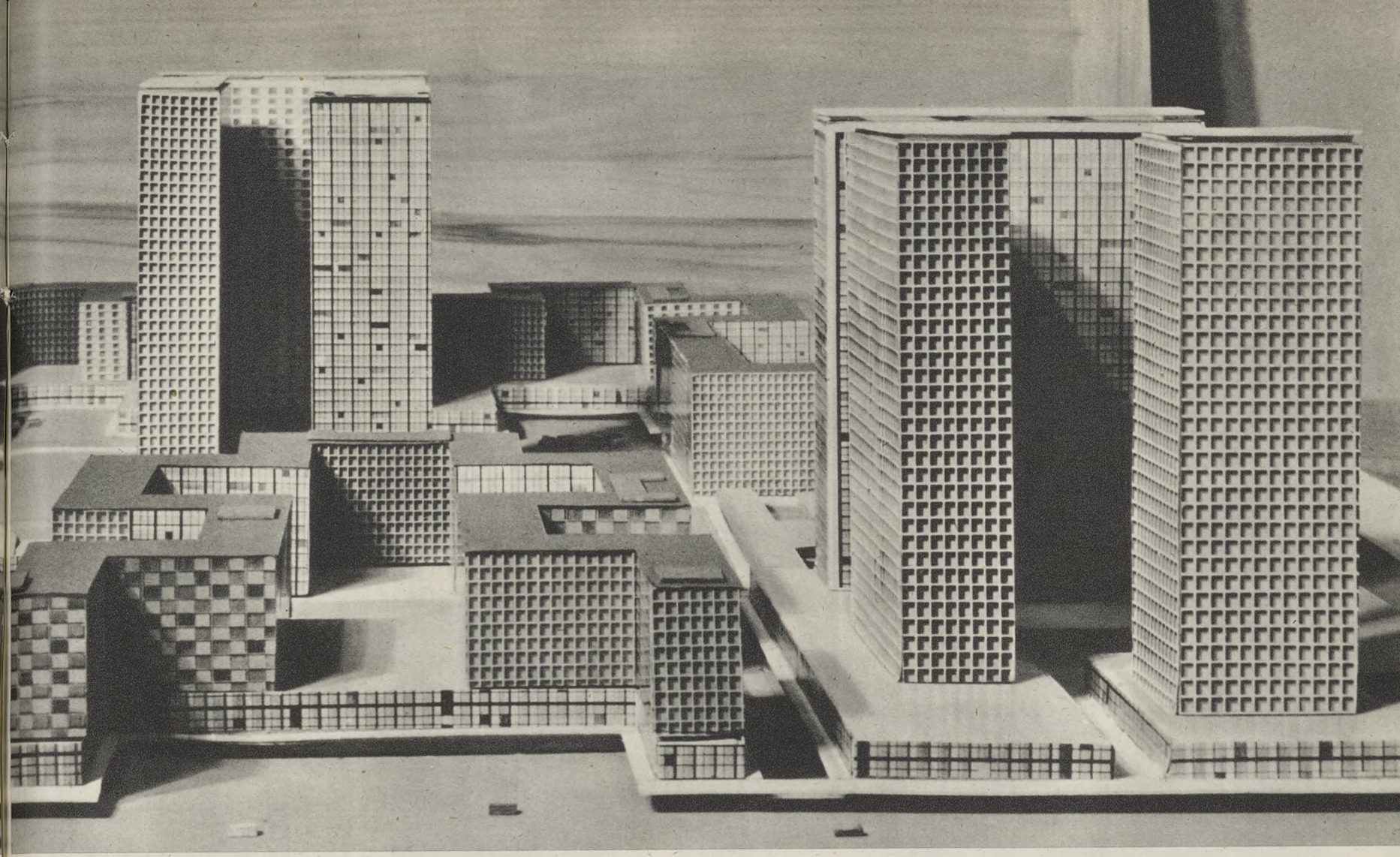
Sí, nosotros preferimos la palabra «rejuvenecer» a la de «remodelar», que es con la que se ha dado en calificar al atrevido y trascendente plan de reforma urbanística del barrio Sur de la más grande ciudad de nuestra habla: Buenos Aires. Cuando fuimos a visitar al arquitecto español Antonio Bonet, autor del famoso proyecto, formaban cola los reporteros y fotógrafos que acudían, como nosotros, en demanda de noticias. Pero al saber Bonet que MYNDO HISPÁNICO se interesaba por conocer datos sobre tan ambicioso plan, nos hizo pasar con preferente amabilidad y se puso a nuestra disposición para complacernos. Sin embargo, no quiséramos tampoco que esto fuera un reportaje y si solamente una noticia, unos datos, unos antecedentes avalados por el testimonio de nuestro ilustre compatriota.

QUIEN ES EL ARQUITECTO BONET

Menudo, ágil, de mirada penetrante. Joven aún, muy joven para su madurez profesional y para su fama, pues es uno de los doce arquitectos modernos que gozan de fama y renombre internacionales. Nació y estudió en Barcelona, y hace más de

veinticinco años que anda por Europa y América.

Discípulo predilecto de Le Corbusier, colaborador de Jeaneret, consultor de ilustres colegas suyos, es autor de pabellones y stands encargados para exposiciones y certámenes extranjeros por los Gobiernos de España y de la Argentina. Autor del famoso balneario La Solana del Mar, en Punta Ballena, la hermosa playa uruguaya festoneada de espumas y de pinos de nuestro Mediterráneo. Es autor de proyectos de considerable envergadura, como la Casa de los Concierdos de Buenos Aires y el conjunto de edificios para los Ministerios en Córdoba, que están para realizarse. Es profesor de la Escuela de Arquitectura, nombrado como seleccionador de profesorado; técnico asesor de la Cámara de Alquileres, y posee numerosos cargos oficiales, que condecoran su solapa profesional con una constelación de méritos. Posiblemente lo que le ha dado, sin embargo, más popularidad, es ese sillón de cuero y hierro que llevó hace años el premio del mueble decorativo en Nueva York y que multitud de revistas de todos los países han popularizado, y que se conoce con los nombres de sillón «mariposa», «murciélago» o «africano», como lo llaman en los Estados Unidos.



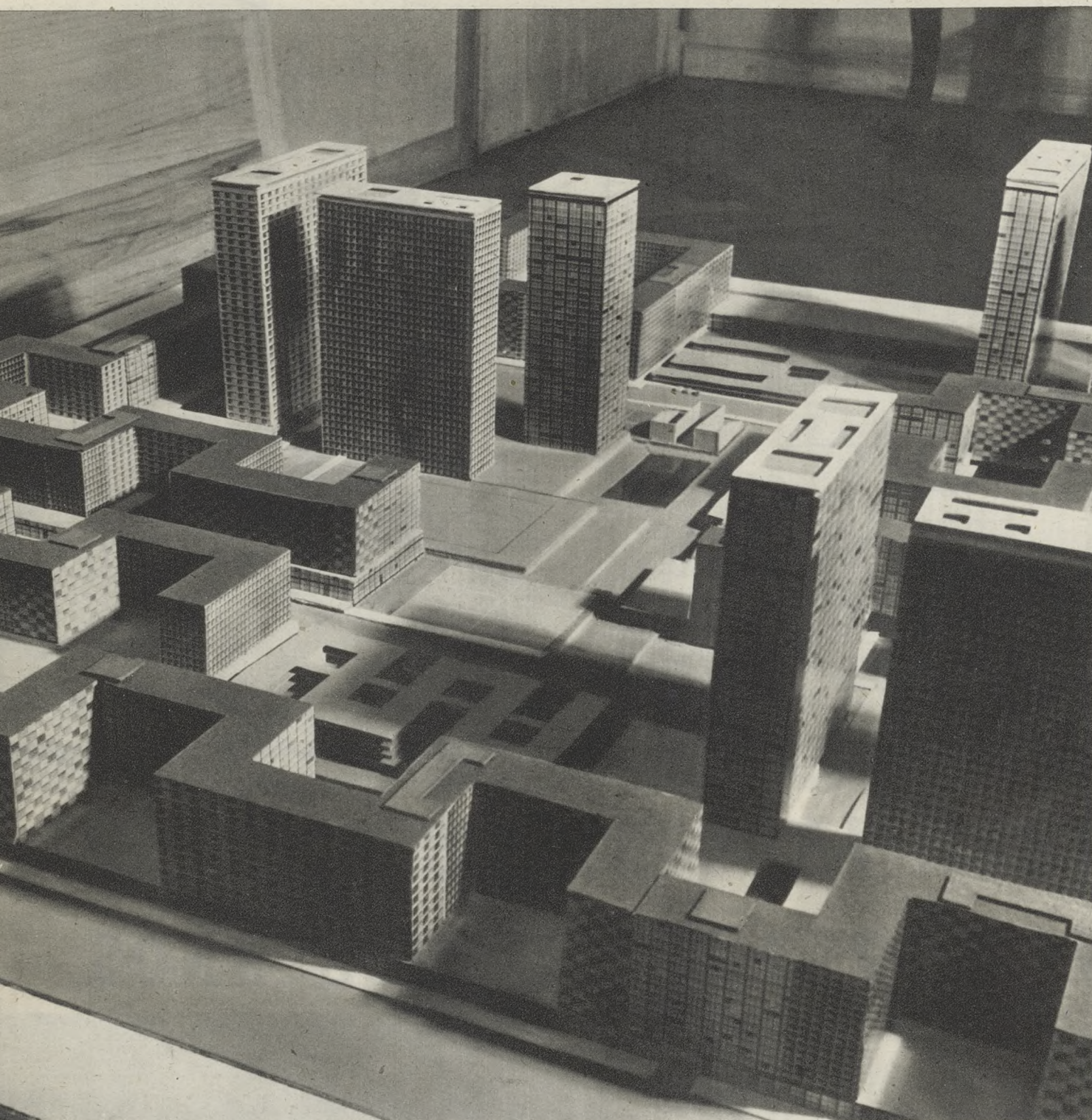
BUENOS AIRES VA A SER DEMOLIDO ALZADO EN UN PLAZO DE DIEZ AÑOS

QUE ES EL BARRIO SUR DE BUENOS AIRES

Nadie ignora que Buenos Aires tiene remansado, al lado mismo de su centro urbano-político, que es la plaza de Mayo y la Casa Rosada, un barrio típico de cierta tradición e historia y conocido con el nombre de barrio Sur, por ser ésa su cardinal ubicación. Con el crecer de la ciudad en el transcurso de los años y las recientes crisis de transporte y vivienda, ha terminado por convertirse en un hacinamiento humano de pésimas condiciones de higiene y confort y, desde luego, muy por debajo del nivel urbanístico de la ciudad. El barrio Sur quedó despoblado de sus moradores más pudientes a mediados del siglo pasado, cuando éstos, por la peste (fiebre amarilla), se trasladaron a la zona norte, más ventilada y despoblada. Después fué sede de comercios minoristas y mayoristas, en su casi totalidad de españoles, que poco a poco van siendo suplantados en una gran parte por judíos. En su exterior el barrio Sur tiene algo de feria y de zoco a la vez, por su tráfí. Pero dentro quedaron, sitiadas, miles de viviendas, ahogando las grandes a las pequeñas, y dando lugar a esos «conventillos» de insano vivir y peligrosa promiscuidad. Carece, por otra parte, ese barrio de mayor interés arquitectónico, salvo raras excepciones, y si algún pintoresquismo tiene, está éste muy por debajo de la responsabilidad urbanística de tal área estratégica de la gran ciudad.

El arquitecto señor Bonet explica al Presidente Aramburu y al intendente de la ciudad y ministro su proyecto.





Equilibrada distribución de bloques de diversas alturas. El barrio Sur ya no será considerado como vieja aldea.

Esta es la característica actual del barrio Sur: casas altas ahogando a las bajas, anarquía en la construcción.



En este barrio Sur están enclavadas dos viejas parroquias que tuvieron un día tradición y abolengo: la de Montserrat y la de San Telmo. De esta última acaba de celebrarse el CL aniversario, con fiestas típicas, de empolvadas costumbres de la época. Fué durante un tiempo barrio de negros, con sus candombes y tambores, sus «espirituales» de entonces. Pero poco a poco, sin duda por el clima caluroso del verano, fueron sucumbiendo casi todos (al revés de lo que sucedió en la vecina Montevideo, donde aun se ven muchos). Y los pocos que quedaron fueron «blanqueándose» definitivamente, en un acelerado proceso de cruzar con las razas inmigrantes.

Mientras Buenos Aires se modernizaba, el barrio Sur fué aún mucho tiempo la gran aldea, la colonia. El blasón de los habitantes de este barrio es haber corrido tras los ingleses a pedradas durante una de las invasiones. Los trofeos y banderas tomados con arrojo español a los invasores después de la derrota fueron devueltos hace poco tiempo a la basílica de Santo Domingo, milagrosamente salvados del incendio que asoló el templo hace poco más de un año, cuando se desató el odio en las calles de Buenos Aires.

En este barrio estuvo la plaza de toros y hubo en sus calles trajín de banderilleros y matadores, que hicieron las delicias del virrey Arredondo, que mandó construir el coso taurino.



EL PLAN

Era necesario modernizar esta zona. Pero dejar la tarea a la iniciativa privada resultaba peligroso, por lo anárquico. La imposibilidad de realizar desalojos, que la ley de Alquileres impide, era otro contratiempo. Se imponía, pues, un plan de conjunto, que, barriendo por etapas las viejas construcciones de cada cuadra (casilla del damero que trazó la previsión de Juan de Garay, fundador de Buenos Aires, cuando marcó el plano de la futura ciudad) y habilitándoles una a una a los nuevos habitantes, hiciera posible la prestidigitación o el milagro de poner medio millón de habitantes holgados y cómodos donde hoy viven 80.000 hacinados.

El plan completo podrá estar terminado en diez años, y cada etapa se hará con el menor trastorno para una minoría de los actuales vecinos. Porque, en definitiva, en esto consiste el plan Bonet, quien, con un equipo de arquitectos, ingenieros, dibujantes y ayudantes, trabajó afanosamente hasta terminar el proyecto, demostrando gráficamente su bondad con maquetas y modelos a escala, explicativos, que recientemente el Presidente de la República, general Aramburu, examinó con los ministros y el intendente de la ciudad.

Probablemente las revistas técnicas de España se hagan eco de lo más sustancial de este atrevido proyecto. Digamos nosotros solamente que en él se ha tenido en cuenta la triple



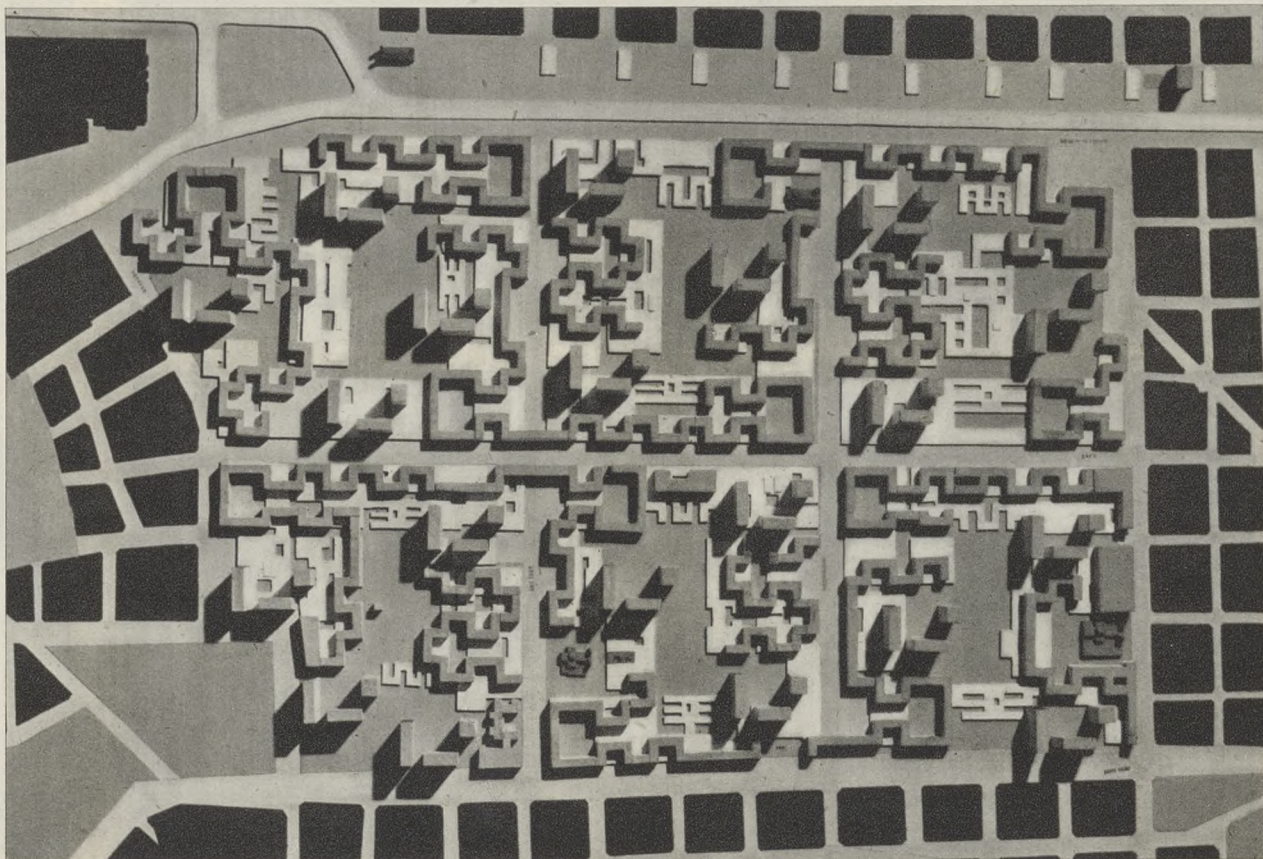
área de actividad humana: la individual, la familiar y la vecinal, pues no solamente están previstos la vivienda y el alojamiento, sino la enseñanza, los recreos, los espectáculos y, de tanto en tanto, una plaza tranquila con perspectivas humanas, como las europeas, que haga olvidar al ciudadano que la vorágine de los autobuses y automóviles corre cerca con el presuroso y consontivo afán de nuestros días.

En el actual barrio Sur, el peatón y el vehículo público se disputan agresivamente la calle, con perjuicio para todos. Los grandes edificios suelen bloquear a los pequeños. En cambio, la vida será auténticamente funcional en el futuro barrio remodelado, y, sin duda, urbanísticamente hablando, será la obra de más volumen que hasta ahora se haya emprendido.

Este es, a grandes rasgos de vulgarización, el plan de Antonio Bonet para remodelar, rejuvenecer, una gran parte de la ciudad de Buenos Aires. Las fotografías que acompañan a estas noticias ilustrarán mejor al lector. La fantasía mediterránea (Bonet es de Barcelona), ceñida al rigorismo del número y de la técnica, es la característica de este arquitecto de alta concepción y tesonera labor. Su divisa podría ser: «todos los fuegos de la exaltación y toda la serenidad de la medida».

Vista aérea de la zona que va a remodelarse, a rejuvenecerse. Con el crecer de la ciudad y las crisis de transporte y vivienda, se convirtió en un hacinamiento humano.

He aquí el armonioso equilibrio de las futuras plantas que transformarán al viejo barrio Sur en la más alegre, bella y saludable zona del cosmopolita Buenos Aires.





EL MILAGRO DEL AGUA Y DE LA PIEDRA

**UN ALTO EN LAS
RUTAS TURISTICAS
DE ESPAÑA:**

**EL MONASTERIO
DE PIEDRA**

A PARTADO de las rutas típicas del turismo, y por eso un tanto ignorado, se halla uno de los lugares más bellos de España, donde la naturaleza alterna con el hombre en una creación de singular hermosura. Nos referimos al Monasterio de Piedra y a sus agrestes alrededores. Un río ignorado en la hidrografía española se destroza entre piedras, se precipita creando formas caprichosas, se rodea de una vegetación frondosa, y por un milagro de Dios—milagro del agua y de la piedra—crea una de las escenas naturales de mayor valor plástico en tierras de tantas donosuras como son estas de España.

El río Piedra, que nace humildemente en la provincia de Guadalajara y humildemente corre a lo largo de 35 kilómetros por ésta y la de Zaragoza, para unirse humildemente al río Jalón, cerca de Ateca, se crece de pronto, se sublimiza, pierde, como un Manzanares maño, su desdeñoso apelativo de aprendiz de río, y, poco antes de morir, casi en la encrucijada donde se une al Jalón, para ser absorbidos luego ambos por el padre Ebro, adquiere caracteres grandiosos, se desmelenan con rabia aragonesa en un alarde espectacular, como queriendo decir a quienes lo contemplan: «¡Ya no soy el río oscuro e insignificante; mi razón está ahí, en la obra maravillosa que labran juntas el agua y la piedra!»

Bastarían solas las fotografías que ilustran este reportaje para probar lo antedicho. El agua, pulverizada, estrellándose contra las rocas; las cascadas atronantes y los remansos donde la paz anida. Puro contraste, exaltación y calma, para captar todos los resquicios de la sensibilidad. El hombre ha bautizado cada expresión de la naturaleza. Las cascadas y los lagos, con sus (Pasa a la pág. 59.)





Los alrededores del antiguo y famoso monasterio de Piedra, situado en la provincia de Zaragoza, a unos 18 kilómetros de Alhama de Aragón, constituyen uno de los parajes más bellos y pintorescos de España. En él la admiración del espectador queda excitada por el maravilloso juego de las diversas cascadas que forma el río. En este magnífico reportaje en color de Antrás de Togores pueden apreciarse, en toda su belleza, los sorprendentes matices del agua, que toma sus distintas tonalidades en una misteriosa mezcla de verdes. La cascada conocida con el sugestivo nombre de *Cola de Caballo* es sin duda la más bella de todas, alcanzando en su precipitación una altura de más de 50 metros.





PUERTA DE ATOCHA (DESAPARECIDA)

PUERTA DE ALCALA



LAS PUERTAS DE MADRID Y SU NUEVO ARCO TRIUNFAL



Por JUAN ANTONIO CABEZAS

EVOCACION DE LAS PUERTAS DESAPARECIDAS

Cuando Madrid empieza a ser corte de los Felipes austríacos, es cuando en realidad se inicia su verdadera historia política y arquitectónica. Entre los siglos XVI y XVII se ensancha el perímetro de sus murallas y el caserío deja de ser el laberíntico poblado medieval: callejas retorcidas, estrechas travesías, oscuros callejones, plazuelas, cuestras, costanillas, recodos y rinconadas de aquel Madrid de los Reyes Católicos y de Cisneros, que sube por uno y otro lado de la barrancada (después Ronda de Segovia) hasta las colinas nucleares de las Vistillas, empinada sobre el Manzanares y San Nicolás de los Servitas, donde una torre mozarabe nos ofrece el más antiguo vestigio del Magerit del siglo XII en una villa con arte e influencias del Renacimiento.

De aquel Madrid que una alta muralla apretaba contra la primitiva iglesia de Santa María y el Alcázar-fortaleza, quedan en la historia y en el recuerdo cinco puertas: la de Se-

govia, con salida hacia el río; la llamada de Moros, que tenía un arco árabe, entre las calles de Don Pedro y las Cavas; Puerta Cerrada, en la Ronda de Segovia, que tuvo esculpido sobre su fábrica el dragón heráldico que pasó al antiguo escudo; la de Guadalajara, en la calle de la Almudena (hoy Mayor), entre la Cava de San Miguel y la calle del Espejo, derribada cuando Felipe III construyó a extramuros la plaza Mayor, y, por último, la Puerta de Balnadeo, próxima al lugar en que Margarita de Austria fundó, en 1598, el convento de la Encarnación.

Desde los años finales del siglo XVI y durante el XVII en Madrid se canonizan santos, mueren condes y validos en la horca y se extiende considerablemente su caserío. Caen viejas puertas y antiguas murallas, para levantarse unos centenares de metros más al este y al norte de los iniciales núcleos urbanos. Pronto se hacen populares las nuevas

Fuera de los recintos clásicos, una de las más bellas salidas de Madrid es la que fija la famosa Puerta de Hierro, destacando su rejería y su blanca piedra en un paisaje frondoso típicamente madrileño.



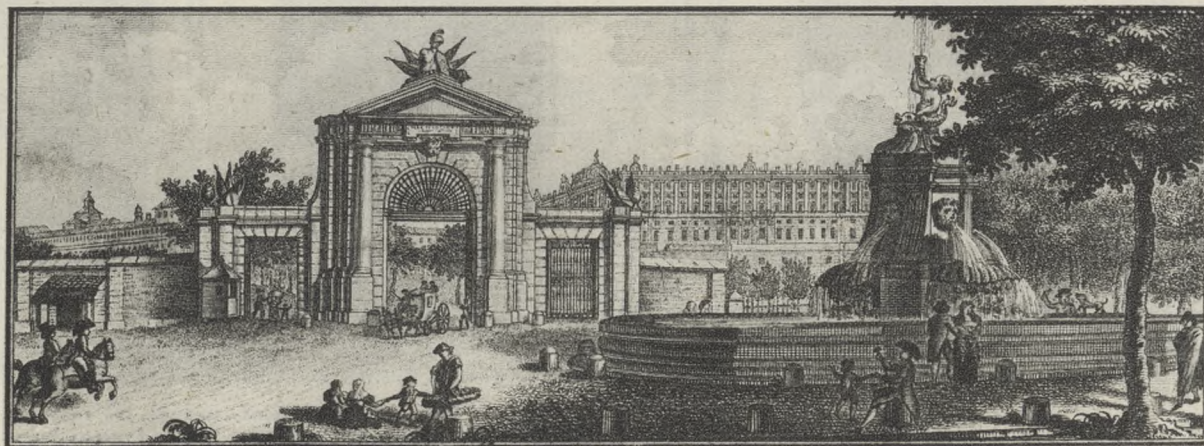
FOTOGRAFÍAS: BASABE

AS PUERTAS DE MADRID



Al realizarse la reforma del Prado y el ensanche de la calle de Alcalá fué demolida una antigua puerta, y Carlos III dispuso que se emplazara en su lugar la puerta actual. Triunfó el proyecto de Sabatini.

La desaparecida Puerta de San Vicente, proyecto también de Sabatini, se derribó en 1890. Tenía un arco central almohadillado, flanqueado al exterior con columnas dóricas, y dos entradas más.



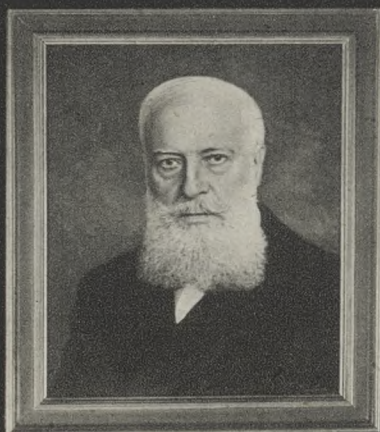
Puertas de Antón Martín, en el camino de Atocha; la del Sol, entre Montera y San Jerónimo (que daría nombre a la plaza que iba a ser centro de aquel nuevo Madrid, que extendía su mayor ensanche hacia el camino de Alcalá); el Postigo de San Martín, en la amurallada calle de los Preciados, próxima a las Descalzas Reales, y el Postigo de Santo Domingo, que metía dentro de la muralla la barriada surgida en torno al convento del mismo nombre.

Pero la villa convertida en corte inicia tan grande estirón, que todos los recintos se le quedan pequeños. El último tuvo las Puertas de Gilimón, Toledo, Embajadores, Valencia y Atocha, hacia el sur. Y tuvo las de Alcalá, Recoletos, Santa Bárbara, Pozos (Bilbao), Fuencarral, Conde-Duque, San Bernardino, San Vicente y Segovia, hacia el este, norte y oeste. Todas menos tres fueron derribadas. Hoy sólo quedan los topónimos urbanos que recuerdan su ubicación, aplicados a plazas o plazuelas del viejo caserío madrileño.

LINKER

PRINCIPE, 4 - MADRID
TELEFONO 31 35 13

Oleo de
46 x 55 cm.



MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

De sus viejas fotos de familia, así como de las actuales, le podemos hacer estas artísticas miniaturas.



Miniatura terminada
de 57 x 73 mm.

RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
MINIATURAS
SOBRE MARFIL
MINIATURAS
CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA

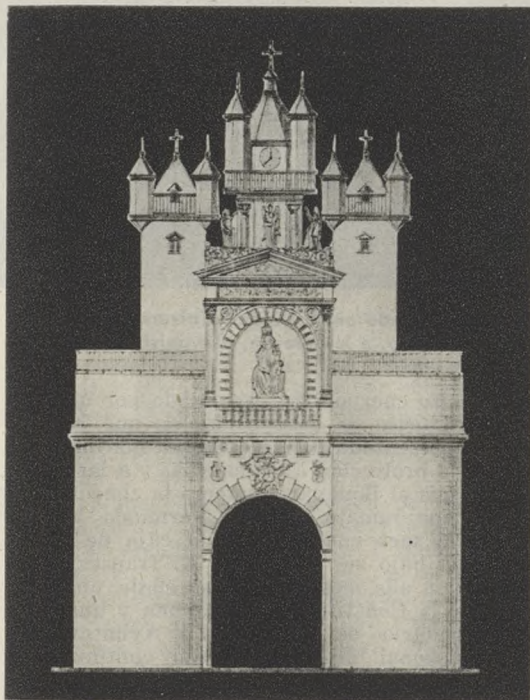


ORIGINAL

CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES



Abajo: Detalle de la Puerta de Guadalajara. Los nuevos estudios del archivero de la Villa, doctor Gómez Iglesias, han llevado a la reconstitución teórica de esta puerta que existía en la calle Mayor.



LAS TRES PUERTAS HISTÓRICAS

De todas sus crisis de crecimiento, de todo el edificar y destruir que sufre Madrid en los trescientos cincuenta años (en éste se cumplen) del asiento definitivo de la corte de los Austrias en la villa, sólo tres puertas o arcos—dos del XVIII y uno del XIX—permanecen como ornato arquitectónico de la capital: Puerta de Alcalá, Puerta de Hierro y Puerta de Toledo.

Puerta de Hierro, así llamada por las rejas que aun conserva en sus tres pasos, uno de ellos cubierto por un arco de medio punto, todo de piedra blanca de Colmenar. Sobre el arco

Sin tener la belleza de la Puerta de Alcalá, la Puerta de Toledo, enclavada en uno de los barrios más populares de la ciudad, tiene ya una solera de referencia inconfundible. En 1827 fué terminada la puerta, construída con arreglo a los planos del arquitecto don Antonio Aguado. En las dos fotos que reproducimos puede apreciarse el complejo urbano que la rodea. Fué elevada en honor del rey Fernando VII.





La fachada norte del arco. La cuadriga de Minerva galopa todavía con el andamiaje de emplazamiento.



Y llegamos a esta nueva «puerta» de Madrid. El arco de triunfo elevado en la Ciudad Universitaria, que es ya una entrada simbólica a la sede de las ciencias y las letras. Al fondo, a la derecha, el Ministerio del Aire.

y el frontón triangular que lo remata figuran las armas de España y otros símbolos castrenses.

Si en tiempos Puerta de Hierro era más salida que entrada de Madrid, hoy es una de las más agradables entradas que tiene la capital. En ella coinciden varias carreteras (las de La Coruña, la Sierra, El Pardo, La Granja y Segovia), que, al unirse en las proximidades de Puerta de Hierro, entran en Madrid por la amplia autopista que cruza la Ciudad Universitaria, y por Princesa y Gran Vía se llega directamente hasta la misma calle de Alcalá.

En los barrios bajos o del sur, que no se llamaron «bajos» sino por su situación topográfica en la parte baja de la colina que forma una de las laderas de la cuenca del Manzanares, queda la Puerta de Toledo, al final de esta calle, muy importante como entrada de Madrid durante todo el siglo XIX. Esta puerta se debía llamar «de los franceses», ya que inició su edificación el rey intruso José Bonaparte, sin duda para celebrar su llegada al trono de España y el que iba a ser efímero triunfo de Napoleón.

Tiene la Puerta de Toledo, instalada en el centro de una plaza, tres entradas; dos cuadradas y más bajas, y la central, un arco de medio punto de 36 pies de altura y 16 de luz, que culmina en un interrumpido architrabe, y

un macizo cuerpo ático, rematado por un grupo escultórico de José Ginés, en que España está representada por la opulenta matrona que dispensa protección a las ciencias y a las artes. Desde que el Bonaparte empezó la cimentación, hasta que remató la obra Fernando VII en 1827, se sacó cuatro veces la caja de plomo colocada bajo sus cimientos. El francés había metido en ella medallas con su efigie, un ejemplar de la Constitución de Bayona y una guía y calendario de Madrid. El Ayuntamiento constitucional de 1813 acordó continuar la obra, dedicándola al triunfo del pueblo español, y metió en la caja la flamante Constitución y monedas con la efigie del «Deseado». Al año siguiente, el Ayuntamiento fernandino no quiso la Constitución ni bajo tierra, y volvió a cambiar el contenido de la caja. Se metió el *Diario de Madrid*, la *Guía de forasteros* y otros papeles. Aun se sacó por cuarta vez en los años 1820-23. Tenía el monumento una larga y laudatoria lápida dedicada a Fernando VII; pero durante las revoluciones de 1854 y 1868 fueron arrancadas la mayor parte de las letras y sólo quedó: «Año de MDCCCXXVII.» Ahora las primitivas leyendas han sido restauradas.

A propio intento hemos dejado para la última la que por todos conceptos puede considerarse como la primera de las puertas histó-

ricas y monumentales de Madrid: la Puerta de Alcalá, en la plaza de la Independencia.

Es el otro símbolo de piedra, verdadero arco triunfal, erigido en 1778 en honor del rey Carlos III, el famoso «rey Carolo» que dicen los castizos madrileños, treinta años antes de que las balas francesas dejaran los impactos en su granito.

Los planos de la puerta son de Sabatini, aunque en su ornamentación colaboraron también los escultores Michel y Francisco Gutiérrez.

Por los tres arcos y dos puertas cuadradas de la Puerta de Alcalá entró en tiempos todo lo que nos venía de Europa, ya que el viejo camino de Alcalá se convierte también en carretera de Aragón, de Cataluña y de Francia. «Umbral de universalismo» llamó a esta puerta el poeta Ramón de Basterra. También puede decirse que a Madrid le sale el sol por la Puerta de Alcalá. Ramón Gómez de la Serna había dicho poéticamente que en la Puerta de Alcalá «enhebra cada mañana el alba su hilo de oro».

Hoy la Puerta de Alcalá se ha quedado abierta para siempre, símbolo al fin que, a fuerza de serlo todo, ya no sirve para nada. Menos mal que tienen gracia y armonía arquitectónicas sus arcos y que los jardineros municipales cuidan, en torno a sus pilastras, esas rúbricas románticas de afeitados jardinillos, donde cada primavera nacen, uniformados de color, centenares de esbeltos tulipanes.



La fachada sur del arco monumental es la que da la cara a la ciudad. Esta es la entrada simbólica de la Ciudad Universitaria. Al fondo, a la derecha, el Colegio Mayor José Antonio, novísimo en su edificación.

EL NUEVO ARCO DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA

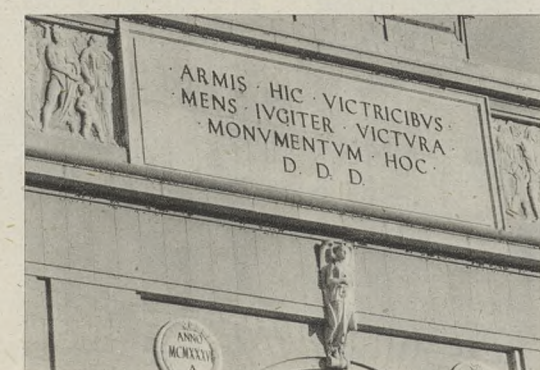
En este año de 1956 Madrid estrena una nueva puerta monumental: este gran arco, que dará entrada simbólica a la Ciudad Universitaria desde la plaza de la Moncloa.

«De buen aire y de hermosas salidas debe

ser la villa donde quisieren establecer el estudio, porque los maestros que muestren los saberes y los escolares que los aprendan vivan sanos en él.» Tal es una recomendación que hace en *Las Partidas* el gran Don Alfonso el Sabio.

Buen aire tiene la madrileña Ciudad Universitaria, instalada so-

Inscripción de la fachada norte, que mira a la Ciudad Universitaria, cuyo texto en castellano dice: «A las armas aquí vencedoras, la mente, que ha de vencer siempre, dedica este monumento.»



Inscripción de la fachada sur: «Fundada por la munificencia regia, restaurada por el Caudillo de los españoles, la Ciudad Universitaria de Madrid florece bajo la mirada de Dios», es la traducción.



"LA CURACION EL DOCTOR ARRUGA SE ACERCA A SU OPERACION NUMERO DOS MIL

Por MARTI SANCHO

EL MILAGRO

Cuenta la Santa Biblia de Tobías que, estando cegado su padre, aplicó, por consejo del arcángel Rafael, la hiel de un esturión a sus ojos, y el ciego vió. Mas no llegó a ver sin que antes pasara un tiempo: el de la angustia que precede a los portentos, durante el cual ni la fe del uno ni la del otro vacilaron.

Al cabo de este tiempo, breve para cualquier proceso curativo, interminable para el que espera la curación, «he aquí—dice el santo libro—que empezó a desprenderse de las pupilas una nube o

piel blanca semejante a la telilla de un huevo», extinguida la cual, entró la luz a los ojos, y la creación se hizo visible para el anciano, dentro de los horizontes llanos de la que era a la sazón Mesopotamia fértil.

LA HIDALGUA ESPAÑOLA

Trasladémonos a Río de Janeiro para presenciar la siguiente conversación entre el finado Presidente Getulio Vargas y el doctor español don Hermenegildo Arruga Liró. Esta conversación pone remate a la estancia del médico bar-

El insigne doctor Arruga, gran aficionado al cine, tiene instalada en su domicilio una sala cinematográfica, con dotación de aparatos para montaje y proyección.



DE TOBIAS''

celonés en tierras brasileñas, al cabo de haber operado al padre del señor Vargas, anciano de noventa y cuatro años, con éxito completo:

—No insista en lo tocante a honorarios. Me considero espléndidamente retribuido por el honor que significa para mi patria el que vuestro padre haya confiado la salud de su padre a un médico español.

Getulio Vargas estrecha fuertemente la mano de Arruga y dice:

—Hace usted honor a su patria, y es un magnífico ejemplo de la hidalguía española.

El padre del Presidente brasileño tenía la «enfermedad Tobías».

Es en extremo difícil abocetar siquiera una línea biográfica del doctor Arruga. Su vida es tan elemental, lo extraordinario se hace en ella tan corriente, que ya nada extraña, nada asombra, en lo que va de sus primeros pasos de estudiante al último triunfo internacional.

Deshilvanada, un tanto anárquicamente, nos encontraremos en esta semblanza con los materiales que un biógrafo más paciente pudiera acaso reducir a norma, si es que en la vida cabe otra normalidad que no sea la de la sorpresa, precisamente.

Sigamos acompañando a Arruga, por el momento, en su visita al Brasil. Vargas le abraza mientras ensalza su hidalguía. La emoción se le desborda por el rostro.

Horas más tarde el doctor español conoce la noticia de que le ha sido concedida la Gran Cruz del Cruzeiro do Sul. Inicia el viaje de retorno. Leamos un recorte de prensa contemporáneo para seguir su ruta hasta Barcelona. El diario *Ideal*, de Granada, en su número del día 25 de julio de 1950, dice así:

El eminente oftalmólogo español doctor Arruga, hoy conde de Arruga (en premio a sus méritos), ocupa la atención de la prensa.

En cierta ocasión, después de operar al padre del Presidente del Brasil, se encontró con que, en el trasatlántico que le traía a Lisboa, el Presidente Vargas había hecho embarcar un magnífico Buick, como obsequio personal suyo. Y Arruga, que había hecho el viaje con el dinero justito, se encontró con que no disponía de fondos para abonar los altos honorarios de la Aduana. El embajador del Brasil en Portugal resolvió gustosamente la cuestión.

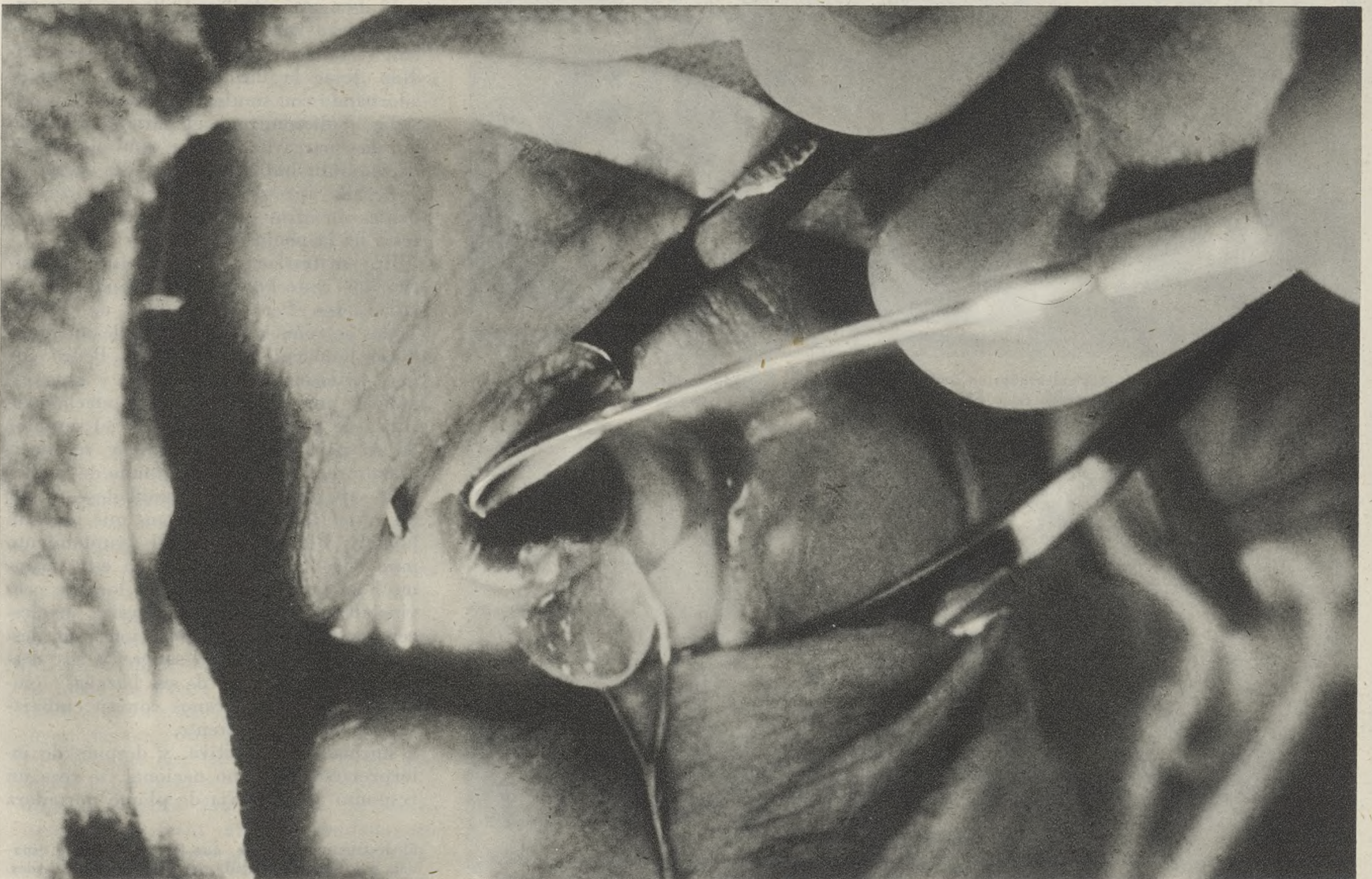
Y en aquel suntuoso automóvil regresaba el doctor Arruga a Barcelona cuando, en el trayecto, un accidente hizo volcar el coche, ocasionando el vuelco la muerte de su esposa, que le había acompañado en el viaje.

Y así regresó Arruga a Barcelona: cubierto por la más intensa gloria, pero abrumado por el terrible dolor de (Pasa a la pág. 57.)



La fama del doctor Arruga ha traspasado todas las fronteras. En la fotografía le vemos con la reina madre Isabel de Bélgica, que le visitó en Barcelona.

La «operación Tobías» ha sido repetida ya muchas veces en la historia de la Medicina. El doctor Arruga ha prestado decisivos servicios en este terreno.





Los descendientes del adelantado de la Florida, conde de Revillagigedo y Jaime Argüelles, tras la banda de música, al paso por la plaza del Ayuntamiento de Avilés de los restos mortales del fundador de San Agustín.



Uno de los momentos de los actos celebrados en Avilés con motivo del traslado de los restos mortales de don Pedro Menéndez de Avilés, adelantado de la Florida. El embajador norteamericano con otras personalidades.



NORTEAMERICANOS Y ESPAÑOLES, EN EL HOMENAJE A DON PEDRO MENENDEZ DE AVILES



Angulo del convento de los PP. Franciscanos en el que reposan los restos de Menéndez de Avilés.

18 de agosto, Avilés. Calles y plazas engalanadas. Día de fiesta. Los avilesinos han vestido sus mejores galas y han decidido dejar la intimidad de sus hogares adornando con su alegría ventanales y calzadas. Policromía en el paisaje salpicado por las margaritas de las camisolinas marineras. Bulle-bulle de las grandes ocasiones y llegada apresurada de vehículos procedentes de otros puntos de Asturias y del resto de la península.

Hoy se trasladan a su sepultura definitiva los restos de un hijo insigne de la villa: don Pedro Menéndez de Avilés. Todos se reúnen para tributarle un grandioso homenaje. Porque don Pedro fué muy avilesino, muy asturiano y muy español; por ende, católico a machamartillo; de profesión marino y fiel servidor de su rey; por sus méritos y reconocimiento real de éstos, adelantado de la Florida—aparte de otras dignidades—; por sus obras todas, nada menos que todo un hombre. Por ello acuden al Ayuntamiento para encontrarse presentes en este póstumo homenaje las autoridades locales, provinciales y nacionales; la Iglesia; sus descendientes por ley de vocación; sus descendientes por ley de sangre y sus descendientes por razón de sus hazañas: ciudadanos norteamericanos con su embajador en España al frente.

Formada la comitiva, y después de interpretarse el himno nacional, se reza un responso ante la caja de plomo portadora

El destructor «Sperry», que llevó la bandera española a la ciudad fundada por Menéndez de Avilés.

EL ÚLTIMO VIAJE DEL ADELANTADO DE LA FLORIDA

de los restos del conquistador de la Florida. El templo de San Nicolás de Bari sirve de fondo y de inicio. Marineros de guerra de España y de los Estados Unidos dan escolta a aquéllos. Formaciones militares los siguen. Después, las personalidades asistentes. Y el pueblo entero, que contempla orgulloso el desfile. Hasta palomas participan en el homenaje. Por fin, la cívica procesión detiene su callejero recorrido ante magníficas tribunas instaladas en la plaza de Don Pedro. Es primero la voz del Instituto de Cultura Hispánica la que se dirige a los presentes; es la del señor alcalde de Avilés la que se dejará oír a continuación; es el embajador señor Lodge quien cerrará el acto. Pero antes ha ocurrido otro hecho: el señor alcalde ha entregado al señor embajador una bandera roja y gualda con el fin de que ondee, junto a la estrellada, en el fuerte de San Agustín de la Florida. Y el señor embajador, al aceptarla y prometer para ella un lugar de privilegio, incluso en el mismo corazón de sus ciudadanos, ha reconocido que «ningún norteamericano puede reclamar para su ciudad natal una ascendencia tan antigua como los habitantes de la ciudad más vieja de mi país: San Agustín». Por último, desfilan las tropas, y son trasladados los restos de don Pedro Menéndez de Avilés al templo franciscano de San Nicolás, joya del siglo XII.

¿Y merece realmente Menéndez de Avilés tamaño homenaje? Es tributo merecido, porque don Pedro pertenece, y con preferentísimo lugar en vanguardia, a la pléyade de marineros asturianos que tanto brillaron en el siglo XVI y que tanto contribuyeron a que no se pusiera el sol en los dominios del gran rey Don Felipe. Nacido de ilustre familia en 1519 en Avilés—como el otro Menéndez, don José, el rey de la Patagonia—, huyó a los catorce años de su casa, arrastrado por su irresistible vocación a la marina y a la guerra, sentando plaza de grumete. Muchas penalidades pasó; pero tal fue su aprendizaje militar y náutico, que, veintidós años más tarde, llegada a capitán general de la armada del rey más poderoso de la tierra. En ese tiempo, dice el autor del Memorial, «hizo cosas muy venturosas é notables que serían muy largas de contar».

Fue don Pedro un hábil político, un general inteligente, un hombre experimentado, un marino entusiasta, un católico fervoroso, un hombre fuerte en la adversidad, un sabio geógrafo, un experto piloto. Si a Menéndez no le cupo la suerte de que su nombre sea pronunciado a diario en todas las partes del globo, al ser asociado a uno de los productos típicos de la joven nación norteamericana, el automóvil, como les aconteció a otros de sus primeros colonizadores—tales De Soto y Cadillac—, podría vanagloriarse de haber figurado su retrato entre los mandados colocar en su despacho por el Rey Prudente, aquel rey a quien escoltó con su colosal

Por CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

escuadra cuando se dirigía rumbo a Londres con ánimo de reunir para siempre en un mismo trono a las coronas española e inglesa. ¿Qué soñaría don Pedro sobre el futuro de su patria al acercarse a los acantilados de Dover? Quizás no fuera arriesgado suponer que quedaría fuera de sus cálculos el nombramiento que, andando los años, le conferiría su rey de almirante de la Armada Invencible. ¿Qué rumbo hubiese tomado la historia del mundo de haber sobrevivido el preclaro hijo de Avilés al maligno tabardillo que en Santander en él se cebó y le llevó al sepulcro en 1574, a los pocos días de recibir dicho nombramiento?

Muchos títulos ostentó en vida el hispánico héroe—capitán general de la armada dispuesta para proteger las flotas de la carrera de Indias y perseguir a corsarios, capitán general de la armada destinada a la guarda y seguridad de las Indias, capitán general de la armada dispuesta para

la custodia de las costas de Flandes, etc.—, pero ninguno tan caro para él como los de adelantado, gobernador y capitán general de la Florida. Ya cuando recibió el nombramiento manifestó que «aquella empresa tomaría él a su cargo de mejor gana que ninguna de cuantas armadas ni oficio Su Majestad le podía encargar en sus reinos». Y como contraste, he aquí la sobriedad con que relata la fundación de San Agustín el 28 de agosto de 1565: «...y yo me fuy en tierra y tomé la posición en nombre de V. M. y fui jurado por los capitanes y oficiales por adelantado y gobernador y capitán general desta tierra y costa, conforme a las provisiones de V. M.»

Menéndez de Avilés no acabó sus días en la Florida «salvando almas»—según deseaba—, pero allí quedó su obra y allí quedará la bandera de su patria que, bajo la guarda de los marineros del destructor norteamericano «Sperry», habrá llegado a la ciudad de su fundación, en donde flameará al mismo tiempo que la enseña de la Unión.



EL PELIGRO DE LA INFLACION

POR MIGUEL GARCIA PALOP

EN Iberoamérica, muchos países padecen inflación y otros la han padecido. México y España han logrado desterrarla al estabilizar sus economías. Perú y Brasil todavía no han logrado hacerla desaparecer del todo. Los estudios de la C. E. P. A. L. revelan que el país que más ha sufrido los efectos de la inflación ha sido Chile, que es también el que tiene un ritmo más lento de desarrollo. Lo mismo ha demostrado el informe del doctor Prebich acerca de la situación económica argentina. En cambio, las naciones que mejor mantienen el poder adquisitivo de su moneda son las de más rápido desarrollo.

Lo que tratamos de aclarar sobre lo que sea la inflación y sus efectos no va a servir para conducir una política económica o financiera o dirigir un banco o una gran empresa industrial, ni mucho menos para evitar los desastrosos efectos de la misma. Sin embargo, estamos seguros de que, conocido el fenómeno y sus causas por los más, será más fácil combatirlo y además se estará en mejores condiciones de entender el porqué de ciertas medidas y orientaciones de los Gobiernos para impedirlo. Conste que

el hablar de inflación, mientras siga existiendo, no es un tópico: es una realidad, cuya mecánica y perniciosos efectos conviene divulgar y de ninguna manera solapar, ni mucho menos dejarse engañar por sus cantos de sirena.

No es la inflación un síntoma de otros males económicos; es en sí misma una enfermedad que hay que atajar. El hecho de que la inflación sea más o menos moderada no supone en ningún caso y a la larga beneficio alguno; la prosperidad en períodos inflacionarios es falsa, y si produce beneficios, sólo es para unos pocos, muy pocos, mientras los demás sufren sus consecuencias. El propio Caudillo de España, Francisco Franco, cuyos puntos de vista económicos tienen ya mérito de profecía, ha recalado no hace mucho tiempo la importancia que tiene para un país el eludir la sombra nefasta de la inflación.

VARIOS CONCEPTOS QUE CONVIENE RECORDAR

Los teóricos de la ciencia económica dicen: "Inflación es toda expansión en el nu-

merario circulante que no corresponde a una expansión igual a la oferta existente en el mercado."

Simplemente: una expansión artificial en los instrumentos de cambio, sea moneda o sea crédito.

Cuando los instrumentos de pago de que dispone un país se mantienen en una relación necesaria frente a los bienes que hay en el mercado, las economías se mantienen estables en lo que hace a precios. A la estabilidad de los precios corresponde la estabilidad de los salarios y a mayor cantidad de moneda en circulación deben corresponder más bienes que vender y que adquirir, resultando así a precios más bajos.

"Precio—dicen los textos de Economía—es la medida del valor de las cosas expresada en dinero." No cabe duda de esta afirmación; pero el hecho de que el precio sea expresado en dinero nos hace llegar a este otro concepto:

"Dinero—dicen los textos—es un instrumento de cambio generalmente aceptado y que tiene dos valores: uno intrínseco, por lo que es, y otro extrínseco, por lo que con él se puede comprar."

En economías de moneda de papel, que hoy son todas, cada moneda tiene el valor de lo que con ella se puede adquirir; luego el valor del dinero es su poder de compra frente al mercado vale decir, la capacidad de adquirir mercancías, o más claro: que el poder de compra de una moneda está en razón directa de lo que haya en un mercado para adquirirlo y en razón inversa a la cantidad de unidades monetarias. Si el numerario en circulación no se halla respaldado por riqueza (oro, divisas, ahorros, bienes de capital productores de bienes de consumo), tendremos inflación.

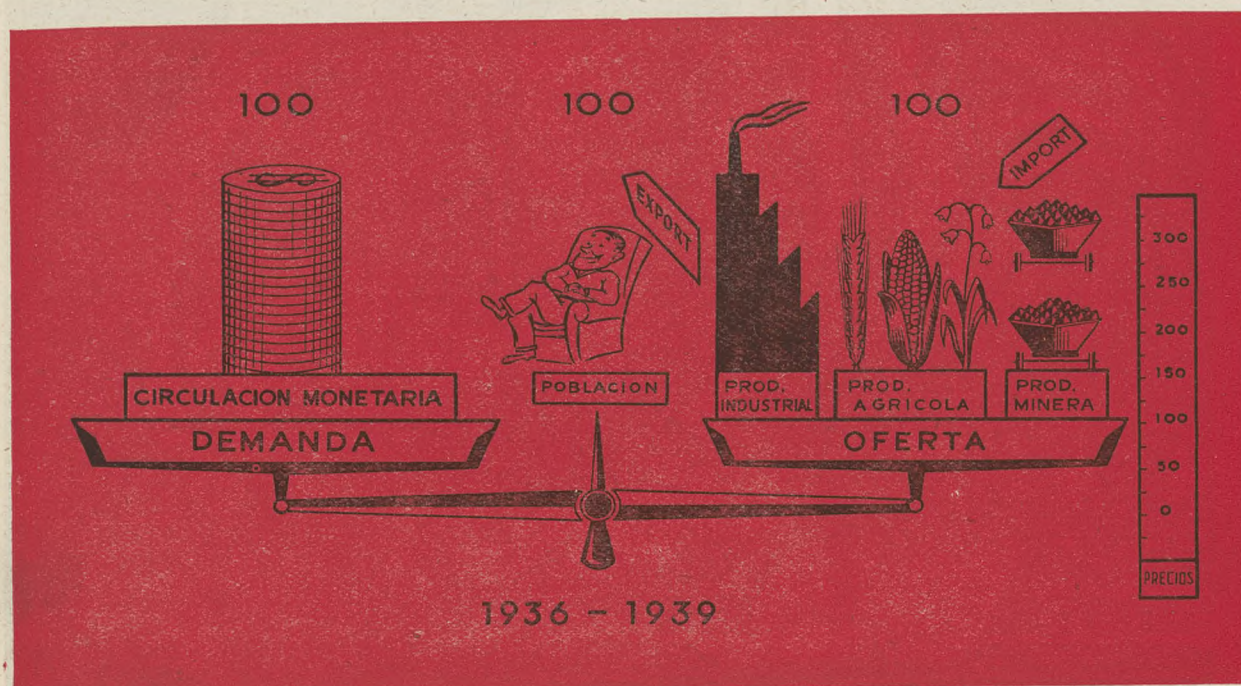
UN CONCEPTO SENCILLO DE INFLACION

Supongamos, por ejemplo, un conjunto de medios de pago de los que una colectividad se sirve en un determinado momento y también otro conjunto de bienes y servicios que son objeto de transacción gracias a la utilización de esos medios de pago. Si llamamos a los primeros M y a los segundos P, este momento de economía normal lo expresaríamos así:

$$P = M$$

O, lo que es igual: a cada porción de pro-

La permanente estabilidad que existía entre la oferta y la demanda en proporción con la población y con el comercio era la característica fundamental que equilibraba las economías iberoamericanas.



ducción corresponde una cierta porción de moneda.

Pero puede ocurrir en otro momento (y de hecho está ocurriendo en muchos países) que si aumenta el volumen de la moneda sin que se efectúe un aumento en consonancia de la producción, a cada lote de producción corresponderá el doble de la cantidad de moneda anteriormente utilizada. Entonces habría que expresarlo así:

$$P = M + M,$$

o sea, se habrían doblado los precios.

Este es el sentido más común del término inflación, aunque no sea el más concreto, pues la inflación no es sólo una desproporción entre un determinado volumen de medios de pago y el volumen de la producción objeto de comercio, aumentando éste menos que aquél, sino que es eso y algo más complejo. Pero creemos que lo expuesto es suficiente para comprender con claridad el problema. Sólo añadiremos con el economista Paul Einzig que la inflación, además de dinero, puede ser de otros factores, tales como de crédito, de demasiadas inversiones, presupuestaria, de baja producción, de falta de ahorro, de devaluación, de precios por restricciones en el comercio exterior, etc., si bien todas ellas son consecuencia de la primera.

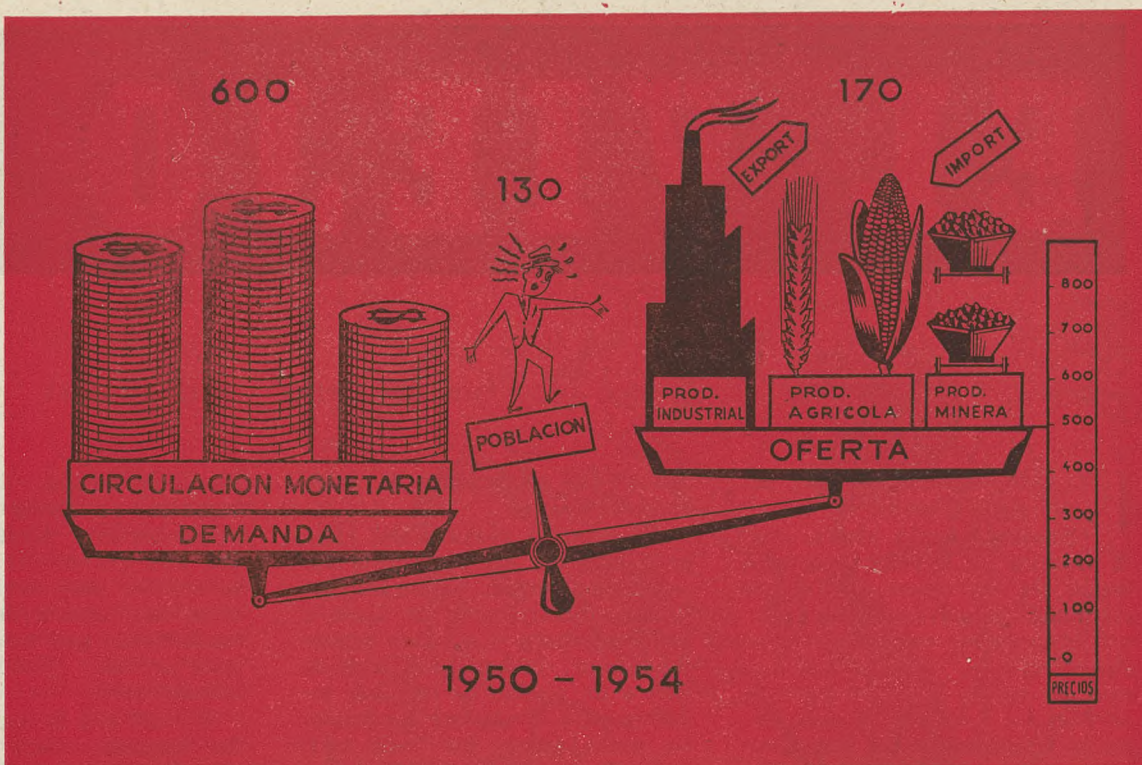
CARACTERISTICAS Y EFECTOS DE LA INFLACION INFLACION Y DESARROLLO

Lo que principalmente caracteriza a la inflación es una baja capacidad de inversión y un desequilibrio en los rendimientos. Esto da lugar a lo que comúnmente se llama *espiral o carrera inflacionista*, o sea, una continua subida de salarios, que provoca un alza en los precios, que a su vez dará lugar a un nuevo aumento de salarios, para que vuelvan a subir los precios, y así sucesivamente. En toda economía que evoluciona, los precios y los salarios han de subir; pero en el control y freno de estos factores radica toda política económica que se tache de buena.

Además, en economías roídas por la inflación, de lo cual es consecuencia directa la inestabilidad monetaria, no puede llegarse a un desarrollo económico pleno. Con inflación no es posible la estabilidad monetaria y sin estabilidad no contemos con el desarrollo; si acaso, habrá crecimiento económico; pero esto no es el desarrollo, si entendemos por tal el aumento de la renta real por habitante, esto es, el incremento del conjunto de bienes y servicios de que dispone la población de un país, lo que determina su nivel de vida, su bienestar. Nótese, en el caso de España, que desde el momento en que la peseta logró estabilidad en las cotizaciones mundiales, desaparecieron las tasas y racionamientos y es cuando el incremento productivo del país ha sido más notorio. En otras palabras, se logró frenar el proceso inflacionario que amenazaba a su economía.

Pero el desarrollo económico depende estrechamente del ritmo al que se acumulan ahorros y de la forma como dichos ahorros se invierten para fines productivos. Ahora bien, para que se efectúen ahorros y las consiguientes inversiones necesarias, será preciso que la población, después de atender a sus necesidades, no consuma una parte de su producto, sino que la dedique a bienes de capital, bien mediante la inversión directa, bien suscribiendo acciones u obligaciones de empresas industriales o comerciales o simplemente prestándola a los Bancos en forma de depósito. Es aquí donde entran en juego los efectos de la inflación, obstaculizando poderosamente la acumulación de ahorros y desviando la aplicación de ellos hacia fines que no contribuyen al aumento de la producción.

En años recientes, a raíz del último conflicto bélico, cobró bastante difusión una escuela de pensamiento que no sólo acep-



El crecimiento desproporcionado de la circulación monetaria, agravado con el normal crecimiento de la población y no respaldado con un suficiente aumento de la producción y la consecuente disminución de las exportaciones y aumento de las importaciones—sobre todo de bienes de consumo—, tuvo como lamentable resultado en toda la geografía de Iberoamérica el continuo aumento de precios, la inflación.

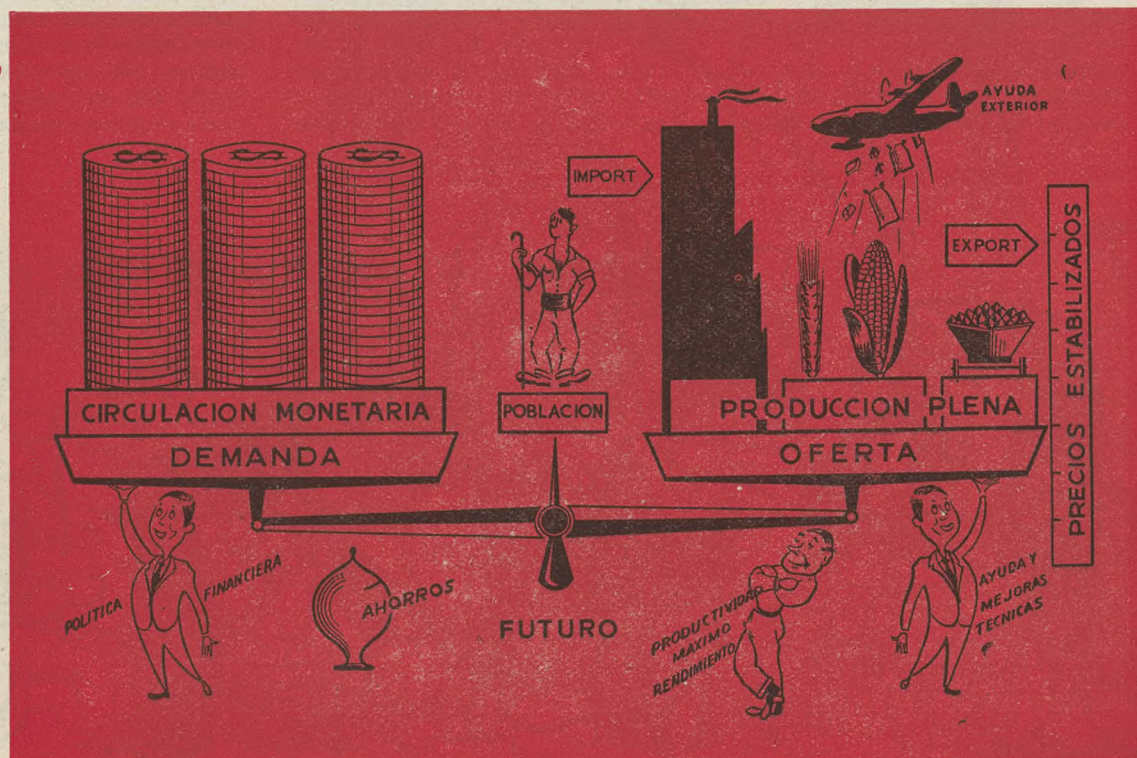
taba la inflación como un fenómeno inevitable, sino que hasta llegaba a considerarla como un camino conveniente para acelerar el ritmo del desarrollo económico. No podemos estar de acuerdo con ese pensamiento y atacamos la inflación, considerándola como el mayor enemigo del progreso económico-social de los países, y, sobre todo, de los poco desarrollados. Afortunadamente este criterio ha perdido terreno rápidamente y en los medios más autorizados se juzga que la inflación constituye el mayor obstáculo para el desarrollo. Así lo han reconocido la C. E. P. A. L., el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y los más destacados economistas.

En resumen: que con la inflación no hay desarrollo, y para combatir ésta es necesario, de una parte, la adopción de ponderadas medidas de política financiera, así como el ahorro, pues el desarrollo económico es función en gran parte de la acumulación de ahorros y su debida inversión. Y, de otra parte, para dar batalla a la inflación es

necesario un gran aumento de la productividad, para, con iguales medios, lograr mayores rendimientos; y por lo que hace al grupo de países hispánicos, además se precisa la ayuda monetaria y la ayuda técnica bien administradas. Esto, unido a una racional diversificación del comercio exterior, son las armas que, equilibrando la oferta y la demanda, darían la batalla a tan nefasta sombra.

También se requiere que ninguno de los factores de la producción económica pretenda obtener una proporción de ésta mayor que la que le corresponda por su contribución a la misma. Concretamente esto último quiere decir que los Gobiernos no gasten más de lo que recauden mediante impuestos justos y de lo que puedan obtener mediante empréstitos cubiertos con ahorros genuinos; que los empresarios no abusen del crédito ni se alcen con más beneficios que los que en conciencia sean suyos, y que la masa productora no trate de gastar lo que no tiene ni gana.

Una buena política financiera, el ahorro de chicos y grandes, mayor productividad, ayuda material y técnica y comercio equilibrado son las armas que hay que esgrimir para cortar el peligro de la inflación.



EL VIEJO CAFE

POR RICARDO MAJÓ FRAMIS

EL café español ha sido en el siglo pasado, y en el presente hasta ahora, que se produce en España una mutación de los usos sociales, asamblea popular dispersa—fragmentada en grupos de contertulios—, ágora, porque aquí no había la plaza pública de Atenas, y en cierta manera, por el empaque de los disertantes, senado o academia. ¡Oh Dios, qué academia de tan frágiles discursos! ¡Oh Dios, qué senado, que no hacía leyes! Pero hacía costumbres, que también son leyes. Y hacía las opiniones, que luego se volcaban a la calle. La calle española, en el siglo pasado, en quebrados planos del eco, resonaba con las palabras del café. He aquí, pues, el café retrospectivo. Ya quedan pocos. Porque la multitud española se ha hecho más vegetativa—sin pensamientos—en lo aparente, y por eso hace fila tangencial junto a las barras de las nuevas cafeterías; quizás la muchedumbre más profunda en el sentido íntimo de la vida. Hay una paleontología de las formas sociales: el viejo café pertenece en España a esa paleontología. Correspondía a una época de sosiego de la médula espinal, a pesar del sobresalto cotidiano de los motines liberales. Pertenecía al predio del sueño: de los sueños mentales, y aun del sueño fisiológico, porque en el viejo café se dormía. Hoy en la cafetería se deglute, se bebe a prisa y se pasa. Es como haber puesto a la muchedumbre en ritmo mecánico. ¿Un bien esto? Tal vez. Porque no cabe duda de que aquel sosiego ante el negro brebaje y la disipación de las horas en planos invisibles de cristal, aunque ello parezca contrario a toda eubiótica, o ciencia del bien vivir, excitaba

mucho las secreciones de ácido clorhídrico.

He aquí la pintura del viejo café español. La cervecería romántica alemana, con su muchachada universitaria de Jena o de Heidelberg y su aire espeso de tabaco; la botillería inglesa, útil a un pueblo de mejillas rojas, porque el alcohol las calienta, eran lugares del "ocio activo". ¿Puede ser lícita esta paradoja: el ocio activo? Sí; porque en España había otra especie de ocio, más profundo, y que era activo raramente, no por moverse, sino por estarse quieto; "se mataba el tiempo", gran hazaña española, que sólo españoles saben hacer, porque a los otros el tiempo los mata. El café antiguo lo eran, ante todo, sus escaños de peluche. ¿Por qué, Dios mío, el mismo peluche siempre, casi siempre rojo? No cabía duda de que los escaños del café eran una perfecta imitación parlamentaria. El viejo café era, por su íntima naturaleza, liberal. En el siglo XVIII, bajo el absolutismo borbónico, todavía no existían los cafés. Había tertulias, como la de la fonda de "San Sebastián", con Moratín padre y los otros; pero eran igual que la sobremesa de un comedor, en el que nada se había comido, y ésta era la gran sutileza, que, a pesar de todo, eran sobremesa. Además había las honorables tascas de los manolos o chisperos. En trueque, y con el siglo XIX, sobrevinieron los cafés, cuadrículados en tertulias de la clase media. El café, pues, era liberal. En el café había unas arañas lentas, y esta lentitud, por sinestesia o interacción de los sentidos, quiere decir lo mismo que poco alumbrado, ese color de un rosa ve-teado o de un rosa humoso y empolvado de los primitivos

mecheros de gas; la araña, que también se llama lustro, era perfectamente doméstica, y entre sus guirnalda de cuentas de cristal, las llamas del gas eran una especie de goteo contradictorio, que venía de abajo para arriba... ¡Deliciosos cafés domésticos!

El café era la intersección de los hogares: cada uno llevaba al café una parte de su domesticidad, y cada uno decía allí sus juicios políticos, que en la otra casa, la suya, la auténtica, hubieran suscitado las sonrisas incomprensivas de la esposa. Porque en el universo mundo no ha habido mujer menos entendida en política que la mujer española, quizás porque entendía demasiado de su función cósmica, que ésta sí que es Historia. No ha entendido de política hasta que tuvimos feministas; pero éstas, de todas maneras, entendían por feminismo que si eran abogados podían tener un acta de diputado republicano. Además, había en los cafés una pieza caracterizadora: era esa esfera o bombo de metal niquelado, sujeto a toda columna, y al que Cervantes hubiera llamado el archivo de toda servilleta de camarero.

Luego desapareció el gas de hulla, y sobrevino la primitiva bombilla eléctrica, aquella piriforme y con una vaga seda y color de naranja. Ya era siglo XX. ¿Pero no era todavía siglo XIX? Porque las épocas las da el espíritu de cada uno, no las cifras con que se escriben sus años. ¡En España ha sido siglo XIX hasta ayer! Como lo que parece baladí es a veces lo más serio del mundo, se puede proclamar que mucha parte del ánimo del siglo XX llega a España con la cafetería de taburete y pierna colgante y con la

prisa... ¡Dios mío, la prisa! En el antiguo café las horas se morían como los rizos del agua en el lago. Nada era nada, y todo era de una gran importancia metafísica. En cada cosa estaban las apariencias de una gran totalidad, como un nirvana, como un panteísmo. Quizás por esto nuestros hombres más egregios fueron hombres de café—los de ayer, Cajal, Menéndez Pelayo—, al par que grandes autores de soliloquios y de coloquios de café. ¡Y la atmósfera, gris!... Porque la cafetería actualísima es radiosa y colorista; es como la fruta de sus fruteros. Entre sus lados de cristal es como un acuario vacío en el que se ha sepultado una aurora. Por esto es sensual e impensadora. Por eso de ella se saldrá con el labio endulzado, pero con la cabeza hueca. Y esto es muy siglo XX, el siglo en que no se debe pensar, sino procurar que piensen los jefes por nosotros. En cambio, el ámbito gris del viejo café era profundamente pensador. Bien es verdad que de tal laboratorio de las inteligencias no ha salido cosa mayor que los chistes y redondillas del "Madrid cómico" y algunos artículos de fondo.

Pero habrá que tener en cuenta que el pensar es actitud, aunque tantas veces no se piense nada, y así era en muchas ocasiones el solitario del viejo café; y así también, con poco pensamiento por dentro, pero con muchas palabras por fuera, el disertante colectivo del café viejo cada día derribaba a un Ministerio, sin saberse por qué los Ministerios habían de ser buenos o malos según la plenitud o la estrechez de su vesícula biliar. Porque el viejo café era la política. Toda la política se hizo en los cafés. Y he aquí la



ESPAÑOL

gran mutación del día: podrá haber todas las otras causas mutativas que nos dé el análisis, pero todas se resuelven en esta otra, pequeña como un grano de mijo y que, sin embargo, es una selva: la política ya no se hace en los cafés. O, por decir con más exactitud, no se hace la opinión, este gas explosivo interno de la política; la opinión ya no se hace en los cafés... Sí, era pensador el ámbito gris de los viejos cafés; en los lejanos ángulos diedros del salón, aquel agrisamiento se hacía nube, opacidad, con el color de perla de un vago oriente que toma el humo de tabaco cuando lo han remansado las horas.

Y la política del café lo eran, naturalmente, sus tipos humanos. Había el de la tos perpetuamente catarrosa, y que perpetuamente maldecía de todo Ministerio que no fuese progresista, para cuando llegaban los progresistas maldecir de su cobardía o escaso denuedo; había el disertante copioso, de ancho vientre doctoral, y las ideas que tenía en la cabeza eran como la importancia de su vientre, más fisiología que psicología; un día de éstos le harían concejal, y ya tenía dictámenes elogiosos para el partido que le diera empleo. Había el insignificante, aunque sea rareza que haya un español que sea insignificante, aquí, donde cada uno tiene un rey en el cuerpo; pero convenía un insignificante para que el vanidoso pudiera engarzar en sus aéreas palabras el diamante sorprendente de su misma importancia y elocuencia... Todos regresaban de sus casas rutinarias, todos ahitos del castizo cocido ibérico, que entonces era tan módico como hoy es tan deseado, y todos tenían las ideas ibéricas que se

nutren de un buen cocido: importancia personal; desdén de todo el que está arriba, mientras está arriba, porque cada uno se estima más digno de la cima que el que en ella está implantado; cierto desprecio por la lectura y el saber... Pero, santo Dios, ¿qué pueblo es éste, que lo sabe todo sin coger nunca un libro? Sí; el pueblo español de café lo sabía todo y desdenaba la mucha mecánica del extranjero. Desde que se había apeado de la Teología, todas sus ideas abstractas, que cada uno tenía perfectamente originales en la cabeza y que, siendo tan originales, eran ni más ni menos que las mismas del inmediato contertulio, se habían consagrado a la política. Todos eran originales, sí, aunque pensarán lo mismo que los demás; pero la unanimidad entre españoles es planta de estufa, que se seca en cuanto se la saca al aire libre: nadie hubiera querido reconocer que sus ideas eran iguales a las de otro, porque, naturalmente, esto hubiera quebrantado mucho su importancia personal.

¿Cambia esta psicología del pueblo español y de su clase media de café? Posiblemente. He aquí una novedad que habría que anunciar al mundo con trompetas en la muralla. ¿No valdría la pena de que los españoles se hicieran un poco más gregarios y un poco menos individualistas? Porque éste es el paradójico pueblo en que todos los socialistas son individualistas. El hacerse equipo o grupo orgánico, el abandonar la llamada independencia de carácter, para profesar la dependencia de la norma común y del común servicio, es la gran transformación de la psiquis española que se está operando hoy.





EL LORO FATAL

Por JOSE BERTI

José Berti nació en 1891 en Tovar, pueblo enclavado en los Andes venezolanos. Se hizo bachiller en Mérida, y en Caracas comenzó después a estudiar ingeniería y a publicar en la prensa cuentos de su tierra nativa; pero reveses familiares de fortuna le obligaron, a los veinte años, a interrumpir sus estudios y sus aficiones literarias y a ganarse la vida duramente. En la selva tropical de la Guayana pasó treinta años dedicado a la explotación de balatá (caucho) y a la búsqueda de placeres auríferos, hasta lograr una desahogada posición económica en la explotación ganadera. A los cincuenta años vuelve a cultivar sus juveniles aficiones literarias, y en 1945 publica su libro «Hacia el oeste corre el Antobore», que contiene, entre otros cuentos, este de «El loro fatal», y al final, una novela corta, «Menquí», la mejor producción de Berti y una de las más bellas novelas de ambiente autóctono americano. Después publica dos libros: «Espejismo de la selva» y «Oro y orquídeas», también de ambiente tropical, en los que se relatan con gran viveza y patetismo los trabajos y fatigas de las explotaciones balateras y auríferas. Por el profundo sentimiento del paisaje, por la riqueza de su vocabulario, por la fidelidad etnográfica de sus descripciones y por su hondo sentido humano, puede colocarse a José Berti en la línea de los grandes novelistas y cuentistas hispanoamericanos de orientación realista, como Rómulo Gallegos, Hernández, García Calderón o Alberto Ghiráldez.—J. T.

DESDE las vertientes de la sierra de Parima hasta su desembocadura en el Caroní, enfrente de San Pedro de las Bocas, el Paragua desliza sus aguas negruzcas y silenciosas a través de la selva más extensa y enmarañada de Venezuela. Sus márgenes negras e inhospitalarias, cubiertas de espesa maleza y de espinosos bejucos que tejen sus caprichosas redes a la densa sombra de árboles desconocidos, presentan todo el esplendor y los horrores que han hecho tan famosas y temidas las vastas y húmedas selvas tropicales. En su largo recorrido sólo dos sierras importantes se alzan a sus orillas: la majestuosa mole del Uaiquima, enorme coloso de arenisca que levanta sus vistosos picachos a 1.700 metros sobre el nivel del mar, y la sierra Carapo, más baja, pero igualmente pintoresca y misteriosa, con sus enhiestas cimas eternamente coronadas de penachos de niebla, que, cual inmenso vuelo, envuelven sus flancos cortados a pique y desnudos de vegetación. Casi toda la extensión de la selva es plana, aunque hay innumerables colinas que la surcan en todas direcciones; pero, vista desde un sitio elevado, las pequeñas eminencias son apenas perceptibles, distinguiéndose sólo el tupido manto de espesura, que, infinito y sombrío, se dilata allende los cuatro puntos cardinales.

Al emerger del bosque, cerca de su desembocadura, el Paragua atraviesa una zona de ricos pastos y viste sus riberas de amarillo y esmeralda. El nombre Paragua es corruptela de la voz arecuna «Paravá» (el loro), con que todavía designan al río todos los aborígenes de Guayana; acerca del origen de este nombre, «Paravá», la tradición arecuna guarda una de sus más interesantes leyendas: Los primitivos habitantes del alto Paragua llegaron desde el sur; probablemente cuando la belicosa tribu de los incas, desde Cuzco, inició, a principios del siglo XIII, la supeditación de las tribus vecinas, llevando sus conquistas hasta las márgenes del espléndido Amazonas. Muchas de las agrupaciones aborígenes que residían allí, entre ellas los mañongones, emigraron hacia el norte en busca de un apartado y solitario refugio. Un claro mediodía de la estación seca, febrero o marzo, una numerosa caravana de indios coronaba una elevada colina de la cadena de Parima; era un abigarrado grupo formado por varias familias, capitaneadas por un indio ya maduro, de nombre Capuí Yeripúa. Desnudos, sudorosos, macilentos, astrosos, con la ansiedad y el miedo pintados en los demacrados semblantes, aquellos salvajes ofrecían un lastimoso espectáculo; las mujeres acarriaban en cestos, que pendían de su frente sudorosa, el chinchorro y la tosca olla de barro, su único menaje, y llevaban sus hijos pequeños a horcadas sobre los hombros; los varones sólo acarriaban el arco y las flechas, afiladas saetas de guadua, que eran sus armas más poderosas. El maravilloso océano de espesura que se presentaba hacia el norte causó gratisima impresión a los viajeros; aquel bosque ilimitado, dorado por los ardientes rayos del sol, dormía su letargo de siglos aqueado las redondeadas cimas de Parima y les brindaba un cómodo e inaccesible retiro. Descendieron la arbolada colina y pernoctaron al pie, al borde de un gárrulo riachuelo, la cabecera del Paragua, formado por los manantiales que brotan de las entrañas de la sierra.

Al amanecer continuaron viaje, marchando siempre por las orillas del riachuelo, que corría hacia el norte, describiendo una sinuosa curva a través del intrincado bosque, que le cubría de frondosas arcadas y de laberintos de bejucos. La caza y la pesca eran muy abundantes; los habitantes de la selva miraban asombrados a los extraños visitantes; tapires y venados se les acercaban y les olfateaban con femenil curiosidad; manadas de saínos les rodeaban y, al darse cuenta de que se hallaban en presencia de monstruos desconocidos, se disparaban, impregnando el ambiente de la ingrata

fetidez de sus glándulas e intimidaron con el horrisono crujir de sus colmillos. Los monos grises y las marimondas descendían de las cimas de los árboles hasta las ramas más bajas; atisbaban a los viajeros a través del follaje; les hacían irrisorias muecas, y luego, presintiendo que quizá aquellos raros animales que marchaban en dos pies serían un nuevo y poderoso enemigo, huían precipitadamente, dando prodigiosos saltos los monos grises y agarrándose de las ramas las desgarradas marimondas.

Las aguas del riachuelo engrosaban a cada instante con las contribuciones de innumerables arroyos que desembocaban por ambas márgenes; a los pocos días de marcha ya el caudal era suficientemente profundo para navegar canoas de corteza; se detuvieron varios días para construir varias embarcaciones, y la caravana continuó, aguas abajo, hasta la desembocadura del río Carún. En la confluencia del Carún ya el Paragua tiene el aspecto de un gran río, y sigue engrosando hasta alcanzar su mayor anchura, 800 metros, en Conejo, enfrente del hato de Cachimbo.

En Carún edificaron las primeras cabañas, en forma de paraguas, toscas, frágiles, incómodas, tal como las fabrican todavía, sin haber introducido ninguna innovación en el transcurso de muchos siglos.

La vida era allí fácil y tranquila; la caza y la pesca, abundantes; millones de árboles frutales, batatá, guamos, cosoibas, árboles de la vaca y algarrobos, brindaban su preciado látex y sus deliciosos frutos.

Del Amazonas trajeron semillas de yuca, ajíes, ñame y batatas, ingredientes necesarios para la preparación del cachirí, bebida espirituosa indispensable en sus danzas y jolgorios.

Formaban la colonia un centenar de individuos; la familia del jefe, Capuí Yeripúa (Diente de Luna), la constituían su mujer, Evacadá, y su hija, Moinetón, graciosa chiquilla de ocho años, que era la niña mimada de la tribu.

Una tarde, de regreso de una partida de caza, uno de los cazadores llevó a Moinetón un loro pichón que había hallado en un hueco del carcomido tronco de un tomoro, donde los carpinteros, tenaces e industrioses, habían fabricado su morada, que luego, con el derecho del más fuerte, los loros ocupaban. La niña se consagró a cuidar el avechicho, que era feo, como todos los loros recién nacidos, implume, con sus enormes patas y su gruesa cabeza, armada de corvo y poderoso pico.

La niña y el loro crecieron en tamaño y belleza;

Moinetón llegó a sus quince años fuerte, airoso, de mórbidas y bronceadas formas, con sus oblicuos y pícaros ojos negros y la curva tentadora de sus pechos virginales; y el loro se vistió de elegante plumaje verde y adornó sus alas y su cola con vistosas plumas encarnadas. El loro fué para Moinetón su único juguete de niña y, ya núbil, su única ocupación; le dedicaba todo su afecto, los más solícitos cuidados; recogía para él las frutas más codiciadas del bosque; dormía sobre los colgaderos de su chinchorro y, posado sobre sus hombros, la acompañaba a todas partes; le fabricó de la fibra de curagua, dura y resistente, un lazo coquetón, que tiñó de rojo con onoto, y el cual le ceñía al cuello, como adorno y distintivo, pues repetidas veces alzó el vuelo para batirse con los loros salvajes que se posaban en las cimas de los altos árboles que circunvalaban la ranchería. El loro aprendió muchas palabras de la lengua mañongona; remedaba a los chicos cuando lloraban y reía con la carcajada larga y sonora de Capuí Yeripúa cuando las repetidas libaciones de cachirí le ponían alegre y festivo.

No le faltaban a Moinetón rendidos pretendientes; pero a todos los rechazaba desdenosamente: le bastaba con el cariño del loro y de sus padres. Una calurosa y húmeda tarde de agosto se hallaban los indios en el patio de las chozas, sentados en el suelo, en torno de las trojas, colmadas de lapas y morocotos, que se doraban sobre las hogueras, cuando una bandada de loros, con estrepitosa algarabía, se posó sobre la emoinada copa de un araguaney, el gigante de las selvas guayanesas. El loro de Moinetón voló hacia el extremo del madero vertical que remata la techumbre de las chozas; agitó las alas con insólito vigor y, prorrumpiendo en estridente y siniestra carcajada, hendió los aires hacia el araguaney donde charlaban los loros, que, asustados, huyeron hacia la otra orilla del río; el loro les seguía con pausado vuelo, y el collar rojo, herido por los postreros fulgores del sol, titilaba como una estrella de fuego en la tarde callada y transparente. Moinetón, alarmada, siguió con la mirada el vuelo de las aves hasta que se ocultaron detrás del oscuro manto de follaje de la ribera opuesta, que el sol moribundo teñía de rosa y carmesí.

Moinetón prorrumpió en llanto; las primeras lágrimas de pasión brotaron de sus ojos; el vago presentimiento de que el loro no volvería le causó una angustia infinita, como si se hubiese desvanecido para siempre la ilusión, largo tiempo acariciada, en la cual habíamos cifrado todos nuestros

ensueños de amor y de ventura. Su padre trató de calmarla; enjugó sus lágrimas y le prometió que el loro ingrato pronto volvería. Los primeros destellos del alba la sorprendieron despierta; un rayo de esperanza dilató su pecho al escuchar el canto de las aves que saludaban el nuevo día; los moriches y violentistas entonaban sus dulces trinos, los paújes y pavas montes sus roncos gritos, el campanero hacía estremecer la selva con su nota lúgubre y medrosa y las bandadas de loros cruzaban el espacio en todas direcciones y aturdían con su incesante y destemplada gritería. Moinetón abrió la diminuta puerta de la choza y un soplo de la fresca brisa acarició su frente pálida y acaricada; salió al patio y buscó, en vano, entre los numerosos grupos de loros que surcaban en el cielo, aquel collar rojo que ella había fabricado con tanto esmero para aquel ladino que había partido sin importarle un comino sus lágrimas y su dolor.

En compañía de su padre y de Rorivadá, el más tesonero de sus pretendientes, Moinetón atravesó el Paragua y desembarcaron en el sitio donde ella vió por última vez el punto rojo que se hundía en el horizonte. Recorrieron el solitario bosque, hundiendo sus pies en el colchón de hojarasca, detrito acumulado durante milenios, abriéndose paso con las manos y con cuchillos de madera a través de la espínosa maleza. Las lapas y acures que roían la dura cáscara de las algarobas miraban espantados aquellos tres fantasmas que marchaban con los pies ensangrentados y la mirada fija en las copas de los árboles. Al atardecer, cansados y cabizbajos, regresaron a la ranchería, donde los otros excursionistas les refirieron las peripicias de la inútil búsqueda del loro.

Moinetón tornóse melancólica y pensativa; lloraba con frecuencia y se negaba a tomar alimentos; la vida perdió para ella todos sus encantos, y cuando, envenenada, su padre se esforzaba en distraerla narrándole tradiciones y consejas y ofreciéndole que pronto viajarían por remotos países donde verían muchas cosas raras y bonitas, ella le respondía que el loro no volvería y que ella también moriría. Su salud desmejoró; enflaqueció notablemente y sus bellos y alegres ojos se cubrieron de un velo de tristeza.

Capuí Yeripúa también sufría; adoraba a su hija, y la sola idea de que pudiera morir le aterraba; había estorbado siempre las ocasiones de que ella se enamorase, porque su cariño, como todos los caríños, era egoísta, y le hizo forjarse la ilusión de tenerla siempre a su lado; pero comprendió que era forzoso doblegarse ante las leyes imperiosas de

la naturaleza y que sólo el amor podría obrar el milagro de que volviese a su tugurio la perdida tranquilidad. Reunió a todos los jóvenes y les manifestó en presencia de su hija que el que capturara el loro y le trajera vivo a manos de Moinetón sería su esposo.

Un grito de alegría se escapó de todos los labios; como movidos por un resorte, todos los indios se pusieron en pie, exclamando:

—Mañana traeremos el loro.

El más exaltado, Rorivaday, empezó en seguida los preparativos de marcha. Moinetón acogió con entusiasmo la resolución de su padre, no porque le halagara la perspectiva de un matrimonio próximo, sino porque sonreía ante la idea de ver nuevamente sobre sus hombros al compañero querido de su infancia.

Al siguiente día zarparon del puerto de Carún dos canoas con distintos rumbos; Rorivaday iba en compañía de una hermana, quien gobernaba la frágil embarcación; siguieron el curso del Carún río arriba y, al llegar a la boca del Antabará, una voz muy conocida gritó desde la espesura:

—¡Rorivaday!

—Es Moinetón, que me llama—dijo Rorivaday.

—No—replicó su hermana—; es el loro.

Un cedro gigantesco se elevaba a pocos pasos de la orilla del Antabará; su rugoso tronco se erguía recto y sólo a una altura de diez metros brotaba la primera rama, en cuyo extremo el loro, iracundo, se pavoneaba, agitando la brillante cola y profiriendo palabras obscenas. Rorivaday no vaciló; ágil como un mono, trepó por un grueso bejuco que colgaba del cedro, en cuya copa, cual un pulpo, había extendido sus redes; llegó a la rama y, a horcajadas, se acercaba paulatinamente al loro, que reía y lloraba, lanzando furibundos gritos. Rorivaday, imitando la voz suave y argentina de Moinetón, le tendía la mano, llamándole con indecible ternura:

—Paravá, paravariqué, achicá (loro, lorito, ven).

El loro se aproximaba y retrocedía, cada vez más irritado; Rorivaday avanzaba, hasta que el crujido de la rama le advirtió el peligro de caer; cuando intentó retroceder ya era tarde; la rama se desprendió con infernal estrépito y el indio chocó contra el tronco del cedro, cayendo la cabeza separada del cuerpo. Al ver el decapitado cadáver de su hermano, sufrió la india una violenta conmoción nerviosa; empezó a gritar, llamando a Capuí Yeripué, sin darse cuenta de que se hallaba a varias leguas de la rancharía de Carún; en la mayor desesperación, corrió al río y se embarcó precipitadamente en la trémula canoa, que se volcó y desapareció bajo las aguas; nadó instintivamente, pero al salir a la orilla había enloquecido; reía descompasadamente, al igual del alegre loro, que desde la cima del cedro batía sus alas y reía. En seguida se lanzó a través del bosque, dando traspiés, tropezando con los troncos de los árboles, desgarrándose la piel con los abrojos, sin rumbo, en diabólica carrera. Una cuaima que dormía bajo un tronco seco despertó al tropel de la india, e, irguiendo la chata cabeza, se interpuso en su camino y le clavó en una pierna los buídos colmillos; pocas horas después la infeliz india agonizaba, presa de horribles convulsiones. Los rayos del sol, que se colaban por el espeso ramaje, dibujaban grotescas figuras en el desnudo cadáver, que en breve fué despedazado y devorado por una manada de saínos.

La otra canoa, tripulada por tres indios, tomó obuesto rumbo, y, al aproximarse al raudal de Carapo, distinguieron entre una bandada de loros que atravesaba el río el collar rojo del loro de Moinetón. El loro se separó de la bandada, descendió en espiral y se posó sobre una de las rocas del raudal, cuyos flancos azotaban las impetuosas corrientes del río. Los indios se acercaron a prudente distancia de la roca y llamaban al loro, imitando la voz susurrante de Moinetón; el loro abría las alas y daba vueltas en torno a la cima de la peña, riendo y llorando.

—Yo no iré; venid vosotros—les decía en lengua mañongona.

Los indios, como impulsados por un sino fatal e irresistible, se arrojaron en medio de los raudales empujados, que hicieron girar la diminuta embarcación y la estrellaron contra la roca. El loro, sin cesar de charlar, volaba en círculo sobre los indios,

quienes braceaban desesperadamente, lanzando estentóreos e inútiles gritos, cuyos ecos se perdían en el fragor del embate de las olas contra las rocas. Las ondas del Paragua, piadosamente, les cubrieron para siempre.

En la rancharía de Carún reinaba un silencio amenazante; los adustos semblantes parecían presentir una catástrofe cercana; para los abatidos espíritus las tardes eran pálidas e inquietantes y las noches tristes y sombrías. Moinetón continuaba inconsolable; vanos fueron los afanes de padres y amigos; débil, extenuada, pasaba largas horas inmóvil, pensativa, abrumada por la horrible convicción de que pronto moriría. Se organizó una fiesta religiosa—la danza en honor de Mabará, el dios tutelar—para pedirle salud para los cuerpos y paz para los espíritus. Se hicieron grandes preparativos; los varones cazaron numerosas piezas: paujés, tapires, lapas y saínos, y las mujeres llenaron grandes artesas de paiba y cachirí. Por espacio de dos días se entregaron a bulliciosa bacanal; al final del segundo día ocurrió lo que se esperaba: del centro del corro de indios que daban alrededor del madero que se elevaba en medio de la choza, saltó una india y cayó al suelo, revolcándose como una fiera herida; gesticulaba como una posesora y su desnudo y sudoroso cuerpo se cubrió de polvo. Era una india vieja y fea; la desgredada y áspera cabellera le cubría la faz, de ojos simiescos, nariz chata, frente deprimida y enorme boca, armada de gruesos y amarillentos colmillos. Los indios se agruparon en torno de la vieja, quien, después de numerosas piruetas, quedó inmóvil, con los ojos entornados, como en un profundo letargo; luego empezó a pronunciar palabras incoherentes, hasta que, alzando la voz y abriendo desmesuradamente los ojos, dijo con acento profético:

—Id todos a la cumbre del cerro que al norte de aquí esconde sus picos entre las nubes; allí encontraréis el loro de Moinetón; pero no intentéis atraparlo: es un loro fatal.

En la mañana siguiente partieron los indios en varias canoas, río abajo, rumbo a Uaiquinina. Acamparon a orillas del raudal del mismo nombre y desde allí hicieron varias excursiones al pie del cerro, en busca de una vertiente o quiebra que les permitiera escalar el mirífico bloque de piedra. El Uaiquinina, con la mayor parte de las montañas de Guayana, asciende en declive del fondo de un espeso bosque hasta la mitad o dos tercios de su altura, y de allí eleva a plomo sus riscos y picachos, desnudos e inaccesibles. Los indios eligieron para la subida una anfractuosa de la roca, obra de una catarata que descendía desde la meseta de la cumbre y cuyas aguas, en una paciente labor milenaria, habían disgregado la roca y labrado una profunda y fragosa grieta. Pernoctaron al pie del cerro y emprendieron la ascensión al amanecer. Era una fresca mañana de invierno; los tibios rayos del sol, que llegaban al suelo a través del tupido ramaje de los árboles, no alcanzaban a secar la gruesa capa de mantillo; los lagartos y serpientes, en los claros de la floresta, se deleitaban calentándose con los rayos del sol, encaramados sobre troncos y piedras. Los indios marchaban penosamente, trepando por las piedras, agarrándose a las raíces que los arbustos tendían cual una red sobre las rocas. Capuí Yeripué, quien, seguido de su hija, Moinetón, marchaba a la cabeza de la expedición, descubrió un tigrillo amarillo (uaiquinina), que dormía patas arriba a la entrada de una oscura caverna; incontinentemente hincó una rodilla y, blandiendo el poderoso arco, atravesó con una alada saeta el corazón de la fiera, que cayó a sus pies bañada en sangre; los indios rodearon al felino exánime, le colgaron de un árbol y desde aquel recordable día llamaron al cerro Uaiquinina Tepuí el Cerro del Tigrillo.

Al llegar al sitio donde la roca, desnuda de vegetación, se erguía verticalmente, tomaron por el angosto y quebrado cauce de la cascada, asidos de las aristas de la piedra, atravesando las temerosas grutas excavadas por las aguas. Al mediodía llegaron a la cima, una abrupta y dilatada meseta, ornada de raquíticos querebeles y copeyes y erizada de incontables picachos, en cuya base los cactus ostentaban sus crasas flores rojas. El panorama y majestuoso como pocos se contemplan sobre la superficie de la tierra; en derredor del cerro, el

bosque, inmenso y ondulado, se extendía más allá de los lejanos horizontes; y como la humedad de que estaba saturado el aire hacía la atmósfera más clara y transparente, parecía verse a pocas leguas de distancia las remotas y cerúneas crestas de Pá-cara y del Auyan Tepuí, que hacia el este alzaban sus masas grandiosas y gigantescas.

Los indios oteaban en los brumosos confines del sur las verdes colinas de Parima, cuando Capuí Yeripué escuchó su carcajada festiva en el pico inmóvil del loro, que revoloteó sobre sus cabezas y se paró en la cima de un escarpado picacho. La repentina aparición del loro infundió una ola de pavor entre los indios, que se estremecieron y luego quedaron como petrificados; sólo Moinetón dió un salto, regocijada; corrió presurosa al pie del picacho y, tendiendo la diestra, empezó a llamar al loro con voz suplicante:

—Paravá, paravariqué, achicá.

El loro simuló atender a su reclamo; descendió pausadamente y se posó sobre su cabeza; pero cuando ella intentó asirle de una pata, voló rápidamente a otro picacho; Moinetón le siguió velozmente y emprendieron una vertiginosa carrera: el loro volando de pico en pico, riendo y contoneándose, y Moinetón corriendo desesperadamente, sin tino, víctima de un delirio infernal. Capuí Yeripué, alarmado, corría detrás de Moinetón y la instaba a que se detuviera:

—Ven, hija; deja ese loro; óyeme.

Pero Moinetón corría sin cesar, jadeante, con los ojos extraviados, como movida por un impulso fatal e ineludible; llegó al borde de la tierra y se detuvo un instante; contempló sonriente el inmenso vacío, la espantosa sima que se extendía a sus pies, negra y horrorosa. Volvióse hacia el oeste, donde el Paragua trazaba su curva plomiza en medio de la selva solitaria; buscó con la mirada los cónicos y grises techos de la lejana rancharía de Carún, donde transcurrió su infancia feliz, y la idea de que ya no volvería a vagar por aquellos sitios queridos le causó una angustia suprema; dos lágrimas rodaron silenciosas por sus descarnadas mejillas, y luego, cediendo a la atracción misteriosa del abismo, dió en el aire una pasmosa voltereta y se hundió en el piélago mudo e impenetrable.

Los indios retrocedieron, aterrados; bajaron precipitadamente, y al llegar al sitio donde la sierra empezaba a cubrirse de raquíticos arbustos, Capuí Yeripué dió un rodeo hacia el pie del picacho desde el cual se había arrojado su hija; le animaba la esperanza de recoger el cadáver y darle su último beso; pero incrustado en un salido de la roca yacía, sangrante, a muchos metros de altura, el hermoso y bronceado cuerpo de Moinetón; un hilillo de sangre que brotaba de la boca, inmensamente abierta, flotaba en el espacio y, agitado por las frías brisas que soplaban en las alturas, teñía de púrpura las rugosas y blanquecinas paredes del gigante de arenisca.

Los indios emprendieron el regreso hacia el río; iban en silencio, pensativos, acobijados por el peso de tan violentas emociones. Capuí Yeripué no podía ocultar su dolor y sus lágrimas; marchaba como un autómata, profundamente abatido. Todos temían morir; temblaban al pensar que volviese que se divisaba desde aquellas alturas era tan vasto a aparecer aquel loro funesto, que, sin duda, era la personificación de Canáina, el enemigo tradicional y eterno.

Al atardecer llegaron a la orilla del río; densos nubarrones envolvieron el firmamento; las grises cumbres del Uaiquinina se ocultaron tras de una cortina de nieblas. Ráfagas tempestuosas hicieron crujir la selva soñolienta y la quieta superficie del Paragua se agitó y se engalanó de rizadas ondas. En medio del río, a merced de la corriente, flotaba un bulto verdoso y extraño; las olas le ocultaban por instantes y reaparecía luciendo en el centro dos puntos luminosos que brillaban como luceros. Obedeciendo a un mismo pensamiento, los indios se embarcaron y bogaron hacia el bulto misterioso; su terror fué indescriptible cuando se cercioraron de que era el cadáver del loro fatal, que exhibía en sus crispadas patas los ojos negros y tristes de Moinetón.

Horrorizados, huyeron maquinalmente de aquel río de aguas turbias y profundas, que desde entonces se llamó Paravá.



SONETOS ANTILLANOS

EL POETA VUELA HACIA LAS ANTILLAS

A don Rafael F. Bonnselly

Amanece en el aire la mañana
y por las alas entra la alegría.
¿Hay corales? La luz de la bahía
quiebra la espuma nueva y antillana.

Y yo sé que tú sabes, tan lejana,
cómo se asoma al alba el alma mía,
y ves cómo en mis ojos pone el día
una invasión de luz americana.

Se asoma el corazón; fugaz apura
el mapa de las islas, y en la altura,
la vida sigue en júbilo y en vuelo.

Mientras tú en soledad, tú en esperanza,
eres sólo una mano que no alcanza
sino a un adiós de nieve en el pañuelo.

ISLA DE SANTO DOMINGO

Al poeta Franklin Mises Burgos

Tan breve el mar, tan breve el Oceano,
que basta solamente una jornada
y se hace tropical la madrugada
y el sol queda al alcance de la mano.

¿Quién llegó a quién? La vista busca en
una razón de pena. Rodeada [vano
de luz por todas partes, ve varada
su costumbre de campo castellano.

¡Eh, vosotros!... Llamada sin respuesta.
Sólo la luz, la nueva luz, contesta
poderosa y triunfal al peregrino.

¡Oh la isla necesaria! Por las venas
entran vientos de vida a manos llenas
y el corazón descansa del camino.

SONETO DE AMOR DESDE UNA PLAYA DE PUERTO RICO

¿Rimaré alba con alma? No se puede.
Pero desde esta aurora, amor, te digo
que el alma se me fué y está contigo
en el lugar de donde el sol procede.

El corazón ni a la distancia cede,
ni tú a llenar tu soledad conmigo.
¿Te diré del recuerdo? Y no consigo
sino que el verso con tristeza quede.

Pero América nace y se ilumina
y, detrás de la playa, se adivina
su despertar de yunques y palmeras.

Y yo, con mi tristeza de europeo,
miro hacia el mar y por las olas veo
mi viejo amor buscando tus riberas.

ENCUENTRO CON NUESTRA SEÑORA DE ALTA GRACIA

Al poeta Antonio F. Spencer

Un hombre de isla en isla; un hombre
[apura

su vida mar a mar, hora tras hora.
Un mandato lo exige. Un hombre ignora
por qué el mar y la vida y su aventura.

¿Amor? La playa, el viento. Un hombre
[dura

lo que una pleamar, lo que una aurora.
Fuerte es la soledad, y el hombre llora
sin saber por qué nace su amargura.

Un hombre. Y en el centro de los mares
y de las tierras, tú, de los altares
Alta luz, Alta gracia, Alta arribada.

Te conocí por lo alto de tu pena
y ya fué el mar como una luz serena
dando al hombre razón de tu mirada.

AL PINTOR VELA ZANETTI

En Ciudad Trujillo

Yo vi tu fuerza; estaba en las cadenas
de los muros, inmóvil, apresada
en músculos y negros, condenada
a la quietud solar de las arenas.

Yo vi tu corazón; las manos llenas
de pintura y mosaicos. La mirada
iba del cielo al muro. Ya avanzada
la juventud de lo llenaba apenas.

Yo vi tu alma; y era un violento
risco de España y un amor hambriento
desterrado en el mar y en la amargura.

José Vela Zanetti: aquí tu nombre.
Otros verán tu gloria. Yo vi un hombre
con el alma en la pena y la pintura.

SOBRE UN MAPA, EL POETA RECUERDA EL VIAJE

Entero cabe el mundo en una mano
y en un papel un sueño marineró.
Por aquí, amor, volaba el viajero
viendo a sus pies tendido el Oceano.

Por aquí, amor, el corazón lejano
jugó a ser tropical, y aventurero,
y aquí se fué quedando prisionero
de un recuerdo del sol americano.

Por esta diminuta geografía
de tinta y de colores sorprendía
la diferencia azul de cada aurora.

Y donde el corazón te recordaba,
el mar de las Antillas despertada
como en el tiempo y en el alma ahora.





Composición de pájaros en
piedras duras. Época Sung.

Buda en «bleu de Chine»,
de la época Chinté Chen.



Cerámica decorada con barniz de feldespa-
to, en tono llamado «piel de melocotón».



Figura de guerrero a caballo
saltando, de la época Sung.

Gallos tallados en piedras
duras, de la época Kang Si.





Las escenas de la decoración están cargadas de ternura. En este grupo, el noble caballero, al partir para la guerra, se despidió de su mujer y de su hijo.

LA NAO DE MANILA Y EL ARTE ORIENTAL EN ESPAÑA

ARANJUEZ: UN SUEÑO DE ORIENTE EN EL DESPACHO DE UN REY

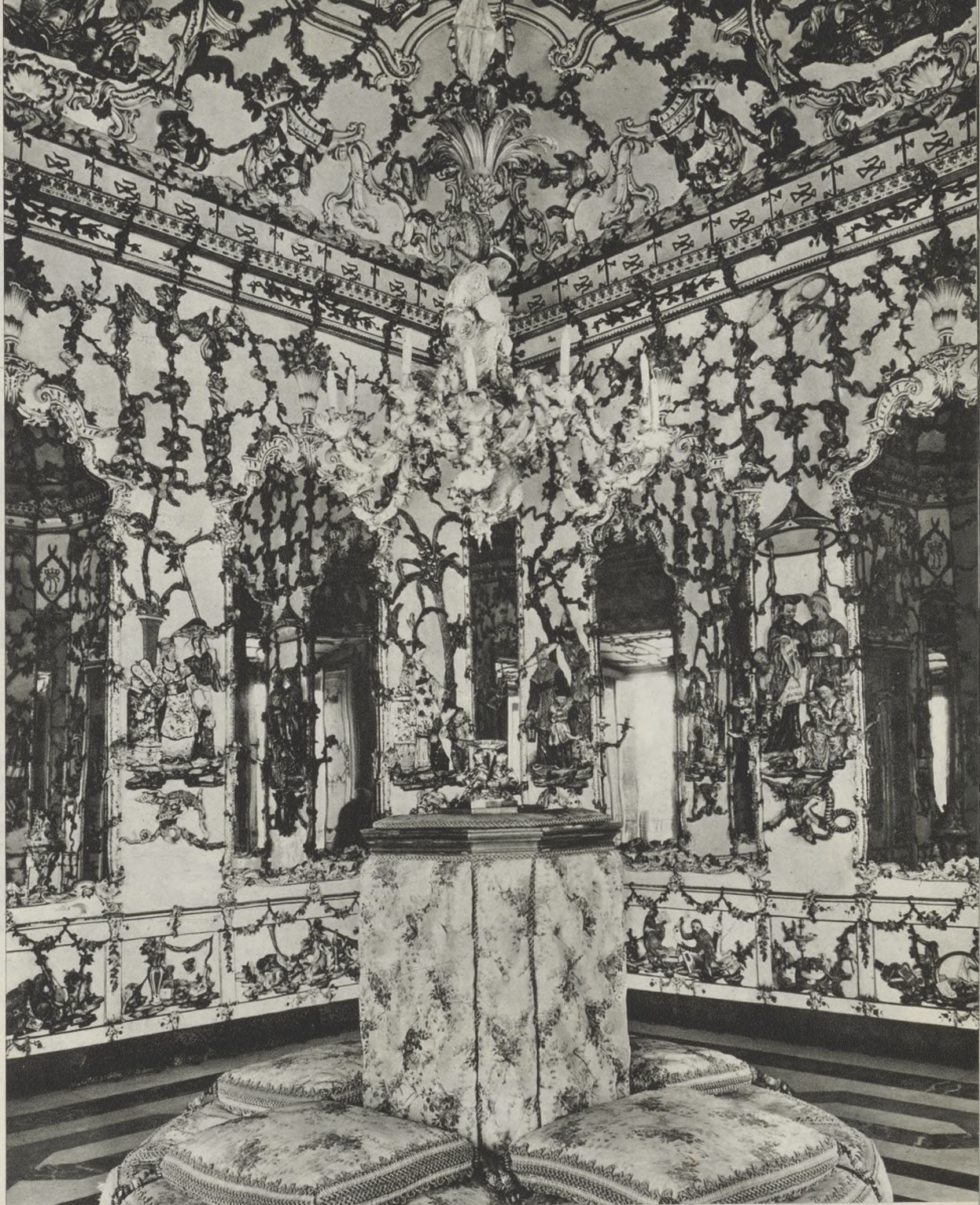
POR LUIS G. DE CANDAMO

MUCHO antes de que los ingleses y los holandeses introdujeran en Europa esos objetos llenos de misterio y refinamiento con que el arte extremo-oriental vino a conformar muchas tendencias del barroco, los españoles de España y Nueva España estaban ya cautivados por la delicadeza chinesca, cuyos destellos llegaban a los territorios hispánicos desde Manila, único centro adscrito a la civilización universal en que podía negociarse de modo regular con los países asiáticos.

Desde 1565 empiezan las travesías de navíos desde el puerto de Manila a Nueva España, dirigiéndose primero a Navidad y, ya a partir de 1602, a Acapulco.

Es muy conocida la historia del privilegio concedido a los naturales de Filipinas para enviar mercancías del Celeste Imperio a América, en las famosas naos de Acapulco, y también las vicisitudes de orden interno por que pasó este comercio, que perjudicaba en ciertos aspectos a las manufacturas de la España peninsular. La competencia en el campo textil determinó el cierre de varias fábricas en Toledo, Sevilla, Granada y Valencia, por lo que se dictó, en 1718, una real cédula prohibiendo que en las naos de Acapulco fueran sedas de China, tejidas o en rama. El virrey de México, marqués de Valero, hizo observar al rey que sin el comercio de sederías orientales se pondría en trance de perecer a las Filipinas. Tras un largo período de discusión y oído el parecer del Consejo de Indias, en 1734, se derogó la anterior prohibición, y las naos de Acapulco continuaron llevando las ricas mercancías de Oriente a Nueva España, fijándose, en 1769, el valor de la exportación permitida en 500.000 pesos y en un millón de pesos de plata el cargamento de retorno.

El aprovisionamiento de las naos se realizaba en Manila, durante el siglo xvi, por medio de 40 juncos chinos, que solían llegar, desde su país, en el mes de marzo. La nao salía en julio y llegaba a Acapulco en enero; desplazaba de 1.200 a 1.500 toneladas, y estaba armada de pequeños cañones,



Este es el gabinete de porcelana del Real Palacio de Aranjuez que sirvió de despacho para el rey Carlos III. Todo él está decorado con los motivos chinescos que trajeron como inspiración los navíos que viajaban a Oriente. La fábrica del Buen Retiro, de fama mundial, fabricó estas maravillosas piezas.



Esta escena representa la administración de la justicia a un reo. Las figuras cobran, por obra del artista, un realismo de extraordinario valor evocativo.



Escena familiar en un jardín. Los esposos contemplan los juegos de sus hijos. Los detalles barrocos se acumulan graciosamente en la composición.



El tema de esta sobrepuerta representa un mandarin en un carruaje de tracción humana, escoltado por ese escudero armado que le sigue de cerca.

Los motivos de inspiración oriental se enriquecen aquí, en esta puerta, tallada en madera y adornada con policromos pájaros exóticos entre ramajes.



que casi siempre se arrumbaban en la bodega, con objeto de desembarazar la cubierta y aumentar la capacidad de la carga.

Cuando subió al trono el gran rey Carlos III decidió establecer la comunicación directa entre Manila y Cádiz por el cabo de Buena Esperanza por medio de fragatas de guerra. La primera de ellas, la fragata *Buen Consejo*, llegó a Manila con efectos de Europa en 1765. No agradó, al parecer, el nuevo sistema en Filipinas, y en 1783, al rendir viaje la última de estas fragatas, *La Asunción*, se dió por concluido el experimento.

Habíanse cancelado por entonces los privilegios de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, y varios de sus componentes brindaron la idea de establecer una línea con Manila, idea que alborozadamente acogió Carlos III, autorizando la creación de la Real Compañía de Filipinas y otorgándole el monopolio del comercio entre España y aquella colonia, con exclusión del tráfico entre Manila y Acapulco.

La Real Compañía de Filipinas podía enarbolar en sus barcos la bandera de la Marina Real y estaba autorizada para visitar con sus navíos los puertos de China y la India. Se impuso como condición que se aplicara el 4 por 100 líquido de sus negociaciones a la agricultura, lo que produjo indudables beneficios, ya que los directores de la compañía estimularon la producción haciendo numerosos empréstitos a los labradores. Se propagaron así los cultivos de la caña de azúcar, el algodón, el añil y las especias, sobre todo la pimienta, que se cultivaba en las provincias de Tabayas, Camarines, Cavite e Iloilo.

El ulterior desarrollo de la Compañía y su decadencia son temas también conocidos. Pero el aspecto que quisiéramos resaltar en este artículo es el impacto que tanto las naos de Acapulco en Nueva España como las fragatas de guerra de Cádiz y los navíos de la Real Compañía de Filipinas hicieron en el ambiente estético del barroco.

La extraordinaria calidad de las sedas chinas, la prolija labor de las piezas de artesanía oriental y la riqueza de matices de las cerámicas, los jades y otras piedras duras constituyeron un verdadero estimulante para los fastuosos artistas del barroco, que deseaban encontrar un clima de exotismo apropiado a sus creaciones.

Quedaron así, de una parte, en las colecciones de los palacios españoles, las obras de arte chinas, y de otra, la versión chinesca incorporada al rococó. Las Reales Fábricas creadas por Carlos III, y



Extraños timbales, campanas y campanillas, tocados por este grupo de músicos, perfectamente distribuidos en el grupo plástico de la delicada talla.

muy especialmente la de Porcelanas del Buen Retiro, acogieron los motivos chinoscos, las delicadas composiciones inspiradas en los bordados y las pinturas orientales, realizando trabajos de tan importante entidad como el famoso gabinete del Real Palacio de Aranjuez, que fué dedicado a despacho del rey durante sus jornadas en aquel Real Sitio.

Un autor de la época nos describe este suntuoso salón diciendo: «En este sitio fué infinito lo que se hizo por el gran gusto de Su Majestad, perfeccionando lo que estaba ideado. A este Real Palacio adornó con la magnífica pieza del gabinete para el despacho del rey, que no tiene igual. El está vestido, por sus cuatro paredes y bóveda, de piezas de china, con infinitas figuras de gran tamaño y mucha propiedad, puestas con tornillos, que fácilmente pueden desarmarse; obra ejecutada con primor en la fábrica de porcelana de la China que el rey había establecido en el sitio del Buen Retiro.»

Ocho grandes espejos, dos en cada lienzo de pared y otros más pequeños en las esquinas, multiplican el efectismo de la porcelana. Entre los espejos aparecen los motivos principales, compuestos por escenas chinas de gran medida, modeladas con maravilloso realismo y asombrosa policromía.

Las puertas del gabinete, talladas y policromadas, se adornan con fantásticas composiciones de pájaros exóticos.

La afición del rey a los temas orientales, cuya inspiración llegaba de Manila a la España peninsular, quedaba así patente en su despacho del Sitio, que prefería entre todos y en el que hacía jornada puntualmente cada año desde el miércoles siguiente a Pascua hasta últimos de junio.

Hombre de campo y apasionado por los paseos y la caza, Carlos III adoraba Aranjuez, donde podía salir a diario a caballo o en un birlocho que él mismo conducía.

Volviendo a palacio, se recogía a trabajar en este bellissimo gabinete de porcelana, entre aquellas figuras ensoñadas del Extremo Oriente, que revivirían ante su mirada cuando tuviera sobre la mesa las cartas traídas por las fragatas de Manila o los navíos de la Real Compañía de Filipinas.

Otra de las más bellas y expresivas escenas del famoso gabinete es la del «vendedor de papagayos» que ofrece a una señora con sus hijos la mercancía.





Ochocientos metros es la longitud del famoso acueducto segoviano, con ciento sesenta y seis arcos en conjunto. Un majestuoso desfile de arcadas, con 29 metros en el centro donde recibe el nombre de Azoguejo.

SEGOVIA,

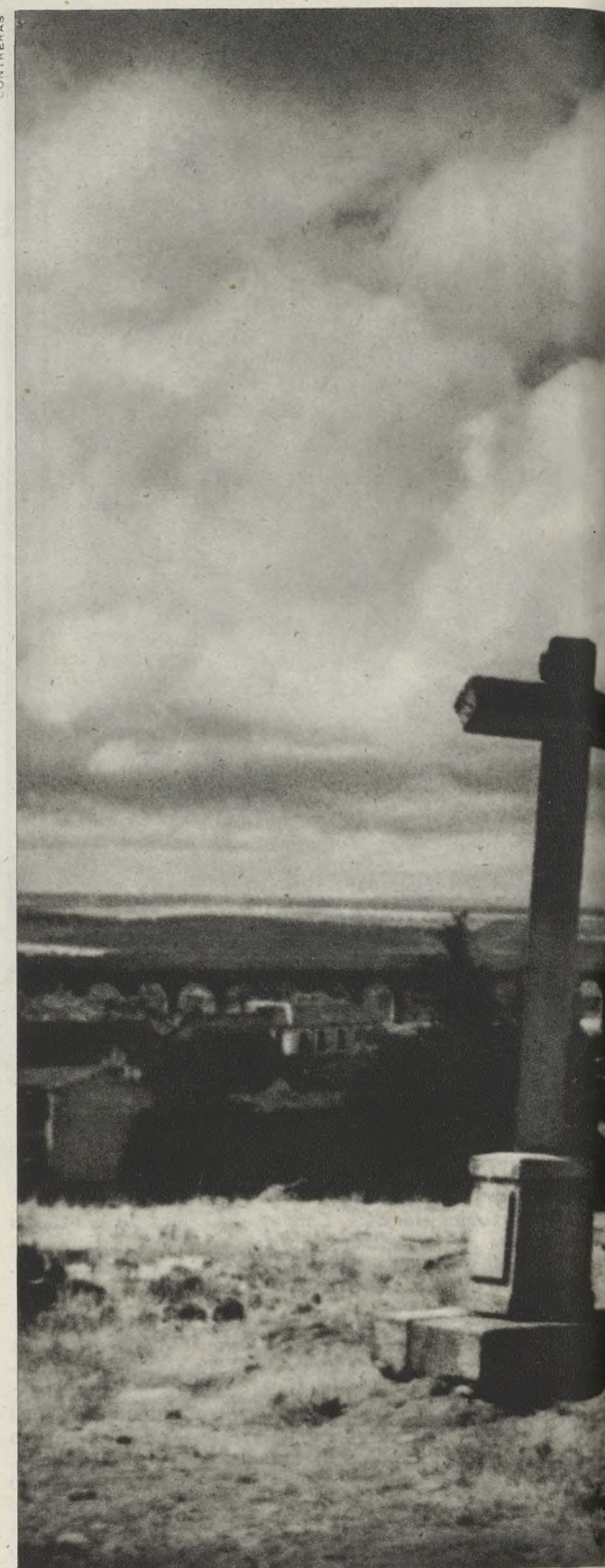
EL PAISAJE Y EL ORO



EL PAISAJE DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Contemplada a Segovia desde la altura del Terminillo, al otro lado del valle del Eresma. Se os vendrá a los labios la imagen de la galera, del navío cuyo castillo de proa es el Alcázar, cuyo palo mayor es la torre catedralicia, cuyas amarras son los arcos del Acueducto.

La ciudad se enciende en un resplandor dorado que, como dijo uno de los más finos gustadores del paisaje segoviano, parece emanar de las mismas piedras. Sobre el bosque se yerguen altivos los torreones de las que fueron casas fuertes de los poderosos parientes mayores, enzarzados en feroces luchas; los campanarios de las parroquias,



Más parece un grabado imaginado que la realidad del paisaje esta vista del «navío de piedra».

EL NAVIO DE PIEDRA

ROMANICO

las espadañas de los conventos. A sus pies se agrupa un abigarrado caserío, obra morisca en su mayor parte, de tierra y ladrillo, de desigual mampostería, que apenas consigue disimular el característico revoco aplastillado que ha llegado a hacerse consustancial con la arquitectura segoviana. Viejas galerías de madera en donde se tendía la lana de las famosas merinas; pequeños jardines familiares en los que el cansado viajero cree encontrar un remanso de paz y más de una vez fueron nido de enconadas discordias; caminitos entre tapias de huertos; callejuelas estrechas con escalones que facilitan la subida desde los postigos de la muralla. Y al fondo la mole azul del Guadarrama, cuya nieve tiñe de rosa el resplandor del crepúsculo, poniendo un inesperado rubor en las mejillas de la Mujer Muerta, la montaña con per-



Dentro del recinto amurallado se pueden encontrar joyas arquitectónicas como esta de San Juan de los Caballeros, donde se admiran la sobria maravilla de su trazado y el paisaje donde el románico se eleva.



La teoría de piedra del acueducto permite estos ventanales, que enmarcan el complejo urbano.

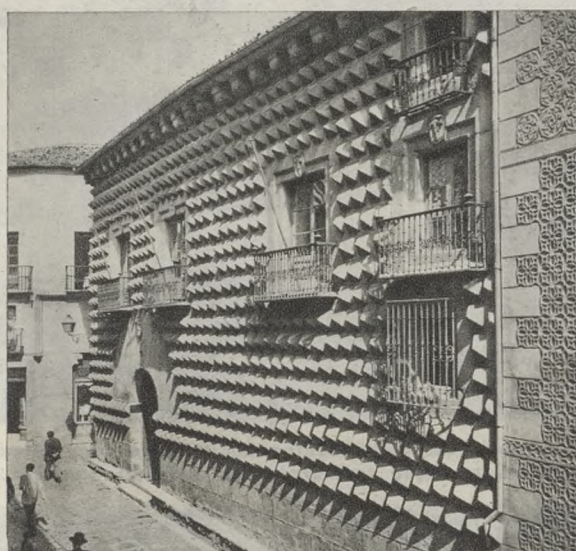




La fachada de Santa Cruz, antiguo convento de dominicos, con la heráldica de los Reyes Católicos y las estatuas orantes de Fernando e Isabel.



La clausura canonical o canonjía vieja, una de las calles más evocadoras de la antigua Segovia. En este barrio habitaron los prebendados de la catedral.



Se dice que Juan de la Hoz adornó la fachada de su casa—la «Casa de los Picos»—con estas puntas de diamante en piedra para deshacer una leyenda.



Torreón de la casa-fuerte de los marqueses de Moya, fortaleza-palacio que habitó doña Beatriz de Bobadilla. Antes había sido Casa Real de Moneda.



Iglesia de la Santísima Trinidad. La belleza de su trazado exterior se completa con el interior de esta iglesia, que, liberado de aditamentos barrocos, tiene una exquisita pureza de líneas. Purísimos arcos e interesantes portadas dan armonía a la obra. Se puede advertir la influencia de la austeridad cisterciense.

files de estatua yacente que separa las dos Castillas.

Este era el paisaje que desde otro maravilloso mirador—la huerta de los carmelitas—contemplaba el alma enamorada de San Juan de la Cruz al resplandor de las estrellas, en las claras noches de la meseta, el que tal vez inspiró las imágenes exquisitas de su Cántico Espiritual. En la huerta existe aún el ciprés carcomido que se dice plantado por la mano del santo. En un recodo del senderillo que, por la llamada Cuesta del Doctoral, trepa atajando para ascender a la ciudad, una cruz clavada sobre la peña nos cuenta que en aquel lugar tomaba aliento el «medio fraile» y excelso poeta.

PIEDRAS DE ORO ROMANICAS

Imaginad lo que era Castilla virgen cuando se entregó a los rudos infanzones norteños que vinieron a repoblarla después de expulsar a la morisma. Tierras feraces de pan y vino no hendidas aún por el arado, praderas y robledos intactos y salcedas umbrosas crecidas a lo largo de los ríos. Sólo así, en un período de riqueza y de eufórica fe, puede explicarse la abundancia de templos alzados en las ciudades de más acá del Duero entre los siglos XI al XIII. En Segovia se levantaron la vieja catedral de Santa María, San Miguel (en lo más alto del poblado), San Martín, San Andrés, la Trinidad, San Pablo, San Román, San Facundo, San Quirce, San Nicolás, San Sebastián y San Juan de los Caballeros dentro de las murallas; Santa Coloma en el Azoguejo; San Millán, Santa Olalla, San Justo y Santo Tomás en los arrabales; y en las riberas del Eresma, entre huertas y olmedas, San Lorenzo, San Marcos y las ermitas de la Vera Cruz, de San Blas y San Gil.

Algunas de estas iglesias fueron destruidas por el tiempo o bárbaramente inmoladas, pero la mayor parte se mantienen en pie. Todas presentan caracteres comunes, como miembros de una misma familia, que se extiende hasta Sepúlveda y Soria: una gran nave cubierta de bóveda o madera; a veces naves laterales de reducida envergadura o una navecilla adyacente sobre la cual se alza la torre; un pórtico que abre al sol la teoría de sus

arcos sobre columnas de historiados capiteles, bajo una cornisa labrada con esmero. En estos atrios o portales, como eran llamados, se manifestaba en juntas de vecinos o de cofrades la vigorosa vida comunal.

No tan arcaicas como las de Sepúlveda y su alfoz, las iglesias románicas de Segovia han sufrido un error de data, por haberse considerado como la más antigua de ellas la llamada de los templarios o de la Vera Cruz, el pequeño edificio circular cuya fecha de consagración, inscrita en una lápida del edículo central, indica los primeros años del siglo XIII. Este error, basado en atribuir primitivismo a la que en verdad es una muestra de la reacción purista y austera producida en el arte románico por la reforma cisterciense, que preludaba la sencillez de las primeras obras góticas, hizo que las demás iglesias segovianas se considerasen obras tardías.

Sin negar el apego extraordinario a las formas románicas que se manifiesta en la arquitectura segoviana, ya sea civil o religiosa, no cabe duda de que existen en la ciudad varias obras de fecha anterior, quizá en siglos, a la consagración de la Vera Cruz. Nos atreveríamos a afirmar que lo más viejo del románico segoviano es el ábside central de San Juan, recreado posteriormente, que presenta pormenores, en los fustes de las columnillas y en los capiteles de las mismas, que hacen pensar en el arte asturiano. Otra gran iglesia de venerable antigüedad, en cuyo parecido con la catedral jaquesa se ha querido ver la influencia del yerno aragonés de Alfonso VI, es la de San Millán, ejemplar diferente de los demás templos segovianos, que, al decir de un viajero, parece, más que una parroquia urbana, una majestuosa abadía en medio de los campos.

Todas estas iglesias, pequeñas y oscuras casi siempre, guardan entre el aroma del incienso y de los cirios el alma de la vieja Segovia. En sus paredes encaladas o desnudas penden cuadros sombríos, piadosos exvotos y hasta alguna deshilachada bandera. Todos los siglos han dejado en ellas su huella. Retablos platerescos o barrocos, espejos de marco negro o dorado, blasones y laudes o estatuas yacentes se agrupan con desprecio de todo purismo arqueológico, formando un conjunto sobre el que flota, vivo, el espíritu de la urbe muerta. En sus altares se consagró el primer trigo y la primera vid que produjera la gleba recién labrada.

El texto de este reportaje está tomado del álbum de la colección «Tierras Hispánicas», dirigida por E. la Orden Miracle y editada por «M. H.». El original de «Segovia» está escrito por Luis Felipe Peñalosa.

NORTEAMERICA HACE SU CINE EN ESPAÑA



POR ANTONIO CUEVAS

Los ejércitos de Alejandro Magno, en la película, «combaten» a orillas de un riachuelo madrileño.

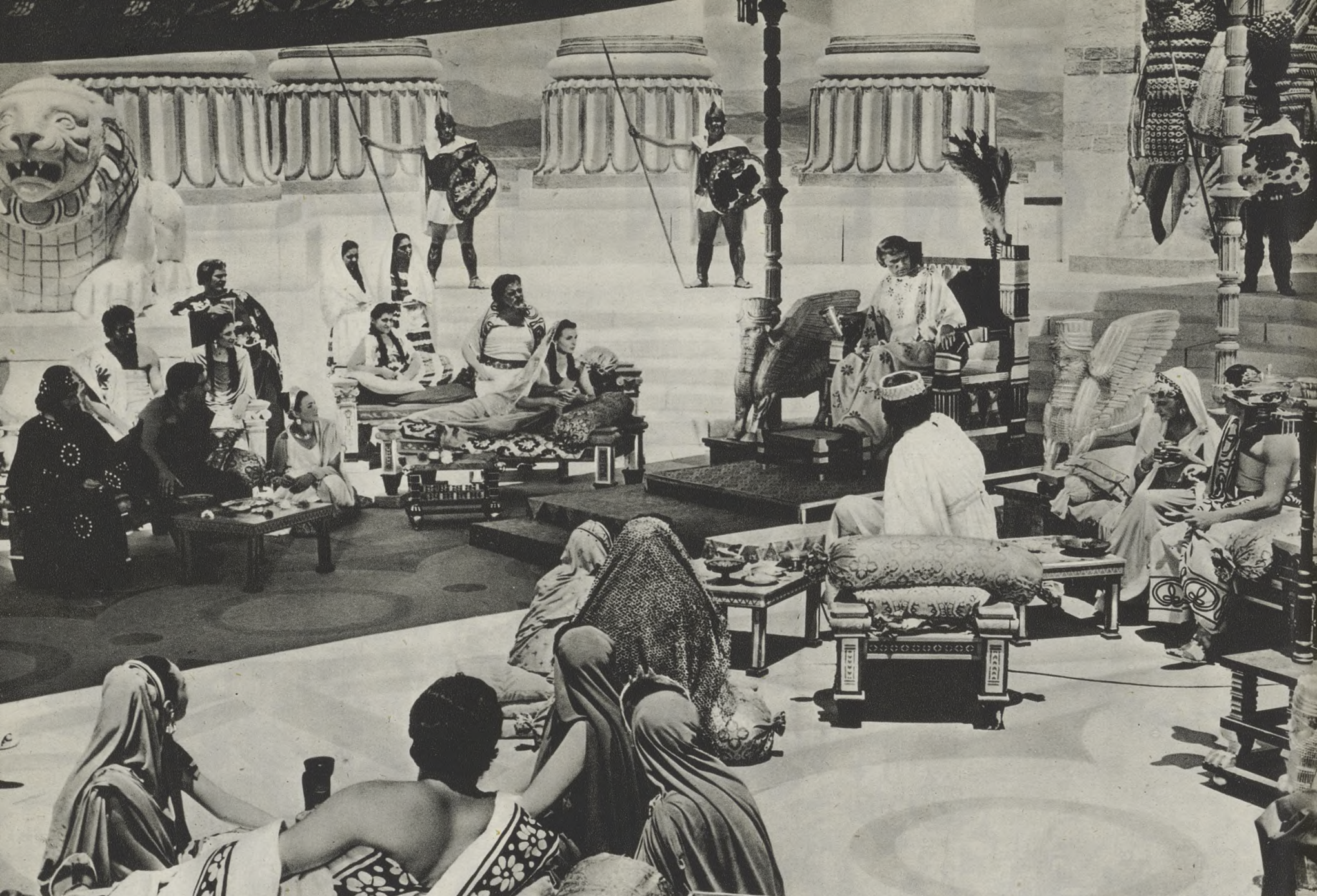
Escena de una de las películas de la serie «Aventuras de un americano en España», de Gosch.

A finales de agosto, los capitanes de Stanley Kramer licenciaron a un fabuloso ejército. Se habían filmado las últimas escenas de *Orgullo y pasión*, y miles de guerrilleros españoles, en amistosa convivencia con soldados napoleónicos—sus enemigos en el celuloide—esperaban turno para devolver las ropas de combate. Un gigantesco montón de casacas, morriones y correajes de la época, que esperan ser clasificados y almacenados hasta nueva ocasión.

Stanley Kramer Films, Inc., con uno de los equipos cinematográficos más espectaculares que se hayan conocido en tierras españolas, ha dado fin a una película cuyo coste se acerca a los 200 millones de pesetas. Con esta cantidad, nuestros productores se hubiesen comprometido a financiar la tarea española de doce meses: 75 películas.

Pocos meses antes, los ejércitos de Alejandro Magno habían mantenido gigantescas batallas—separadas de las anteriores por veintitrés siglos de historia—en las inmediaciones de la sierra madrileña, ante las cámaras expertas de Robert Rossen y los asombrados ojos de las mujerucas del pueblo. Otras fuerzas del cine norteamericano ruedan ahora en los estudios españoles, más reposadamente, para el cine yanqui o la televisión.





Sofía Loren, la bella actriz italiana, es protagonista de la película de Kramer «Orgullo y pasión».

Otra escena de la película «Alejandro Magno», rodada en coproducción casi totalmente en España, y en la que intervinieron algunos actores españoles en papeles secundarios. Esta película se realizó en technicolor.



También se han rodado en España escenas de la película de John Huston «Moby Dick», sobre la célebre novela de Herman Melville. En una foto, Gregory Peck, y en otra, el mismo actor con Leo Genn.

El secreto de esta inusitada actividad de la industria norteamericana en España nos lo descubre el productor Martin Gosch, que rueda aquí su 179 película para la televisión en los escenarios de Sevilla Films:

«Los productores norteamericanos pueden filmar en España ahorrando un 40 por 100 sobre lo que les costaría producir un material de idéntica calidad en las factorías de Hollywood. Otros intentos de abaratar nuestros costes filmando en Europa han fracasado por varios factores: Gobiernos inestables, unas cinematografías desprovistas de operarios habilidosos y fracaso en comprender a los técnicos locales y su forma de trabajar.

«Mi equipo comprende técnicos españoles en todos los puestos clave, y gracias a la organización que hemos logrado en Sevilla Films, puedo filmar cada una de mis películas cortas en brevísimo espacio de tiempo.»

* * *

Esta teoría, descubierta ahora y puesta en práctica con urgencia, está convirtiendo a España en

el escenario más codiciado de Europa para la realización de grandes películas americanas. Además, es un buen desahogo para aliviar las cuentas bloqueadas que tienen aquí las compañías de Hollywood, como resultado de la explotación de sus películas. En el acuerdo cinematográfico de 1954-1955 se establecía que «el 60 por 100 de los fondos a favor de las compañías norteamericanas podría ser destinado por ellas, entre otros fines, a la producción de películas norteamericanas en España».

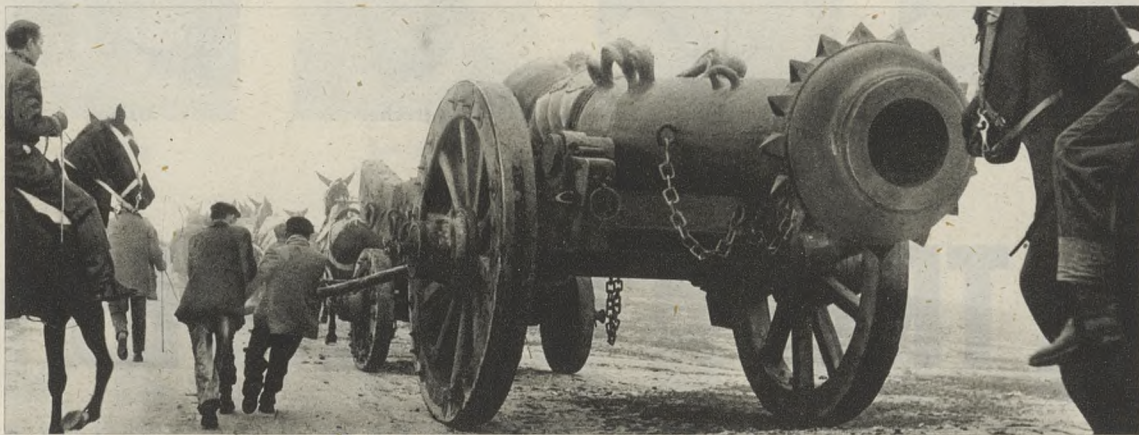
Alejandro Magno se acogió, no obstante, a la fórmula de coproducción, y la cinta—en Cinemascope y Technicolor—fue realizada bajo la firma Producciones Rossen-C. B. Films, filial esta última de la United Artists, pero compañía española. Tampoco el rodaje correspondió totalmente a España, pero una buena parte se hizo en los Estudios Sevilla Films—uno de los más capaces y mejor equipados—, con la participación de varios artistas del censo español: Marisa de Leza, Rubén Rojo y Virgilio Teixeira, en papeles secundarios respecto a los gigantes artísticos del film: Frederick March



Frank Sinatra y Carlos Casaravilla en una escena de la película de Stanley Kramer «Orgullo y pasión».

El verdadero protagonista de la película «Orgullo y pasión» es este cañón, construido ex profeso.

Cary Grant es uno de los intérpretes principales en la gigantesca superproducción de Stanley Kramer.



y Richard Burton. Las huestes de Rossen ocuparon totalmente los escenarios de rodaje, y cientos de obreros, especializados o no; artistas de tercera fila, técnicos y una multitud de figurantes conocieron una vida más próspera: los norteamericanos pagan, por un mismo esfuerzo, varias veces más que los capataces locales. Esta inflación, agravada después con la película de Kramer, comienza a dejar su huella en los medios de contratación españoles. Ya se quejan los productores de las exigencias de quienes han estado algún tiempo al servicio de la industria yanqui.

* * *

Orgullo y pasión se rueda en España como película enteramente norteamericana. Aquí se desconocía un despliegue tan espectacular como el efectuado por Kramer. La acción se refiere a un episodio de la guerra española de la Independencia, y fué filmado sobre los mismos lugares de la Historia, en un penoso recorrido de 1.500 kilómetros.

En el mes de noviembre de 1955, varios meses antes de comenzar el rodaje, Kramer disponía de varios miles de bocetos de la futura película, dibu-

jados por manos expertas, recogiendo las ideas ambientales del famoso director. La producción, con sus emplazamientos de cámara y sus escenarios, quedaba prácticamente señalada en estos bocetos antes de hacerse la primera fotografía del film. Con esta anticipación de cinco meses, ya estaba a disposición de Kramer un equipo de 75 a 100 especialistas dedicados a la meticulosa preparación de la obra. Los cinco millones de dólares puestos en juego habían de ser bien aprovechados.

La plantilla se aumentó después en tres o cuatro veces su número inicial. A esto hubieron de sumarse los miles y miles de «extras» que formaban los ejércitos napoleónicos o los guerrilleros de la Independencia.

El cañón de la época—verdadero protagonista de la película—fué reproducido fielmente en tres o cuatro materiales, para responder a las exigencias del rodaje. Un cañón de tres metros de alto, que exigía nueve pares de mulas para el arrastre.

Por unos días, la capital de Segovia quedó convertida en el cuartel general de Kramer. Una ciudad de 30.000 habitantes, totalmente absorbida por un nervioso ejército de obreros y técnicos, cuya impedimenta se transportaba (Pasa a la pág. 59.)





Atlético de Bilbao.



Gainza.



Carmelo.



Garay.



Maguregui.



Artché.



Uribe.

1956-57: UNA DIFÍCIL
TEMPORADA

Por

PEDRO ESCARTIN

LOS TRES "GRANDES"

(ATLETICO DE BILBAO, CLUB)

La temporada 1956-57, es decir, la que acaba de comenzar, tiene gran importancia para el fútbol español, ya que en los meses próximos nuestro más popular deporte se va a jugar, ni más ni menos, el derecho a intervenir en la fase final de los Campeonatos del Mundo, que en el verano de 1958 se celebrarán en Estocolmo.

Escocia y Suiza son los países que futbolísticamente van a enfrentarse con España. Juego de gran calidad, aunque lento, el de los maestros escoceses, mientras los helvéticos reemplazan su escasa técnica individual y de conjunto con un brío extraordinario, espíritu de lucha que los hace enemigos más que difíciles.

¿Nos ocurrirá igual que ante Turquía? No lo creemos, ya que se están tomando severas previsiones a fin de hacer las cosas en forma seria y eficiente, pues si el fútbol español, hoy sin tanto prestigio como antes, perdiera la eliminatoria previa con escoceses y suizos, sería un rudo golpe y de poco agradables consecuencias.

La temporada anterior, es decir, la de 1955-56, tuvo la aparente paradoja de que, mientras el

equipo nacional no conseguía un solo triunfo dentro ni fuera de casa, en cambio, los clubs de primerísima categoría, con o sin extranjeros, obtenían ruidosas victorias, ganando el Real Madrid el primer título de campeón de Europa y luego la Pequeña Copa del Mundo, en Caracas.

Y así, los clubs españoles, casi todas las veces que se enfrentaron a otras entidades extranjeras, fué para vencer en forma ruidosa y clara, tras hacer gran fútbol, entre exclamaciones de asombro de los dirigentes de otros clubs, incapaces de comprender el mal papel del equipo nacional y el excelente juego de los conjuntos de club.

—¿A qué cree usted que se debe esto?—nos preguntó no hace mucho el señor Lafuente Chao, presidente de la Federación Nacional de Fútbol.

—La cosa está clara, y no hay paradoja en la situación: mientras los equipos de club son un todo, eso que en fútbol se llama conjunto, las selecciones nacionales son simple reunión de valores individuales.

—¡Pero teóricamente son los mejores!

—En teoría—respondimos—, sí; en la realidad,

no. El fútbol es asociación, unidad, juego de todos para todos, soldadura entre hombres y líneas, circunstancia que se da en los equipos de club, pero muy raras veces en la selección. Por eso aquéllos triunfan y ésta fracasa.

La temporada 1955-56, es decir, la anterior a ésta, nos ha enseñado la necesidad de ir a la formación del bloque, no escogiendo valores individuales en forma caprichosa. Cuando se vaya a lo colectivo, la selección nacional jugará con el mismo criterio unitario de los componentes de un conjunto de club.

Hemos visto casi todos los encuentros internacionales jugados por España, tanto por el equipo representativo—Dublín, Londres y Lisboa—como por el Real Madrid, C. de F.—en Belgrado, Milán y París—, circunstancia que nos permite, tras frío análisis de la situación, emitir el diagnóstico que ya dimos ante la alta jerarquía que nos lo pidió. No hay paradoja, y lo ocurrido es normal.

Confiamos que en 1956-57, ya con la experiencia de lo sucedido anteriormente, donde se pretendió improvisar, volviendo al fútbol individualista, au-



Club de Fútbol Barcelona.



Kubala.



Bosch.



Biosca.



Villaverde.



Tejada.



Suárez.

DEL FÚTBOL ESPAÑOL

DE FÚTBOL BARCELONA Y REAL MADRID)

téntico paso atrás, España se clasifique para la fase final de la Copa Rimet, que, como saben nuestros lectores, tendrá lugar, a principios del verano de 1958, en Suecia, acontecimiento donde necesitamos acudir venciendo antes a Escocia y Suiza.

El fútbol español, en el momento actual, no tiene superdotados como los tenía hace veinte años y aun menos: Zamora sigue sin sucesor, no hay un extremo como Gorostiza o Gaínza ni dos interiores de la calidad de Luis Regueiro e Iraragorri, «directores de orquesta» en el conjunto español de Italia en 1934.

¿A qué se debe esto? En realidad, es fenómeno del mundo entero: menos superdotados y mayor juego colectivo. En la misma Argentina no tienen sucesores los Di Stéfano, Pedernera, Labruna, etc., ni en Uruguay los que puedan hacer que se olvide a Scarone, Petrone, Andrade. Ausencia general de fenómenos, que ocurre en todas las partes del mundo.

Pero aunque esta crisis de valores auténticos, de artistas del balón, sea fenómeno colectivo, lo

cierto es que el fútbol español lo nota más, porque en estos últimos tiempos, en lugar de sustituir la brillantez del superdotado con el juego de todos para todos, es decir, lo que se hace en otros países, nosotros quisimos mantenernos sobre la base personal del jugador.

¿Qué ocurrió por ello? Que al no tener los jugadores la clase suficiente del genio y hacer fútbol individualista, los resultados no podían ser buenos, ya que si bien es cierto que un equipo donde abundan los superdotados puede, en ciertos casos, hacer lo que quiera—no siempre—, cuando aquéllos no existen, hay que sustituir su acción con el juego colectivo.

Sin embargo, dentro del panorama del fútbol español, hay que tener en cuenta, en el sentido

favorable y con vistas a la difícil temporada de 1956-57, que los jóvenes valores de calidad como los Maguregui, Arteché, Garay, Carmelo, Marsal, Gracia, Campanal, etc., cada vez se hallan más hechos y en juego, con la experiencia necesaria para triunfar.

Y es que el fútbol, durísimo deporte, devora rápido a quienes le sirven, y de aquel magnífico equipo español que hace tres años perdió por uno

Pedro Escartín nació en Madrid en 1902. Figura muy conocida en los medios deportivos de todo el mundo, especialmente en Europa, por haber sido árbitro de fútbol a lo largo de veintiséis años, arbitrando múltiples encuentros internacionales y olímpicos en el extranjero, es actualmente miembro del International Board Football Association. Periodista y autor de varios libros sobre fútbol, fue jefe de la sección de deportes de los diarios madrileños «El Alcázar» y «La Tarde», dirigiendo en la actualidad la emisión deportiva de Radio España. Fue seleccionador nacional español de fútbol.





Real Madrid.



Marquitos.



Di Stéfano.



Kopa.



Rial.



Marsal.



Gento.

a cero en Buenos Aires y ganó en Chile por dos a uno, ya sólo quedan en activo el guardameta Ramallets, los zagueros Biosca y Segarra, el medio Bosch, Kubala y un Gaínza que, cerca de los cuarenta años, aun demuestra su gran clase.

Hoy, como hace años, tres son los clubs españoles sobre quienes gira la potencia futbolística española y son los acaparadores de títulos: Atlético de Bilbao, Real Madrid y Barcelona, este último hoy agobiado por la construcción de un gran campo de fútbol, que cuando se termine será el mayor de España, seguido por el gran Estadio Santiago Bernabeu, del Real Madrid.

Ya no existen, como antes existían, las diferentes escuelas: la vasca, simbolizada por el nervio y la busca del gol por el camino más corto; la catalana, más filigranera y técnica, pero de menos tiro a puerta, y la castellana, una especie de término medio entre catalanes y vascos; pero el profesionalismo, la mezcla de jugadores y la reforma del fuera de juego fundieron los estilos.

Mas, pese a todo esto, el Atlético de Bilbao es quizá el equipo que aun conserva algo más el sabor romántico del fútbol de antes, teoría que a veces le cuesta disgustos, como en la final de la Copa Latina, en Milán, contra el representante de Italia, donde el juego impremeditado y de tromba les costó el título.

Bilbao sigue fiel a su criterio de proteger la cantera propia, y a medida que sus jugadores se van haciendo viejos, son sustituidos por otros de la región, cultivo de lo propio, que siempre le permitió una gran aportación al equipo nacional; pero Vizcaya, en el momento actual, no da la cantidad y calidad de jugadores que antes daba.

El Atlético vasco es en el momento actual el doble campeón de España en Copa y Liga, quizá como premio a tener el cuadro más joven y batallador, hombres que luchan y corren los no-

venta minutos, pero también juegan al fútbol, sobre todo sus volantes Mauri y Maguregui, con el defecto de irse demasiado al ataque, y sin olvidar también al científico Arteché y al gran zaguero Garay.

Los jugadores de San Mamés tienen un buen conjunto, y la prueba está en que la temporada anterior ganaron los títulos de Copa y Liga; pero, sinceramente, lo actual no supera ni iguala, salvo el cuarteto defensivo y media, a aquel formidable ataque de la época de Zarra y Panizo, con Iriondo y Gaínza en los extremos y Venancio en el lado derecho.

Fué uno de los mejores equipos que tuvo Bilbao, y aunque el cuarteto de atrás, que hoy está integrado por Carmelo, Orue, Garay y Canito, y la media, son mejores que los defensas y medios de entonces, la delantera actual, aun siendo buena, no es posible compararla en su rendimiento y juego a aquellos cinco componentes que fueron Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gaínza.

Al estilo sobrio bilbaíno, que ya no representa en el fútbol español el pase largo, porque éste casi murió con el marcaje, sigue el del Real Madrid, que si en lo nacional no ganó títulos, en cambio tiene en los últimos tiempos nada menos que un triunfo de la Copa Latina, en París; el título de campeón europeo, ante el Reims, y el de vencedor del torneo de Caracas.

Es cierto que un superdotado de la categoría del argentino Alfredo di Stéfano ha contribuido enormemente a la capacidad realizadora del Madrid; pero es que, junto al formidable internacional que fué del River Plate, de Buenos Aires, actúan jugadores como el volante Muñoz, el interior Marsal, el veloz extremo Gento, etc.

El Madrid es quizá más técnico que el Bilbao en lo posicional, más frío en el cálculo, menos tromba, lo cual unas veces resulta defecto y otras

virtud, pero el club de Chamartín es preciso reconocer que en estos últimos tiempos prestó al fútbol nacional servicios magníficos, y ello en momentos en que el conjunto representativo flaqueaba.

Fuimos en París testigos presenciales del extraordinario triunfo español sobre el Reims en la final de la Copa de Europa, todo ello tras un gran espectáculo de fútbol, donde dos hombres, Di Stéfano y Muñoz, eje de ataque uno y medio volante otro, fueron factores vitales de una reacción que comenzó cuando los franceses ganaban dos a cero, a los nueve minutos.

¿Y del C. de F. Barcelona? ¿Qué decir del conjunto de Las Corts? Hoy catalanes y madrileños se hallan identificados en la forma de ver el fútbol, por la sencilla razón de que unos y otros se hallan ante la necesidad de cuidar este deporte como espectáculo, única forma de pagar las costosas y espléndidas instalaciones realizadas.

El C. de F. Barcelona se encuentra ante la situación de que su cantera no produce jugadores, y por eso busca, como el Real Madrid, C. de F., valores de calidad donde los haya, y así en el momento actual comienza una Liga donde el título, como siempre o casi siempre, quedará entre vascos, madrileños o catalanes, ya que los azulgranas también cuentan.

De los «tres grandes» del fútbol español—Madrid, Atlético de Bilbao y C. de F. Barcelona—, el más científico posiblemente lo sea el conjunto de la capital de España; el de mayor brío y espíritu de lucha, el equipo vasco, y el equipo de Las Corts se acerca más al criterio del Madrid, en una idea de juego que hermana mejor con los madridistas.

Y en el análisis de líneas, creemos que el cuarteto defensivo bilbaíno—Carmelo, Orue, Garay y Canito—es el de más clase (Pasa a la pág. 61.)



Una de las impresionantes escenas que pueden pasar a la ya dilatada y fabulosa película de la pesca submarina. Bernardo Martí, del equipo español campeón, en el momento de capturar un enorme mero en Porto-Cristo (Mallorca).

Equipo español de pesca submarina que en aguas de Ajaccio (Italia) conquistó por primera vez el título de campeón de Europa, con 38.310 puntos, seguido de Francia, con 37.330. El primero de la derecha es Antonio Mairata (27.250).

ESPAÑA, CAMPEON DE UN NUEVO DEPORTE

EL SUEÑO DE JULIO VERNE.—ANTONIO MAIRATA, GENIO DE LA PESCA SUBMARINA.—MALLORCA Y LA AVENTURA BAJO EL MAR.—UN MALLORQUIN, EL PRIMER PINTOR DENTRO DEL AGUA.—LA VIRGEN SUMERGIDA.

Por ELISEO FEIJOO

TRES veces se ha disputado el Campeonato de Europa de Pesca Submarina: la primera, en Setri Levante (Italia); la segunda, el año pasado, junto a las costas de la inmensa bahía de Palma de Mallorca,

y la tercera, el domingo día 2 de septiembre de este 1956.

El equipo español resultó campeón en Italia, perdió el título en Palma de Mallorca y ha vuelto a recuperarlo en Córcega. No cabe más brillante



CIFRA



Antonio Mairata, campeón individual de Europa, exhibiendo la cuerda con el producto de una de sus inmersiones.



Veintiséis kilos de pesca es el récord que Antonio Mairata logró en Ajaccio, obteniendo el Campeonato Individual de Europa de Pesca Submarina. Hele aquí en plena actividad.

Las pruebas requieren un duro entrenamiento. En la preparación para el torneo de Córcega, Mairata realiza varias inmersiones. En ésta acosa a un pez entre las rocas.



En el maravilloso escenario de Campos del Puerto (Mallorca) un arqueólogo extrae un ánfora de gran valor.

palmarés en este deporte, casi recién nacido, pero que ya cuenta en el mundo con millares de ejercitantes y adeptos.

MALLORCA ES LA CUNA DE LA PESCA SUBMARINA

Seis de los ocho componentes de los equipos españoles desplazados a Córcega eran mallorquines; mejor dicho, cinco eran mallorquines y uno, Bonet—«el loco del mar»—, es oriundo de Ibiza. Los otros dos integrantes de los equipos españoles proceden de Cataluña.

Entre los ocho, uno ha destacado poderosamente, hasta convertirse en héroe indiscutible: Antonio Mairata, campeón individual y causante del triunfo de España por equipos.



Antonio Mairata, hombre de compleción casi atlética, padre de familia y representante de motocicletas en esta isla, que vive enfebrecida por el motorismo, ha de figurar como precursor, maestro y genio del nuevo deporte que se abre paso. Sería inevitable, si algún día se creyera de justicia alzar un monumento al inventor de la pesca submarina, poner sobre el pedestal a Julio Verne de la mano de Mairata. Y, para que la justicia fuera rigurosa, sería también inevitable que ese pedestal ostentara en relieve el mapa de Mallorca.

Mallorca, la más sugestiva y luminosa etapa del turismo mundial, tiene sus más hondas raíces de belleza en el desafiante azul de su cielo, en el verde dorado de sus pinares y en el iris encantador de sus costas. Sobre todo en el iris encantador del cingulo de calas que ciñen el verde cuello de la isla como collar de pedrería fantástica: esas calas mallorquinas, a las que se asoman poetas, novelistas, pin-

tores y músicos de toda la tierra; las que fueron preferidas para los éxtasis nupciales de Rainiero y Grace Kelly; ante las cuales olvidan con frecuencia problemas estremeceadores los primeros ministros de la política norteamericana, británica, francesa...; donde se olvidó definitivamente de Hollywood Mary Pickford y, temporalmente, Gary Cooper, Douglas Fairbank, Errol Flinn, Ava Gardner, Susana Podestá, Devorah Kerr...; las que inspiraron las letras mejores de Raimundo Lulio y el archiduque Luis Salvador, las mejores lágrimas apostólicas de fray Junípero, los mejores lamentos románticos de Chopin y los mejores dibujos de Gustavo Doré.

LA TENTACION DEL AGUA

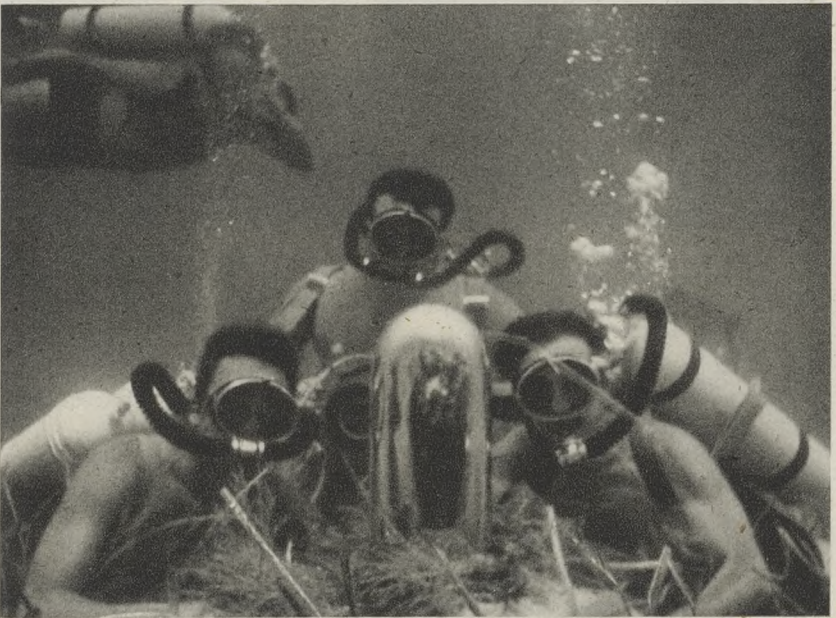
No es sorprendente que los «submarinistas» Antonio Mairata, Bernardo Martí, Mariano Bonet, Juan Homar, Bartolomé Piquer y Juan Mun-taner hayan asombrado a las gentes

de Córcega con el arte nuevo de sus andanzas bajo el mar. De casta les viene, porque tuvieron un escenario único para sus entrenamientos, porque las playas y calas de Mallorca no invitan al baño: invitan a la inmersión profunda, como si el líquido multicolor—verde, malva, rojo, azul, dorado—fuera cortina que disimula levemente los profundos palacios donde moran las sirenas. De esa tentación de las costas mallorquinas ha nacido la escuela, la universidad, de la pesca submarina. La mágica cualidad del agua mediterránea en su contacto con Mallorca explica la casi milagrosa facultad de los mallorquines de hundirse a veinte o treinta metros de profundidad, hasta mezclarse con la fauna marina y escudriñar largamente por las regiones del alga y el coral. No se olvide que los niños mallorquines, desde que se tienen en pie, encuentran su juego favorito en desafiarse a sacar nacrás del fondo del mar. De casta, repeti-



Un ictiólogo inglés, en aguas mallorquinas, captura un «caballito de mar» y lo estudia valiéndose de la lupa.

Los escafandristas Dezcallar, conde de Zabellá, Triay y Gorordo, colocando una imagen en el mar de Menorca.



mos, les viene a los campeones europeos.

Al que llega por primera vez a una piscina o a una playa de Mallorca le sorprende verlas desiertas. Engañosa ilusión. Están desiertas playas y piscinas porque los mallorquines siempre nadan bajo el agua. El fondo del mar es como una «segunda casa» para las gentes de la isla. Y porque esto es una vieja realidad, España siente ahora el orgullo de haber conquistado dos veces un campeonato de Europa que, si bien se mira, es un auténtico campeonato del mundo.

CURIOSOS DEL MAR EN MALLORCA

Al Club Náutico de Palma de Mallorca, a Formentor, a Cala d'Or, a Sóller... llegan, en sucesión ininterrumpida, yates con banderas de todos los países. Llegan atraídos por la leyenda submarina de las islas Baleares. Y nunca marchan defraudados.

Porque las profundidades marinas de las aguas isleñas guardan tesoros de valor incalculable; tesoros, además, inagotables. Y esas aguas son depositarias de una flora y una fauna que colman los sueños de los más estudiosos hombres de ciencia.

Inmensos campos de ánforas rodean las islas. Los pescadores mallorquines las vendían antes a los turistas al precio de cien pesetas por unidad. El incremento de viajeros durante los años últimos ha ocasionado un alza notabilísima.

UN PINTOR SUBMARINO

Un pintor mallorquín ha demostrado con su propia obra que es posible trasladar al lienzo las inéditas bellezas del ancho mundo submarino. Jorge Morey Gil, además de pintor, es excelente fotógrafo y escritor. Ha recorrido palmo a palmo las entrañas del mar balear y ha creado obras maravillosas apo- (Pasa a la pág. 57.)



Jorge Morey, primer pintor submarino, ha montado su caballete entre las algas y copia los peces que le rodean.

Mateo Dols, buceador de los equipos mallorquines, es una promesa del equipo español de pesca submarina.



EL PRESIDENTE DEL ECUADOR Y LA CAPA ESPAÑOLA



El excelentísimo señor doctor Camilo Ponce Enríquez, luciendo la banda presidencial y cubierto sobre la etiqueta con la clásica capa española, es saludado por don Vicente Aguirre, que ocupa el cargo de jefe civil de la Casa Presidencial.



De izquierda a derecha: señor Tobar Zaldumbide, ministro de Relaciones Exteriores; señor Illingworth, vicepresidente de la República; el Presidente y los señores Pérez Serrano, jefe de ceremonial, y Soler Puchol, embajador de España.



La capa ha sido siempre un símbolo de lo español, quizá más fuera que dentro de la propia España. Prenda de uso constante a través de los siglos, ha tenido multitud de variantes tanto en su uso como en las diferentes personas que la han llevado a través de las épocas. Aunque actualmente su empleo haya decaído en España y, en general, en el mundo, siempre hay una constancia y un mantenimiento de la costumbre en los fervorosos de ella. Madrid, principalmente, es todavía la sede de su reinado, y recientemente se ha formado una curiosa sociedad de los que se llaman «Amigos de la capa». Atuendo popular en tiempos—recuérdese el cuadro de Goya *La maja y los embozados*—, hoy ha pasado a ser vestido de auténtica distinción. La «pañosa» de los clásicos suele estar hecha de los mejores paños de Béjar, y todavía rivalizan las bordadoras en

el adorno de sus vueltas, que constituyen a veces una verdadera obra de arte.

La noticia de ahora tiene un singular y simpático interés. El nuevo Presidente del Ecuador, el excelentísimo señor doctor Camilo Ponce Enríquez, usa la capa española en numerosos actos, incluso oficiales y de gran gala. También en España es usada muchas veces como abrigo sobre la más rigurosa etiqueta. El Presidente Ponce ha reimplantado el uso de la airosa prenda y la ha llevado sobre sus hombros en varios de los solemnes actos que han tenido lugar con motivo de la transmisión del mando presidencial.

Este ilustre amigo de España mantiene lejos de ella uno de los signos de más noble y graciosa prosapia hispánica. Una forma distinguida y castiza de la elegancia, que puede tener una honda significación de fraternidad.

El Presidente de la República, rodeado de numerosos partidarios, después de un acto popular en el Coliseo una vez terminada la transmisión de poderes.

Suez: el más grave de los problemas mundiales

(Viene de la pág. 13.) bios acaecidos, es inaplazable la revisión del Convenio, a fin de poner al día sus preceptos.

3. Al ser nacionalizada la Compañía Universal se hace necesario configurar la nueva modalidad de colaboración internacional con la Administración del Canal, de acuerdo con la situación actual.

4. El nuevo régimen internacional que se establezca debe respetar en todo caso la soberanía territorial de Egipto sobre el Canal, conforme al Convenio de 1888, y su derecho a explotarlo económicamente en forma parecida a como lo venía haciendo la Compañía.

5. Para garantizar el derecho de todos los países a la libre y segura navegación por el Canal y su disfrute en las mismas condiciones que hasta ahora, no es necesario que la gestión directa sea asumida por una Administración internacional.

6. A tal fin, sería procedente que en el Consejo de Administración del organismo egipcio que suceda a la Compañía, así como en la jefatura de sus servicios técnicos, existiese una representación de las naciones usuarias del Canal con las facultades precisas para velar por la libre y segura navegación del mismo y su igual disfrute por todos los países mediante el pago de una retribución equitativa.

7. Una comisión de representantes de los países usuarios podría funcionar como órgano de control para entender en las reclamaciones que puedan presentarse por la inobservancia de las reglas que garantizan el libre paso del Canal y el aprovechamiento de sus servicios.

8. En última instancia, la O.N.U. debe entender en las reclamaciones que puedan presentarse.»

M. BLANCO TOBIO

Don Pío se hace cargo de los trofeos, y Hemingway, como si no hubiese nadie en la habitación, como si estuviesen los dos solos en el inevitable purgatorio de los grandes maestros de la literatura, hinca su rodilla en tierra para acercarse bien a la cabecera del enfermo, y le dice a Pío Baroja:

—Permítame que le rinda este sencillo homenaje a usted, que tanto nos enseñó a los que, siendo jóvenes, queríamos ser escritores. Yo lamento que no le hayan dado aún el Premio Nobel, cuando se lo han dado a tanta gente que lo merecemos menos, como a mí, que no soy más que un

aventurero. Claro que ellos tampoco se lo han dado a otros hombres que lo merecían tanto como usted, como es el caso de don Miguel de Unamuno, don Ramón del Valle-Inclán y Paul Valéry.

Hemingway estaba a punto de llorar. Días antes, planeando el programa de la visita a Baroja, habíamos intentado comprometer a Hemingway para una cena por la noche. A cuya propuesta el escritor norteamericano se excusó diciendo:

—Dejémoslo para otro día. La entrevista con don Pío puede agotar todas mis energías.

Las puertas de Madrid

(Viene de la pág. 25.) bre los desmontes de la Moncloa, que forman la forestal cuenca del Manzanares, frente al ondulado horizonte del Guadarrama. Ahora van a tener además un espléndido mirador para contemplar toda su estructura topográfica y arquitectónica desde este monumental arco de casi 40 metros que se alza frente a su pabellón de gobierno.

Pocas iniciativas españolas de los últimos decenios pueden equipararse en ambición y efectividad al proyecto, hoy realidad casi total, de la Ciudad Universitaria madrileña, proyectada por el último rey de España, Don Alfonso XIII, para celebrar sus bodas de plata con la corona; el monarca apenas pudo ver los proyectos y algunas cimentaciones de los primeros edificios sobre el inmenso solar de la finca «La Moncloa», de 300 hectáreas de extensión, que para tal fin había sido donada por el Estado. Continuaron las obras, que ya estaban avanzadas cuando estalló la guerra, que convirtió los terrenos de

la Universitaria y sus edificaciones en parapetos de ambos bandos contendientes. Al terminar en 1939 la guerra de Liberación nacional, la Ciudad Universitaria era un inmenso montón de cascotes y atrincheramientos. Pero a partir de ese momento fué decisión primordial y constante del Generalísimo Franco y de sus Gobiernos que en los presupuestos nacionales de los últimos quince años se consignasen cantidades considerables para llevar con ritmo acelerado la nueva edificación de la Ciudad Universitaria como obra predilecta del régimen.

Ahora, cuando la edificación de las distintas Facultades y gran número de Escuelas Especiales, así como la urbanización y repoblación forestal de todo el suelo, está a punto de su terminación, se ha levantado, como homenaje a la memoria de los iniciadores y continuadores de tan magna obra, este arco o puerta monumental, donde los terrenos de la Universitaria entran en contacto con la zona urbana del moderno Madrid.

Hemingway visita a Baroja

(Viene de la pág. 13.) y mientras el viejo maestro, enfermo, se preparaba para la entrevista, su sobrino le dijo al Premio Nobel norteamericano:

—Siéntese usted aquí, en el sillón que mi tío ha utilizado siempre para leer.

—No, no, de ninguna manera—se negó Hemingway—. Es demasiado honor para mí.

Pero luego accede, ante la insistencia de los concurrentes, y la orden conminatoria de nuestro fotógrafo.

Entramos después en el dormitorio de don Pío. Su sobrino le había anunciado que Hemingway venía a visitarle, a lo cual don Pío Baroja había contestado:

—¡Caramba!

Lo que pasó después es difícil de reconstruir y mucho más difícil de contar. El joven luchador norteamericano—todo es relativo en esta vida—le traía al viejo maestro español unas cosas.

—Es un regalo que te trae Hemingway, tío—le dice a don Pío su sobrino.

—Un obsequio—le corrige Hemingway.

Sacan las cosas de su envoltura: una botella de whisky, un jersey de lana de Cachemira, unos calcetines de lo mismo y un libro que le dedica allí mismo: «A don Pío Baroja, como homenaje de un discípulo. Ernesto Hemingway.»



MUY CERCA LES ESPERA **FRANCIA**
LES ENCANTARA POR SU BELLEZA Y SU DIVERSIDAD

CON EL
TREN
Y LOS
AUTOCARES
DE LA
SNCF

IRAN A TODAS PARTES CON TODA
COMODIDAD

REDUCCIONES DEL 20 AL 40 %. CON LOS
BILLETES TURISTICOS O DE GRUPOS

PAGO EN PESETAS
EN LAS
AGENCIAS DE VIAJES

FERROCARRILES FRANCESES
AVENIDA DE JOSE ANTONIO, 57 • MADRID • TELEFONO 47 20 20



El arco, cuya estructura interior es de hormigón, está revestido con granito de la sierra, menos los paneles escultóricos del friso superior, hechos en piedra blanca de Colmenar.

Desde la base hasta el pretil de las dos terrazas visitables, que rematan los mástiles laterales, tiene el monumento 32 metros. Sobre éstos sobresalen la estatua de Minerva sobre un carro y la cuadriga con unos seis metros, con lo que la altura total de la obra se aproxima a los 40 metros.

Fué proyectado el monumento por el arquitecto jefe del Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria, don Modesto López Otero, en el que colaboró el también arquitecto del Gabinete Técnico don Pascual Bravo.

Las esculturas han sido modeladas por los siguientes artistas: los frisos con figuras alegóricas lo han sido por el profesor de Escultura de la Escuela de San Fernando, don Moisés Huertas; la Minerva y la cuadriga son obra de Arregui. Este grupo escultó-

rico, pese a su gran tamaño, presenta la particularidad de no estar fundido en bronce, sino trabajado sobre una gruesa chapa de cobre. Las figuras angélicas, a ambos lados de la clave del Arco, han sido modeladas por Ortells.

La estructura del arco es hueca. Por los laterales ascienden escaleras de 164 peldaños y ascensores, que permitirán subir con gran comodidad hasta las terrazas visitables. Al llegar a la altura del arco, ambos servicios nos ponen en comunicación con un salón de 80 metros cuadrados situado sobre la clave del arco. Este salón, con cielo raso en forma de bóveda y apliques de mármol negro en forma de columnas, será destinado a museo visitable de la Ciudad Universitaria, donde se instalarán las maquetas de sus distintos pabellones, así como fotografías y planos que demuestren a los visitantes los distintos procesos por que atravesó la obra desde su iniciación. El coste de la obra se aproxima a los 20 millones de pesetas.

A ambos lados del arco monu-

NOTA IMPORTANTE

En nuestro número de diciembre daremos a nuestros lectores un interesante resumen gráfico y literario de los principales acontecimientos del mundo hispanoamericano durante el año que termina. Con este motivo, y en el ajuste de última hora, hemos decidido aplazar para dicha ocasión el reportaje titulado «La declaración de Panamá», que aparece anunciado en la cabecera de la portada de este mismo número.

mental se fijaron grandes lápidas de mármol blanco con inscripciones en latín, cuyos textos reproducimos. En el proyecto inicial estaba incluida una estatua ecuestre de Su Excelencia el Jefe del Estado, que sería instalada sobre un pedestal unos metros al interior en dirección a la Universitaria. Pero el Generalísimo Franco, en un noble gesto de sinceridad, obligó a los arquitectos a desistir de esta parte del monumento, ya que es decisión suya que sea la posteridad quien reconozca lo que debe a su mandato y a su régimen la reconstrucción de la que es hoy la primera Ciudad Universitaria del mundo.

Una de estas mañanas lumino-

sas del otoño madrileño hemos subido a las terrazas visitables del nuevo arco de la Moncloa. El panorama que desde allí se ofrece es de lo más bello que imaginarse puede, tanto si nos fijamos en el horizonte cercano y forestal de la Casa de Campo, las frondosas orillas del Manzanares y el Parque del Oeste, como si alzamos la mirada hacia el lejano y azul Guadarrama o volvemos la vista a este armónico conjunto de la Ciudad Universitaria, conjunto de arquitectura, paisaje y espíritu tan interesante, que estamos convencidos de que antes de pocos años éste será uno de los más visitados miradores turísticos del más bello y moderno Madrid.

La palabra, la imagen, la letra...

(Viene de la pág. 6.) Algunos críticos de España y de América seguramente alegarán que en este libro de García Prada no son todos los que están ni están todos los que son, sin que nadie se sorprenda gran cosa por ello. Ningún crítico dudará, sin embargo, sobre la calidad de los poemas seleccionados por el ilustre catedrático de la Universidad de Washington. Todos reconocerán que los juicios literarios del autor sobre los modernistas hispanoamericanos están llenos de sugerencias, bien documentados y limpiamente expuestos en esta antología oportuna, audaz e inteligente.

García Prada ha logrado con creces su propósito: «...preparar una antología con fines docentes y criterio desprevencido... sobre la cosecha más rica y brillante de vocaciones literarias que registra la Historia...»

Como si presintiera los reproches de sus colegas, García Prada reconoce «que el estudio del modernismo, para ser justo y completo, debe comprender, no sólo la obra total de los autores presentados—casi todos excelentes artistas de la palabra, así en verso como en prosa—, sino la de tantos otros, como el argentino Leopoldo Díaz, el boliviano Franz Tamayo, los mexicanos Manuel José Othón, José Juan Tablada, Francisco de Icaza, Luis G. Urbina, etc.».

En resumen, con admirable probidad, con amor, con nobleza y con talento, García Prada ha terminado un libro oportuno y ejemplar.

DIEGO GARCIA DE PAREDES, CONQUISTADOR DE AMERICA, por Ramón Urdaneta.—64 páginas. Zaragoza, 1956.

Ramón Urdaneta, literato e historiador de cuidado método, ha emprendido este estudio sobre el fabuloso personaje, para poner en claro algunas diferencias y errores que había en la obra de los distintos historiadores que se han ocupado del ilustre trujillano. Acusa otra obra paralela en marcha de un descendiente del propio conquistador—don

Miguel Muñoz San Pedro—y el autor se limita a entregarnos un trabajo «rico en conclusiones y descargado de detalles», pero que sirve de espléndida manera al entendimiento de la figura. Tanto para España como para Venezuela, como para Hispanoamérica en general, la personalidad y la aventura de Diego García de Paredes tiene un interés extraordinario. Desde ahora el fundador de Nueva Trujillo tiene, por estas páginas de Urdaneta, un camino de acercamiento de clara y cuidada veracidad.



¿POR QUE SOMOS POBRES?, por Manuela Gallardo y Gómez.—160 páginas. Pamplona, 1954.

Un ensayo lleno de sugerencias, acometido con verdadero conocimiento de los problemas que afectan a España, y que, según la autora, en su mayor grado dependen de los orígenes de educación y de la racionalización general de la cultura. Se diría que el pensamiento de Ramón y Cajal, que pedía como fórmula de elevación del país «salvar las inteligencias que se pierden en la ignorancia y los ríos que se pierden en el mar», ha estado presente en este libro, donde una limpia y eficaz intención preside sus páginas en todo momento. La autora, pedagoga meritisima, ha estudiado la cuestión a fondo desde su principio y ha comparado el estado de la cultura y de la economía españolas en relación con otros países, sacando consecuencias y lecciones de verdadero interés. Acaso la amplitud, la ambición del tema, requiriera mayor detenimiento en algunos aspectos de su trabajo; pero, con todo, el libro viene a aportar un capítulo importante en los estudios más recientes sobre educación y sobre economía, poniendo verdadera pasión y fe en sus deducciones.

PILATILLO, por el P. Coloma, y **LA CRUZ DEL DIABLO**, de G. A. Bécquer.—Colección «Ardilla». Editorial Librería Salesiana, Barcelona.

Esta editorial emprende ahora la meritisima tarea de poner al alcance de la juventud una serie de títulos que deben formar parte de su primer acervo de conocimientos. Libritos breves, de una cuidada selección, se publican en

una serie al alcance de todas las posibilidades económicas. La mención de estos dos servirá para dar noticia de la empresa. Entre el aluvión de folletos que se dirigen a los muchachos para confundir y desorientar su atención con truculencias desorbitadas y literatura de ínfima calidad, estas páginas servirán de estímulo a los que tienen a su cargo cuidar provechosamente el ocio de la juventud.

Los tres «grandes» del fútbol español

(Viene de la pág. 50.) de los tres, e igual la media, mientras los ataques de catalanes y madrileños nos parecen más eficientes y científicos que el formado por el conjunto de San Mamés, y comparando entre sí Barcelona y Madrid, éste supera a los catalanes en media y ataque.

Así está el panorama del fútbol español cuando la temporada sólo acaba de comenzar, una temporada difícil, porque en ella España necesita recuperar su prestigio; le hace falta después de nuestra eliminación por Turquía, y por ello, la no asistencia a los Campeonatos jugados en tierras de Suiza. Nuestra esperanza se halla en los valores jóvenes de clase, quienes hoy tienen mejor formación y experiencia, y también confiamos en que no se tropiece en los mismos errores donde se tropezó en los años últimos, y es preciso llevar al ánimo de todos que el fútbol es juego de conjunto y no reunión de individualidades sin cohesión.

Y nos agradaría, junto a los grandes equipos de la América española, acudir al torneo de Estocolmo; pero ello no va a ser fácil y será preciso enfocar todo con el máximo cuidado. Escocia posee un fútbol lento, pero de primerísima calidad y con gran base atlética, y los suizos son muy duros y combativos.

Y no incurramos de nuevo en la enorme equivocación de buscar valores individuales que no se complementen y que nadie piense que en fútbol la suma de buenos jugadores da el conjunto de modo matemático. Cuando se seleccionan nombres, valores teóricos, y no se piensa en la ligazón, luego viene la poco agradable sorpresa del derrumbamiento y el fracaso.

Y la afición española al fútbol ha visto en estos últimos tiempos, con la natural sorpresa, el hecho aparentemente paradójico de que mientras triunfaban los equipos de clubs, fracasaba la selección, y esto ocurrió, como hemos dicho a quien teníamos que decirlo, por ser los equipos de club el todo, un conjunto, y el once representaba lo contrario.

Si 1956-57, temporada de gran importancia, es de triunfo español y nuestro fútbol se clasifica para Estocolmo, habremos dado un gran paso hacia adelante. Los éxitos de club, como el del Madrid en la Copa de Europa y en Caracas, tienen mucho mérito, muchísimo; pero lo que cuenta de verdad es lo que hace el conjunto nacional.

PEDRO ESCARTIN

OPORTUNIDADES COMERCIALES

Enrique S. Schoon. B. San Martín, número 522. C. Correo 276. COMODORO RIVADAVIA (Rep. Argentina). Desea catálogos y precios importar de España cuchillería, cortaplumas, joyería, bisutería.

Sabino Rodríguez Gutiérrez. Av. Juárez, 233. C. Juárez, Chih. (México).—Desea contacto con fábricas exportadoras de contadores para agua, gas y electricidad. Solicito muestras.

DISCOFILIA. Revista de discos. Fernández de los Ríos, 24. Madrid (España).—Interesa intercambio con profesionales y aficionados de todo el mundo.

Se vende colección miniaturas de Delgado Meneses (s. XVII-XVIII). Para informes dirigirse a don José Sarraís. Preciados, 4, 5.º. Madrid (España).

IMPORTANTISIMO invento para la ganadería. Necesitamos agentes todas Repúblicas americanas. Trust. Apartado 6.015. Barcelona.

SOCIEDAD COMERCIAL DEL NITRATO DE CHILE. Avda. de Calvo Sotelo, 23. Madrid (España).—Consultenos sobre condiciones de exportación de productos españoles a Chile.

Estudio científico de belleza LADY CHIC. Av. de José Antonio, 55. Madrid (España).—Le ofrece no un embellecimiento pasajero, sino el producido por la salud, obtenido científicamente.

Cachorros (pastor alemán). Pedigrí oficial, pura sangre. Adolfo Coñío. Cruz, 25. Madrid (España).

General Mercantil Ibérica, S. A. Doctor Esquerdo, 58. Madrid (España).—Desea iniciar relaciones con firmas filipinas interesadas en la importación de manufacturas de madera.

EXCLUSIVAS PAVON. Calvo Sotelo, 11. Orense (España).—Cincuenta años de experiencia. Garantías a satisfacción. Se ofrece para administrar y vender bienes en España de residentes extranjeros, para colocar capitales, vigilarlos y mejorarlos. Referencias bancarias.

Correspondencia alemán por club INTERNACIONAL. Lübeck, Alemania. Elsässer Str., 5. (Coupon reponse international). Franco de porte.)

Interesa relacionarse con importantes firmas importadoras y exportadoras para representarlas en España y ser representados en las Repúblicas americanas. Dirijanse a INDUSTRIAS HERGAR. San Vicente, 94. Valencia (España).

José de Pablo Muñoz. Abogado y agente de la Propiedad Inmobiliaria. Montero, 34. Madrid (España).—Consultelo sobre compra-venta de toda clase de fincas. Garantiza una inversión segura y una renta máxima.

Las notas para insertar en esta sección deberán remitirse directamente a la Administración de MUNDU HISPANICO, Alcalá Galiano, 4, Madrid. Tarifa: 5 pesetas por palabra. Tratándose de suscriptores, bonificación del 25 %.

España, campeón de un nuevo deporte

(Viene de la pág. 53.) yando su caballete en el fondo del mar. En ocasiones ha descendido hasta profundidades de 45 metros, y ahora se dispone a traladarse a París para pintar bajo las aguas del Sena. Antes retrató gitanillos bajo el Guadalquivir, y al artista Pedro de Córdoba, bailando entre las aguas de Mallorca.

UNA VIRGEN BAJO EL MAR

A la entrada del puerto de Ciudadela (Menorca), y a una profundidad de 20 metros, existe un monumento submarino dedicado a la Virgen de Monte Toro. Patrona de aquella isla. Sobre un extenso campo de algas fué entronizada la sagrada imagen por «hombres-rana» de Mallorca y Menorca. Centenares de embarcaciones es-

coltaron a los escafandristas en la memorable ocasión. Sólo los catalanes y los napolitanos cuentan como antecedente: también en las costas de Garraf y en la bahía de San Fructuoso existen imágenes religiosas, llevadas por el hombre al fondo del mar.

Mallorca, Menorca, Ibiza y Cabrera son una tentación constante para los escafandristas. Sus abismos marítimos guardan tesoros de valor incalculable. La transparencia de sus aguas ejerce atracción irresistible sobre los amantes de la belleza presentida. Y la pasión de sus gentes marineras ha sido —tenía que ser necesariamente— contagiosa.

Existe el proyecto de construir en la isla de Cabrera la primera Escuela de Pesca Submarina.

ELISEO FEIJOO

"La curación de Tobías"

(Viene de la pág. 27.) haber visto morir en sus brazos, en un instante, a la madre de sus hijos.

GENEROSIDAD

El doctor García-Tornel, conteniendo al discurso de recepción académica de Arruga a la de Medicina y Cirugía de Barcelona, nos facilita una segunda anécdota ejemplar. Cuenta que, trabajando en otro país hispanoamericano, se negó también a percibir honorarios y aceptó tan sólo donativos, los cuales se depositaron en una caja especial. Antes de abandonar el país—no mentado por discreción—, los miles de dólares así reunidos fueron entregados a diversos establecimientos benéficos.

Su conducta causa tal impresión —dice García-Tornel—, que un gran poeta americano, en momentos en los que la miserable y calumniosa campaña antiespañola adquiría la mayor violencia, publica una poesía, de la que entre-saco estas bellísimas estrofas:

Del Dios que nada crea estéril e infecundo
y te bendijo, genio, cuando viniste al mundo.
Viénes de aquella tierra generosa y va-
liente,
que derramó sus glorias por todo el con-
tinente.
La que dió a nuestras cunas el cuento de
la abuela.
La que fundó el cimiento de la primera
escuela.
España de los sabios, patria de los ar-
tistas;
España de heroísmo, patria de las con-
quistas.
Con esa tara inmensa del linaje fecundo,
tu gloria se vincula con la gloria del mundo.
Este mundo de América, que es un mundo
cristiano,
te admira como sabio y te proclama her-
mano.

ARRUGA: ¡ESPAÑA!

No quiero abandonar al doctor García-Tornel todavía. Antes de esbozar la biografía de Arruga, quiero que nuestros lectores le conozcan a fondo. Ya saben algo de su humildad y alteza de carácter. Sepan ahora con qué sencilla elegancia ha sabido imponer el nombre de su patria en los Congresos, Asambleas y Convenciones a las que ha acudido en nombre de su país. En tales reuniones se tiene por costumbre que, en la primera sesión, los delegados se levanten para anunciar en alta voz sus apellidos y el nombre de la nación que representan.

Sé por modesta experiencia la emoción y el orgullo que produce este momento cuando se está lejos de la patria y si, por algún motivo, se sospecha que el ambiente es hostil.

Es fácil imaginar el cuadro. Están reunidos docenas de hombres de ciencia que tratan de llegar a un acuerdo sobre algún problema o sobre los términos en que debe

desarrollarse la lucha contra una determinada enfermedad. Sucesivamente van poniéndose en pie los diversos delegados. Llegado el turno, un hombre se levanta y dice en tono modesto: "Arruga." En aquel instante todas las miradas convergen en él. Son muchos los que desean contemplar en carne y hueso al sabio que sólo conocen a través de sus libros. Y a continuación, en medio de un silencio que impresiona, suena otro nombre: «España».

EL CIRCULO DEL EXITO

Hijo de médico oftalmólogo—el doctor don Eduardo Arruga—, Hermenegildo fué inclinado hacia la misma especialidad. En Barcelona, donde nació hace exactamente setenta años, la tradición tiene tanta o más fuerza que en Inglaterra. Este es el secreto a voces que explica su prosperidad.

Pero una tradición vocacional, tan hacedera en casa del fabricante, del tendero o del labrador, encuentra, a veces, inconvenientes máximos en el campo de las profesiones liberales. Y ello sin necesidad de penetrar en terrenos del estudio, donde la vocación depende, a veces, de una tara o de una monstruosidad de la naturaleza.

Pero Hermenegildo Arruga pudo hacer feliz a su padre, que le vió crecer en saber y edad a su lado. Quería estudiar y reunía holgadas condiciones para ello. Su expediente universitario no tiene, que sepamos, un solo notable. Sobresaliente es su mínima calificación. Sus notas le ponían siempre en sitial de honor.

Se doctora en 1908, y apenas conseguido el título máximo de la Universidad española, gana una pensión del Ayuntamiento barcelonés, previo concurso, y amplía el campo de su saber en Alemania y Francia. En Berlín es médico ayudante de la Konigliche Charité; en París, del Service del Hôtel-Dieu. El Instituto Pasteur le cuenta entre sus alumnos.

Y vuelve. En dos años intensísimos ha procurado ser un especialista que domina con los ojos cerrados el campo de su ciencia y que, además, conoce las otras ramas de la Medicina a fondo. Sobre todo, las especialidades clínicas y quirúrgicas, así como los últimos adelantos de prácticas de laboratorio.

Y aquí empieza su período interrumpido de maestro. De ahora en adelante sólo enseñará, se lo proponga o no.

Recién acomodado en Barcelona, tiene el honor de ser el primer español que lleva a la práctica la reacción de Wassermann, conocida por sus colegas en la teoría. Es una de las técnicas de laboratorio

que mayor trascendencia tendría en la Medicina moderna. Y empiezan a desfilar médicos por su clínica.

A partir de este momento, repetimos, Arruga va a más. Y todo basado en su personal valía, acrecentada por un esfuerzo ciertamente atlético, que le mantiene en forma física envidiable. Con esa humildad tan asombrosa que ya le conocemos, lo contaba cierta vez a una dama londinense:

«Esto del éxito no es más que un círculo vicioso. Le meten a usted en él, y luego usted no tiene más que dejarse llevar.»

En la forma y en el fondo, esta observación de Arruga no pasa de ser un elegante eufemismo. Más de cuatro mil horas, distribuidas a lo largo de varios años, y como reposo de su tarea clínica, le ha costado escribir su libro *Cirugía ocular*, del que el doctor Dukeelder, de Londres, ha dicho: «No tiene igual en ningún otro país.» Y el doctor Amsler, de Zurich: «Este libro estará siempre a la mano de aquellos que tienen responsabilidad quirúrgica por su riqueza de información y por la seguridad de su consejo.» En una crónica de Francisco Lucientes, enviada desde Nueva York, se dice que contaban los asistentes a un Congreso internacional de fama: —¡Es impresionante que España produzca estas cosas!

Y de las 150 obras que lleva publicadas, aparte de este libro fundamental, ¿qué diremos?

No; al éxito ni se llega por casualidad ni es un círculo vicioso, sino una rampa ascendente, cada vez más pina y ardua, que obliga a sudar.

CINCO CONTESTACIONES PARA UNA VIDA

Cinco preguntas hemos dirigido al señor Arruga:

—Recordando súbitamente, ¿qué momentos de su vida destacan sobre todos los demás?

—La salida de España a los diez días de iniciarse el Movimiento y el retorno, una vez terminado.

—El título de nobleza que se le ha otorgado, ¿qué recompensa?

—Creo que es una recompensa a una labor humanitaria, científica y patriótica.

—Sus hijos, ¿qué serán?

—Tengo dos hijas y un hijo. Mi hijo es oculista, y me ayuda.

—¿Qué inclinación artística siente usted?

—Soy bastante ignorante en lo que no es oftalmología. Cultivo el cine en color, sobre todo en operaciones de los ojos.

—Su tiempo, ¿cómo lo distribuye?

—Veo enfermos todas las mañanas y las tardes de tres días de la semana, y opero los otros tres. Leo y escribo de diez a doce de la noche.

PRESENCIA INTERNACIONAL

Añadamos, porque su modestia nos lo vedó al dar sus respuestas, que la mecánica le ha atraído, en razón de tener que inventar y construir sus propios instrumentos para delicadísimas operaciones de los ojos por él planteadas y resueltas.

Mil quinientas de estas operaciones llevaba efectuadas en 1952. Hoy deben aproximarse a las dos mil. Dos mil Tobías. Reyes, jefes de Estado y de Gobierno, multimillonarios, oficinistas, labradores y braceros forman el coro en su honor.

Mas su escuela, lo que su escuela significa; su escuela, que es universal, cuando accede a salir fuera de España, no descansa nunca. Y es que su fama reposa, además de en su personal valía, en el refrando más considerable

DE LUNA A LUNA

EDUCACION

Algo anda mal

Y a propósito de histeria, ¡mire usted la que se ha armado en Inglaterra y en Francia con el gracioso «rock and roll»!... ¡Nada! Que el baile menos «pensado», el baile menos baile, es el que ha puesto a pensar a todos los sociólogos y educadores de Europa. Los excesos de los mal llamados «existencialistas» no les preocuparon gran cosa. Los niños ahogados por amor, los asesinatos «como prueba del acto libre», la farsa multiforme de las «cuevas» seudosartrianas, todas esas cosillas tan espirituales de la pobre Francia, no preocuparon demasiado a los sesudos sociólogos. Pero el «rock and roll», al parecer, los ha puesto en guardia: «Algo anda mal—dicen más o menos—cuando la gente encuentra gusto en saltar de esa manera...»

Sí, señores sociólogos, algo anda mal, algo falla deplorablemente en la sesera y en el corazón de esos jóvenes monicacos, de esos «teddy-boys» (de quienes depende que «siempre haya una Inglaterra»), de esos existencialistas (futuros legatarios del genio de Francia), de esos «coca-colos» (constructores por venir de nuestra América)... Algo anda mal, algo—créalo usted, estimado lector—que sólo Dios arregla...

El culpable es «Toti»

¿Qué quiere usted que hagan esos pobres diablos sino saltar como unos condenados imaginando que bailan? No tienen fe en nada ni en nadie. Los mismos sabios, los mismos escritores, los mismos poetas que usted, estimado lector, admira y enaltece, les han demostrado a esos idiotas hasta la saciedad que la vida es una solemne porquería, que Dios no existe, que sus padres son unos imbéciles, unos burgueses abominables; que sus madres son unas prostitutas de facto o puramente potenciales; que la ley es una raya en el agua... ¿Por qué permitió usted que un Sartre, que un Gide, que un Genet, que ese o aquel mutilado espiritual, que ese hermafrodita o aquel eunuco, se apoderaran del corazón de su «monicaco» cuando éste era sólo una pedante esperanza? ¿Por qué consintió usted que en su país se promulgaran leyes inmorales? ¿Por qué se burló de las beatitudes del cura, de las «censuras fascistas» y de las Tablas de la Ley, sin proponer otras cosas mejores en cambio?

Sin remedio

Desde ahora se guardará usted muy bien de criticar a España con tanta desenvoltura como lo hizo ayer. Porque aquí el que espere bailar «ronck and roll» como en Manchester es un espeluznante bobalicón. La campaña contra el «gamberro» —como la del silencio— es una campaña implacable y eficaz.

Han pasado diez años de «bugui» y los españoles no saben bailar el «bugui». Vino el «mambo» y nadie aprendió el «mambo». Llegó el «cha-cha-chá», y todos tranquilos... ¿Y sabe usted por qué? Porque los españoles siguen creyendo que el hombre debe serlo de veras y parecerlo en todo momento.

No tienen remedio...

MYNDO
HISPANICO

que pueda recibir nunca un oftalmólogo, la Medalla Gonin, que es como la Laureada a nuestras condecoraciones militares, el Premio Nóbel para un novelista.

Mil delegados—contaba Augusto Assia, desde Londres—, representando a sesenta y cuatro países, han visto hoy cómo un médico español recibía de manos del hermano del rey Jorge VI uno de los más preciados galardones científicos que existen en el mundo. El duque de Gloucester le impuso la Medalla Gonin al oculista barcelonés doctor Arruga en la inauguración del Congreso Oftalmológico Mundial, abierto aquí esta mañana. La personalidad del sabio oculista español ha dominado no sólo la sesión inaugural, sino la primera sesión científica del Congreso. Esta última tuvo lugar por la tarde, y comenzó con la lectura de una comunicación del doctor Arruga sobre el desprendimiento de la retina.

Hace cuatro días el doctor Arruga fué objeto de la más alta distinción que la Gran Bretaña puede dispensar a un cirujano al entregarle el duque de Edimburgo el título de "Honorary fellow", del Real Colegio de Cirujanos de Escocia.

Fundado hace trescientos años, el Real Colegio de Cirujanos escocés no es sólo la más antigua institución en su género, sino la más ilustre que existe en Gran Bretaña. Avara de sus honores, sólo los distribuye con la mayor parsimonia y ante los más esclarecidos méritos. El doctor Arruga es el primer español que en estos trescientos años ha atraído la atención de los cirujanos escoceses.

La crónica de Assia terminada, sólo nos queda añadir a nosotros unas palabras sobre el valor real del Gonin. Está fundado por la Universidad de Lausanne en memoria del sabio que tuvo aquel nombre, y es concedido cada cinco años al oculista que más se haya distinguido en dicho período. Lo concede el Consejo Oftalmológico Mundial, que está compuesto por doce miembros, cada cual de un país distinto, los cuales eligen por el procedimiento de la votación secreta.

El profesor Vogt, de Berlín, y el también profesor Ballard, de París, son los únicos que comparten con nuestro compatriota semejante honor.

MARTI SANCHO

El milagro del agua y de la piedra

(Viene de la pág. 18.) formas originales, son como un juego de la imaginación. Cada nombre está avalado por un recuerdo, a veces presidido por el sentimiento, a veces pura abstracción o licencia poética. «Baños de Diana», «Lago de los Espejos», «Vergel», la «Caprichosa», la «Trinidad», «Cascada de los Fresnos», «Gruta del Artista», y, regentándolo todo, casi bastándose a sí misma para justificar la belleza del paraje, la «Cola de Caballo», oquedad de piedra por donde se precipita el agua desde una altura de cincuenta metros. Bulle el agua, salta, se despeña ante el pasmo del visitante, prendido por el espectáculo alucinante y arrullado por la majestuosa serenidad del bosque. Y como broche de plata—escamas de plata en la liviana y escurridiza presencia de los peces—, un establecimiento oficial de piscicultura, considerado como uno de los más importantes de España.

A 18 kilómetros de Alhama de Aragón se encuentra este remanente que la naturaleza ofrece al hombre. Hombre y naturaleza, sople de Dios. La mano del hombre no podía estar ausente en esta espléndida manifestación natural. Cobijado por la piedra, el agua y el bosque, se alza un monasterio—Monasterio de Piedra—, huella imperecedera de la Historia. De 1195 data su construcción. Hoy sirve de hospedería para quienes visitan el lugar; ayer fué recoleto convento de monjes, que diariamente elevarían sus preces al cielo en acción de gracias por tan generoso regalo. El estilo del monasterio es diverso, porque el arte ha ido dejando a su paso sus muestras varias. Románico, gótico, ca-

da expresión se manifiesta para alternar con la naturaleza en un duelo de belleza. Fundado a finales del siglo XII por monjes procedentes del monasterio de Poblet, bajo el patrocinio del rey Alfonso II de Aragón, el recinto ha vivido las vicisitudes de la Historia. Esplendor y decadencia, lugar preferido unas veces y otras olvidado; alternativas que tuvieron su fin en un despiadado asalto de las tropas napoleónicas en el siglo pasado y en los repetidos envites de la chusma revolucionaria en la misma centuria, que lo redujeron, como tantas otras riquezas artísticas de España, a una forzosa pasividad. La ruina más absoluta se hubiese adueñado del monasterio de no ser convertido en hotel u hospedería, que, conservando su estructura típica, le ha devuelto la prestancia conveniente. Tornadas las celdas conventuales en habitaciones confortables, instalados todos los avances de la civilización, es hoy un lugar delicioso, donde el turismo nacional y extranjero reposa de la barahunda de nuestro ajetreado siglo.

De la antigua construcción se conserva una hermosa e importante parte. Aun se alza altiva la Torre del Homenaje y resisten los claustros y la magnífica escalera principal, que se despliega en dos anchos ramales, sostenida por arcos y cobijada por una bóveda de crucería. Obra de piedra que ni el tiempo ni la labor destructiva de los hombres han sido capaces de abatir. Recuerdo que la Historia guarda para solaz de las presentes generaciones.

Milagro del agua y de la piedra, naturaleza y hombre, en una bella conjunción. Eso es este Monasterio.

Norteamérica hace su cine en España

(Viene de la pág. 47.) en medio centenar de camiones y automóviles.

Fueron voladas las murallas de Avila—no las auténticas, claro—en el fragor de una batalla que asustaba más que la guerra misma, y en la que participaron 5.000 hombres. En ocasiones, Kramer ha dirigido las operaciones desde la cabina de un autogiro en evolución sobre el escenario de rodaje.

Y como reclamo comercial, tres

grandes figuras de la pantalla de hoy en los principales papeles: Sofia Loren, Gary Grant y Frank Sinatra.

En fórmula opuesta a la de Kramer y Rossen, el productor de la televisión norteamericana Martin Gosch se encierra en Sevilla Films con un reducido grupo de técnicos e intérpretes españoles a sus órdenes y busca una endiablada velocidad para el rodaje. Aquí no importa la prepara-

ción; se trata de realizar un total de 26 películas cortas, episódicas, que servirán para alimentar los canales de la TV. Todas giran bajo un mismo título y tema: *Aventuras de un americano en España*. Después, cada tres de estas cintas constituirán una película de largo metraje para su proyección en los cines comerciales. Con la misma inversión, doble objetivo cubierto: cine y televisión. Para Martin Gosch, la televisión resulta un negocio más productivo que el de las salas oscuras; pero conjugando los dos mercados—con fórmula tan sencilla—, los resultados económicos son inmejorables.

Sabia fórmula la de este productor, que afirma haber conseguido en nuestro país—donde se construyen los mejores decorados del mundo—una calidad superior a la de Hollywood, y que está encantado de la habilidad y disciplina de nuestros operarios.

Y más películas aún para la televisión. Unas series sobre *Los quince misterios del Santo Rosario*, destinadas al Teatro de Familia, del padre Peyton, un animoso sacerdote de origen irlandés, muy popular en los Estados Unidos. Esta organización, que invierte sus 15 ó 20 millones de pesetas, administra celosamente el dinero. Los 10.000 «extras», de físico apropiado para representar a las multitudes que arrastraba Jesús, perciben el salario previsto en la legislación. Y se han limitado a soñar con las 300 pesetas que asignaba Kramer, por persona y día, a los figurantes de *Orgullo y pasión*.

Estas series, filmadas en Eastman-color, irán agrupadas de cinco en cinco para su presentación en los cines comerciales.

También es frecuente ver por tierras españolas a los equipos de rodaje europeos y americanos, que buscan los más bellos escenarios como fondo de algunos episodios para sus películas en color. En las islas Canarias se han filmado últimamente varias escenas de la producción de John Huston, en Technicolor, *Moby Dick*. Una película que ha consumido tres años de

tiempo y cinco millones de dólares en presupuesto. Las escenas de alta mar fueron rodadas en las costas de Irlanda, en una navegación de 50 millas por día y un total de cerca de 3.000 millas. El equipo de Huston hubo de llegar al siguiente acuerdo con los balleneros irlandeses: por cada ballena cuya caza se malograba a consecuencia del rodaje se pagaría su importe a precio de mercado. Al final, el productor hubo de satisfacer el valor de cuatro ballenas, a 1.250 dólares por unidad.

Moby Dick reúne en su reparto a Gregory Peck, Richard Basehart, Leo Genn, Orson Welles y otros actores importantes. Las revistas del mundo entero reproducen escenas de esta producción gigantesca de John Huston (el realizador de *Moulin Rouge*, *La jungla de asfalto* y *La reina de África*), una parte de la cual fué filmada en los bellos parajes marítimos de nuestras Islas Afortunadas.

* * *

Hoy por hoy, los estudios españoles disponen de capacidad para dedicarse a estas producciones U. S. A. y atender a las nacionales. El dinero corre con liberalidad, y grandes sectores profesionales se ven favorablemente afectados. Pero hay dos peligros, si la corriente sigue en aumento: que los productores locales no encuentren *plató*s para sus modestas películas—simples enanos ante la posibilidad financiera de un Rossen o un Kramer—o que la inflación del dólar-peseta deje una estela en el trabajador español, a quien ya comienza a molestarle el sueldo que quieren satisfacerle, razonablemente, en los centros locales de contratación cinematográfica.

* * *

Entretanto, los magnates de Hollywood meditan sobre el feliz resultado económico obtenido por Robert Rossen y Stanley Kramer o, en otro orden, por Martin Gosch. No tardaremos, por tanto, en recibir más visitas...

ANTONIO CUEVAS

NAVIERA AZNAR SOCIEDAD ANONIMA

IBAÑEZ DE BILBAO, 2 :: BILBAO

Dirección telegráfica: AZNARES, Bilbao - Teléf. 16920

Apartado núm. 13

LINEA DE CABOTAJE

Servicio regular semanal entre los puertos de Bilbao, Barcelona, escalas intermedias y regreso.

LINEA DE CENTROAMERICA

Con salidas mensuales desde España a los puertos de San Juan de Puerto Rico, La Guaira, Curaçao, Barranquilla, La Habana y Veracruz.

LINEA DE NORTEAMERICA

Con escalas en Filadelfia y Nueva York.

LINEA DE SUDAMERICA

Salidas regulares mensuales desde Bilbao, Gijón, Vigo y Lisboa, con destino a Montevideo y Buenos Aires.

TODOS LOS BUQUES DESTINADOS A ESTOS SERVICIOS ADMITEN PASAJEROS Y CARGA GENERAL

☆

PARA INFORMES SOBRE PASAJE Y ADMISION DE CARGA, DIRIGIRSE A LAS OFICINAS:

NAVIERA AZNAR, S. A.: Ibañez de Bilbao, 2, BILBAO
LINEAS MARITIMAS: Plaza de Cánovas, 6 (bajos Hotel Palace) - Teléf. 21 30 67 - MADRID

POR DOS COSAS

Emilio Ortiz Ramírez se reveló como un interesantísimo narrador en las páginas de esta novela corta, que puede considerarse como un verdadero modelo en su género. Galardonada con el accésit del Premio Café Gijón, instituido en Madrid, su publicación constituyó un acontecimiento. El estilo directo, de un raro encanto expresivo, con una fuerza lírica y evocadora sorprendente, ha hecho de este breve relato una pieza maestra. Emilio Ortiz Ramírez sigue con fortuna cultivando la novela. Otros títulos tiene ya en su haber este finísimo escritor, que, sin precocidades, en la madurez de su vida, apareció en el panorama de las letras españolas con esta novela, «Por dos cosas», que hoy ofrecemos íntegramente a nuestros lectores.

NOVELA CORTA

POR

EMILIO ORTIZ RAMIREZ

Por dos cosas el hombre trabaja: la primera
Por haber mantención. La otra cosa era
Por haber juntamiento con fembra placentera.

ARCIPRESTE DE HITA

1

OTRA vez al camino. A rodar, a rodar por esas carreteras de Dios. Antes, en los buenos tiempos, los peregrinos, los vagabundos, hollaban con sus pies, apenas protegidos por las sandalias, el polvo sagrado de los caminos. Ahora se los magullarían lastimosamente con el adoquinado, se los abrasarían con el alquitrán de nuestras carreteras. A rodar, a rodar, pues. El efecto, después de todo, es el mismo. Respirar el aire puro de los campos, aprovechar hasta el último momento los rayos del sol que se esconde por el lejano horizonte. A rodar por esos caminos, eso sí, después de haber consultado el mapa y establecido el itinerario. Ya no se puede ir a la ventura. Hay que saber dónde se terminan las jornadas, en sitio en donde se pueda encontrar posada. Ahora no le dan a uno tan fácilmente albergue ni está seguro de poder reparar las fuerzas como no sea pagándoselo a un profesional. Aquello del pan y la sal, y del cuenco de leche, al peregrino, pasó a la historia. Hay que llevar la documentación en regla, hay que demostrar que se va a algo definido, a hacer un seguro sobre los cerdos o a vender calcetines. De todos modos, a rodar, a rodar; al camino, otra vez al camino. A respirar a pleno pulmón, a dejar atrás a los árboles de la ruta, a hacer ladrar a los perros pueblerinos. Puesto que la primavera ha llegado, otra vez al camino, pidiéndole a la Providencia no prodigue sus pinchazos a nuestro caballo de acero.

Todavía la primavera podrá gastar alguna broma pesada; pero dejarse atemorizar por ello sería tanto como no embarcarse por miedo a la mar. Con tal de salir de esa fermentada cocina... ¿Quién sino el diablo, en colaboración con mi paisano Felipe, me habrá podido inducir a meterme a pasar el invierno en una cocina? ¿Una cocina para el invierno? El ideal, dirían algunos. Sí, no cabe duda. Una buena cocina de leños chisporroteantes, donde, después de sacudir la nieve, se sienta uno al amor de su lumbre a terminar de secarse mientras se va haciendo la cena, oyendo las consejas de los viejos, es un placer de dioses. Pero la cocina de un gran hotel es una buena anticipación de alguna de las secciones del infierno,

o de un laboratorio donde hagan esos gases asfixiantes que con tanta gana de emplear se han quedado algunos en la última guerra. Y todavía, para el que sea cocinero de profesión y le tenga afición al guisoteo... Pero ¿es que hay cocineros de verdad en un gran hotel? Aparte el jefe, ese gran señor de la tripa y las sortijas, no hay allí ninguno al que se le pueda llamar propiamente cocinero, que pueda organizar y guisarse él solito una comida de cabo a rabo, como hace cualquier marmota o cualquier ama de casa. Allí nadie es más que una pieza de una máquina. Si el bueno de Sebastián se casa algún día, y su mujercita se ha dejado conquistar por la profesión, pensando que tiene resuelto el problema de la cocina, está apanada: patatas fritas para comer, patatas fritas para cenar, y para desayuno, las que hayan sobrado de la noche. Y yo, con mi mayonesa... Veinte litros, veinte, y ochenta yemas, ochenta; ¿lo oís, amas de casa, que el día que queréis obsequiar a vuestro marido vertéis una yema en un tazón, y dale que le das con la cuchara de palo, y si no se os corta por estar en mala fecha, le añadís luego una clara bien batida? Pues sí, señoras amas de casa; eso me he estado yo haciendo todos los días, uno tras otro, durante seis meses, menos los miércoles que caben en seis meses. Claro que con aquella endiablada máquina, si no me lo hubiesen asegurado, lo mismo podía creer que estaba haciendo mayonesa que contribuyendo a la confección de la bomba de hidrógeno.

Y después de esto, ¿no va uno a tener ganas de echarse a rodar por esos pueblos? A lo mejor no encuentra uno qué comer; pero si lo encuentra y le dicen a uno que son magras, ya puede asegurar con la mano puesta en el corazón que son magras y que su propietario andaba hozando hace unos meses por el encinar vecino. En cambio, aquellas cosas... Lo bueno que tiene la permanencia de seis meses en la cocina de un gran hotel es que le hace a uno perder un poco la envidia por los poderosos de la tierra. No del todo, en verdad, pues les quedan otras cosas...

En fin, que ya me estoy requemando por dejar la banqueta del tren eléctrico y rescatar—a ver: ¿habré perdido el talón? ¡ah, no!—mi burra, y atar bajo el sillín mi muestrario de perfumería,

perfumería fina, y de alpargatas, y colocarme en la cabeza el sombrero-muestra de cubrecabezas para segadores, y lanzarme a la lucha con esos marrajos tenderos de pueblo, tan fáciles de camelar, después de todo.

Abril, y mayo, y parte de junio, de darle a los pedales, de sudar en las cuestas arriba los días de calma chicha y sol aplanador; de calarse con los chubascos que no caben en un barril, y de regatear con esos honrados comerciantes; de dormir entre sábanas que vaya usted a saber quién utilizó ayer, pero que como le juran a usted por sus muertos que se las ponen limpias y virginales... Si se fuera a reparar en pelillos, y mirar y remirar dónde se acuesta uno, y qué es lo que come uno, aunque sea en un «Ritz» o en un «Carlton»... Pasar lo que haya que pasar, sin pensar ni profundizar en nada, y después, allá para San Juan, o para las vísperas de San Juan, caer como llovido del cielo por «Los Negrillos». Milagro será que para esa fecha no necesiten allí de los brazos de un hombre, y de un hombre conocido, que ya el año pasado dió lo suyo, y no se llevó nada de lo que no era suyo. Y si necesitan, y le acogen a uno, que no pueden por menos de acogerle, quedarme allí para mientras duren las faenas, aunque al principio me parezca que me voy a desrriñonar por falta de entrenamiento. Y encontrar allí al señor Ramón y a la señora Matilde, tan campechanotes, tan buenas personas—si en lugar de colonos fueran propietarios, ¡qué grandes señores serían!—; y a la abuelilla, y a los pequeñajos, y a Marianete, y al «Socarrao», y al bueno del señor Federo, el inventor del tute de sotas, invento, como todos, mal comprendido y acogido con cierta rechifla—¡qué partidas aquellas!—, pero que acabará por imponerse, como todas las cosas grandes; y..., ¡qué porras! ¿por qué no confesármelo? Sí, a ver por quién voy más que por nadie: y encontrar allí a Eulalia. Sin ella, la granja no dejaría de ser una buena granja, pero como todas las buenas granjas. También hay granjas malas. Claro que una mala granja es siempre preferible a una buena cocina de hotel. Una buena granja, y con ella... Aunque no se la vea más que cuando nos lleva la comida, cuando damos las buenas noches a la familia para irnos a acostar, cuando los do-

mingos, toda peripuesta, pero no por eso más guapa, baja a misa con su madre. Si a eso se añade algún encuentro inesperado, o cuando se le lleva algún nido caído con tres jilguerillos pelechando, y se le oyen sus exclamaciones de ternura y, a la vez que se le oyen, se le ven sus dientes entre aquellos labios tan frescos, y humedecerse sus ojos de terciopelo; o cuando, después de haberse dado una carrera para avisarnos de que su padre nos llama, se le ve levantarse el pecho debajo de su bata rameada, y se contempla el blancor tostado de su escote... A ver si no merece esto la pena de dejar ese asadero de cocina, primero, y de arrinconar después los muestrarios por todo el verano.

Corre, corre, trenecito eléctrico; aléjame de la gran urbe, llévame hasta el límite de su radio de atracción. Aquí no podría vender por valor de un pitillo. Y además correría el peligro de que el monstruo, en una de sus bocanadas, me reabsorbiera. Corre y llévame hasta esa zona pueblerina. Hasta allí también alcanzan sus garras, y arrastran a muchos de sus desgraciados habitantes; pero es que éstos no conocen al monstruo como le conozco yo; toman por brillo de estrellas el maléfico centelleo de sus ojos, se dejan deslumbrar por el fulgor de sus escamas. Y así termina por engullírselos.

2

«PERO ésa no es mi bicicleta. Sí, ya lo veo, el número del talloncillo coincide. Pero ésa no es mi bicicleta. ¿Que vendrá en el otro tren? ¿Dentro de tres horas? Pues sí que estamos aviados.»

Los adelantos de la civilización son una maravilla. No se puede negar. Ahora, a condición de que funcionen bien. Esto de haberme traído hasta aquí el tren en una hora, está bastante bien. Pero ha bastado esa pequeña confusión del factor para que una hora se convirtiera en cuatro, o sea, lo que hubiera tardado haciendo el recorrido en bicicleta. En bicicleta, que también es uno de esos adelantos, aunque más inofensivo. Y si la confusión no se deshace hasta mañana, vendré a haber tardado lo mismo que haciéndolo a pie. Y eso que todas estas cosas tienen muy poca importancia, y además se trata de adelantos ya pasados de

moda. El día, que no tardará, en que todo funcione por medio de esa energía atómica, que el diablo me lleve si puedo comprender lo que es, con que se distraiga un momento un manipulador, o se le caiga una chispa de la colilla en el aparato, nos vamos todos a hacer gárgaras. Lo que, después de todo, no estaría mal traído. Aunque no. Todavía se puede vivir en este mundo. En este mundo, en donde se puede uno emborrachar de este aire serrano y recrear la vista con la contemplación de estos pinos—¿hasta dónde llegarán los pinos?—; en donde... «¡Otra caña, cantinero!» Y en donde hay mujeres como Eulalia. Eulalia. ¿Por qué ella, precisamente? ¿Es que no hay más mujeres que ella? Las hay, ya lo creo. Y hasta más deslumbradoras. Como aquella que me encontraba por las mañanas... Como aquellas vecinas... Pero no. Parece que no inspiran confianza; más picardeadas, desde luego; y, además, podrán estar sanas, no lo niego; pero no es esa salud, esa vida... ¡Le irán a decir a un perfumista, como yo, de dónde salen aquellos colores! Y, sobre todo, y por lo que sea, que ninguna voz de mujer me hace el efecto que la suya, que ninguna mano me electrizaría como la de ella al despedirnos..., que ninguna boca me parece tan apetecible. ¿Qué demonios echarán en esta cerveza?

Hora y media todavía hasta que llegue ese condenado tren. Menos mal si la trae. Y en este caso, aun me queda tiempo para hacer dos o tres visitas. A ver si después de subir la cuesta me quedan energías para entrar alborotando en la tienda de «El Portugués» y saltándome el mostrador a la torera. Si no, no hay quien le venda. ¡Qué cosas! A estos comerciantes tan interesados, que le cuentan los pelos a un gato, se les conquista a lo mejor con la cosa más tonta. Como al dueño de «La Esmeralda». Con llevar la conversación hábilmente hasta hacerse contar por él sus heroicidades de Marruecos, el negocio está hecho. ¿Qué es lo que mueve a los hombres? Los animales luchan por el alimento y por la hembra. Los hombres, en principio, también. Pero resulta que, como esto es relativamente fácil conseguirlo, si no se mira demasiado lo que se come y se contenta uno con una estropajosa, la lucha queda reducida a los que aspiran a la calidad—que, por otra parte, suelen ser los que están en mejores condiciones de luchar—, y esos no son muchos. Y una gran parte de ellos se sale con la suya, a pesar de lo cual siguen luchando. ¿Por qué? Como aquel señorón del hotel—«almuerzo especial para dos al 74»—. Ostras, caviar, jamón cocido, pular, salmón ahumado—éste no quería saber nada de los guisotes—, se le llevaba. Y bien sabe Dios si le acompañaban señoras de buen ver en sus frugales colaciones en la intimidad. Y también se sabe en los cielos, y aquí abajo, cómo este hombre traía en danza a telefonistas y recaderos, y dos «hai-gas» turnándose constantemente en espera de adónde le petase ir señor. O sea, que seguía luchando. ¿Para qué? ¿Es que quería tener señoras de repuesto para el resto de sus días y viveres para dos mil años? No lo creo. La avaricia puede ser una explicación. Pero incompleta. El amontonar tesoros entra por mucho en los afanes de los hombres; pero yo, por lo que voy viendo, creo que a esta pasión le puede la del «Yo soy más que tú» en riquezas o en aplausos, en mandar gente o en pintar monas, en dar jaque mate o puñetazos en la jeta de un semejante... Claro que el sobresalir en algo, ser campeón, trae por añadidura la riqueza; pero también es verdad que la

riqueza lleva consigo el vestir más ostentosamente, el hacerse admirar por el lujo de unos coches que le llevan a uno velozmente a donde, a lo mejor, no tiene ninguna prisa en llegar; ser más que los demás, en una palabra. Y yo, que me contentaría con un modesto pasar, como fuera, vendiendo perfumes o escardando cebollinos, pero con ella... Ahí está el tren ya.

3

La ventaja de conocer la ruta es que cuando sabe uno por experiencia que en las seis leguas que separan el pueblo de donde salió por la mañana del que le acogerá por la noche no hay más que cuatro miserables ventorros, donde no le van a comprar ni una alpargata solitaria para un cojo y donde maldito lo que le van a ofrecer para darle al diente, se compra antes de salir un buen tasajo de carne, un pan y cuarto de kilo de queso, hace llenar la bota de lo de la tierra, y a rodar. Y al pasar por los ventorros, mirar para el otro lado, como si estuviera muy interesado en la contemplación del paisaje, que sí que lo suele estar, pues siempre se saca algún placer de mirar a la tierra, aunque sea tan desnuda como esta paramera. Y cuando, sin necesidad de tomarse un *gin-fizz*, el pedaleo le ha abierto a uno el apetito, se apea de la máquina y, con mucho mi-



mo, para que a esta prenda de su corazón no se le parta un radio, la hace saltar la cuneta con todo el atalaje y la deja apoyada blandamente contra unas matas. Y luego, a desmochar carrascas, que es la vegetación que el buen Dios puso por aquí para dar sombra a los lagartos. Y con las carrascas se hace una hoguera, una buena hoguera en la que recalentar una piedra bien lisa, de las que por aquí, que llueva o que no llueva, ningún año se pierde la cosecha. Y cuando la piedra está como para sentar en ella a quien yo me sé, no se sienta a nadie, sino que se pone sobre ella la chicha, con un poco de aceite, ajo y sal, y a contemplar las musarañas. La piedra se encarga de hacerlo todo, sin ponerse mandil ni gorro blanco. Le basta para darle el punto al solomillo con ir expulsando de su cuerpo, con la velocidad que su naturaleza le permite, el calor que le ha metido uno por las bravas, y que para nada le hace falta. Y me río yo de los «chateaubriands» que salían de nuestra cocina.

Cuando la venta, en las primeras encaramuzas, no va pintando mal; cuando el aire, todavía fresco, empieza a traer olores de campo en vez de menudos copos de cellisca; cuando, al contar los días que faltan para la realización de una esperanza, se comprueba que queda uno menos; cuando se tiene, además, un apetito de veinticinco años y a la mano unos manjares como éstos, no se les hace ascos. Más bien hay que andar con cui-

dado para poder dejar un poco de pan y queso para la merienda y no estrujar la bota tanto que no vaya a quedar con qué remojarse el gaznate a media tarde. Y una siestecilla después, abrigándose el bandullo con la trinchera, para que no se vaya a estropear una digestión tan bien comenzada. Una siestecilla entre sol y sombra, cuando no hace frío ni calor, y sobre estas piedras musgosas..., ¡qué bien sienta...!

4

¡Eh, posadero! ¿Hay posada para un hombre de bien?

—¿Qué se le ofrece?—contestan desde dentro.

—Pues ya lo está usted oyendo. ¡A ver si es que no va a haber posada para mí! ¿O es que ya no se me conoce en esta casa?

Pues es verdad, ya no se me conoce. Por lo menos, este tío de la cara de vinagre no me conoce, ni yo a él, ni maldita la falta que me hacía conocerle. Pero es el posadero, a juzgar por cómo me admite, y dispone, y me indica el sitio en donde he de dejar la «bici» y los bártulos.

La moza sí que me reconoce. Y, a retazos, en voz baja, cuando subimos a que me enseñe el cuarto, y mientras me va sirviendo la cena, me cuenta la historia. El señor Francisco murió, por los cálculos, a los pocos días de los dos

dable, y sin adulación, sin rebajarse a nadie. Y siempre en su sitio. Hacía la tertulia a sus huéspedes, sin desatender su trabajo y sin pasarse nunca de la raya. Divertida su conversación y jamás pesada. ¡Con qué gracia nos contaba lo de la enfermedad del «tío Mancuerna», el pastor de la Sierra que no se había lavado nunca! Y que un día cayó malo, con una fiebre abrasadora, que nadie supo de dónde le vino, y bajó el zagal a llamar al médico. El señor Francisco subió acompañando a don Plácido, por lo que pudiera pasarle en el camino y para lo que fuera menester. Y encontraron allá arriba al «tío Mancuerna» ardiendo en el chozo. «Cúreme usted, don Plácido; cúreme por lo que más quiera, que me abra-so. Que yo pagarle no le podré pagar, porque soy un pobre; pero si me cura, la mejor oveja del ható para usted será.» Y le curó don Plácido. Le dió unas pastillas de no sé qué, que le dejaron como nuevo. Y así quedó la cosa. Hasta que un día bajó el «tío Mancuerna» a comprar unos metros de yesca para el chisquero y entró a tomar un vaso en la posada. Y allí encontró a don Plácido, que venía a ver el lumbago de la señora Josefa.

—¿Qué hay de aquella oveja, «tío Mancuerna»?—le espetó el médico.

—¿Qué oveja?

—La que me prometió usted si le curaba, cuando estuvo malo.

—¡Huuyy!—contestó el socarrón—. ¡Con la calentura se dicen tantas tontunas...!

¡De qué buena gana se reía el señor Francisco recordándolo! Su risa no será ahora tan jovial, aunque quizá más comprensiva, y un tanto amarga, cuando desde el otro mundo contemple a su mujer con el otro, y al comprobar que todas las promesas, todos los juramentos que seguramente le haría—¡cómo parecía que se miraba ella en sus ojos!—no eran más que tontunas de la calentura.

Así es el mundo. Y así son las mujeres. Claro que, llegado el caso, los hombres tampoco solemos portarnos mejor. Y si las mujeres son así, ¿merecerá la pena poner en ellas tanta ilusión? ¡Ah!, pero ella no será así...

Y me voy sin haber visto la cara a la señora Josefa.

5

VERDE, verde, todo verde. Quedaron atrás el ocre y el gris de la meseta. Los aguaceros racheados que por allí pasaron, sacudiéndome de hostigo, venían hacia acá para regar abundantemente estos valles. Las cumbres blanqueadas se han dejado enternecer por las zalamerías del sol y, con parsimonia, primero una lagrimilla suelta, después un llanto algo más copioso, por fin a chorro continuo, van llorando comprensivamente su tesoro; saben que otros lo aprovecharán y que ellas no lo pierden; no tendrán más que esperar unos meses y ya se lo devolverán las nubes cenicientas. Y verdean y florecen las riberas.

Los chopos de la carretera, tan formalotes siempre, no han querido, como de costumbre, faltar a la consigna—ellos no son como esos orgullosos de pinos, indiferentes a las estaciones—, y se han puesto con empeño a convertir los primeros brotes tímidos en unas señoras hojas, hechas y derechos, conscientes de su misión de ofrecer un poco de sombra a los modernos caminantes en dos ruedas.

Si la Naturaleza se muestra alegre, ¿por qué no lo voy a estar yo? Y así, tras una copla, otra. Aunque lo haga tan mal como lo

hago. Ventajillas del oficio, de andar solo por donde no se va a molestar a nadie ni nadie se va a reír de uno. Y ahora, por fandanguillos.

Cuando pienso en la cocina... A estas horas estaría yo dándole a la máquina una vuelta, y otra, y otra—«¿Cómo va esa mayonesa? Que se van a empezar a servir los almuerzos»—. Y dale, dale, para engrasarles el papo a esos señores y a esas señoras, que maldito si han de saber ni de preocuparse de si uno ha estado allí sudando la gota gorda para que ellos se regalen el paladar. Claro es que ahora también le voy dando, y de duro, a los pedales. La cuestecita se las trae; aquí no hay quien cante. Sí, pero voy a lo mío: «Mire usted qué alpargata. ¡A ver quién le ofrece a usted hoy una alpargata como ésta y por este precio! ¡A tres colores y con este bordado! Las veraneantes se las van a quitar de las manos.» Y luego el otro cuento: «La última palabra de la cosmética americana: el esmalte de uñas que resiste a las coladas y a los fregados de pisos. Y el lápiz de labios garantizado. No mancha ni deja huella. Un servidor se ofrece gratuitamente a que lo prueben en él todas las mocitas del pueblo... Sí, señor, las feas también...» si no lo son mucho...» Esto es vivir.

Aunque a veces la cosa se tuerza, como ayer. ¡Vaya un día perro el de ayer! Pero no por todos los pueblos va a haber pasado ya otro u otros. Centenares debían de haber pasado por allí y haberles dejado surtidos para veinte años. ¡Qué caras más displicentes las de aquellos tenderos! ¡Mira que ni estrenarme!

Aquel sube la cuesta peor que yo. Siempre es bueno tener quien le marque a uno el tren. ¡Hala, hala!, unos pedalazos más y le pego en tromba.

«¿Eh? ¿Pinchazo? Sí, esa rueda va en el suelo. ¿Y no tienes para ponerle parche? ¡Ah!, mucha prisa, ¿eh?»

El muchacho va a buscar penicilina. Su abuelo se está muriendo de pulmonía. Si no hubiera habido penicilina, ¡angelitos al cielo! Pero, habiéndola, no será yo quien cargue con la muerte de un abuelo que, aunque ya habrá visto de todo lo que hay que ver en este mundo, aun querrá ver más. Le cambio la máquina—a ver si con la prisa, y no conociéndola, me la estampana por un barranco—y me quedo en la cuneta echándole un remiendo a la matadura de su corcel.

Ya es bueno que la penicilina vaya llegando a los pueblos. A ver si les llegan otras cosas, como yo hago que les vayan llegando los perfumes y las cremas, y la gente se va quedando quietecita en su sitio. Porque las ciudades, sin los paletos que se les vienen en manadas, no podrían adquirir esas proporciones tan monstruosas. Se podrían poner en los pueblos unos ferrocarriles subterráneos en miniatura, en los que viajara la gente bien apretadita, y muchos anuncios luminosos—cuando haya corriente—, y hacerles vivir bien amontonados y procurarles por cualquier medio el respirar el aire anrrecido de las fábricas o de las cocinas de hotel, que es todo lo que viene a sacar en limpio un campesino que se traslada a una ciudad. Claro que también van al cine, y se cuenta de alguno que, después de trabajar treinta años, puso una tienda y se hizo rico. También es verdad que alguien se aprovecha de esta invasión de las ciudades por los del campo. Jornales más baratos... A esto podíamos responder los que estamos hartos de cemento y de asfalto marchándonos al campo. Yo ya lo hago siempre que puedo. Pero por tem-

porada. No hay jornales todo el año. Y cuando los hay... ¡Si tuviera siquiera un pedazo de tierra...! En fin, yo no voy a arreglar el mundo. Bastante hago con arreglar esta bicicleta, que no es mía. Pero que sigan, que sigan dejando unos los terrones por los adoquines y otros beneficiándose de ello, y al final vamos a comer todos aleluyas.

6

EU-LA-LIA. Eu-la-lia. Eu-la-lia. De repetir su nombre no sacaré nada; pero haciéndolo me parece que la tengo más cerca, delante del guía. Y me da fuerzas para darle a los pedales. Todo vendrá por sus pasos contados. Presentarme antes sería inútil. Ahora todavía no hay trabajo allí para mí. Y como no voy precisamente a pedir su mano... Pedir su mano, y su boca, y sus ojos, y... todo lo pediría yo, y todo lo daría yo por ella. ¿Y por qué no? Vamos a ver, reflexiona. ¿Quién eres tú? Ya lo sé: nadie. Por ahora. Pero tengo mi alma en mi almario y puedo hacer lo que haga otro. Pues hazlo. Sí, ya lo haré, ya lo haré. ¿Qué será lo que yo haga, lo que yo pueda hacer? Son dos años, dos años mal contados, desde que salí del servicio. ¿Y qué puede hacer en dos años escasos un hombre que sale del servicio y no tiene medios, ni ningún arrimo, ni...? No lo sé. Pero el caso es que todavía no puedo pedírsela a sus padres y llevármela, no sé adónde, pero llevármela, para mí, para mí...

Bueno. Pero, por lo menos, allí la veré y la oiré. Y el verla y el escucharla ya es para mí media vida. Y si el año pasado no le caí mal—de eso estoy seguro—, este año ya procuraré no caerle peor, y ella se irá acostumbrando a mí y en mí pensará alguna vez; y así, cuando llegue de sopetón con los papeles debajo del brazo, no le cogerá de sorpresa... ¡Cuándo será ello! Tiene que ser pronto. Como sea, pero pronto. Desechada la idea de la tierra. Aunque inunde todos estos pueblos de mis perfumes y de mis alpargatas, no puedo, con la comisión, sacar para comprarme una dehesa y roturarla. Pero nadie me quita de alquilar un tabuco con puerta a la calle, que ya lo adornaré yo a mi gusto, y aquella gente, después de lo que les haya vendido este año, ya me darán a crédito baratijas de éstas para embobar a las mocedades pueblerinas. O hacerme representante general para la comarca o algo así. Luego las cosas vienen rodadas. Y malo será que no encuentre un socio para alquilar un corralón para los domingos; un corralón que adornaríamos con unas cadenas, y le pondríamos un nombre de cabaret de moda, para que los mozos le dieran al «swing» con sus botas de tachuelas. Yo me encargaría del ambigü; vinos del país, cervezas y gaseosas, patatas y bocadillos, y... mayonesa, eso es, mayonesa, mayonesa en todo. No me importará elaborarla a brazo. Al menos veré quién se la come. Lo de la tierra vendrá después.

7

¡DICHOSO Jaimito, y cuándo se morirá! A mí me gustan los cuentos si tienen un poco de sal y su miajita de pimienta. Pero los de Jaimito no los puedo resistir. ¿Por qué se me habrá hecho antipático Jaimito? Como el sábado aquí no se me ha dado mal—cinco notas, y no mal surtidas—, vamos a ver cómo se pasa el domingo en este pueblo—per-

dón, villa, como insisten en llamarle sus habitantes—. Pedaleando como un descosido no hubiera infringido el descanso dominical, porque eso no es trabajar, sino viajar; pero, ¡qué demonios! Algún día ha de descansar uno de verdad. Y entablo conversación con dos compañeros de la fonda, uno de Seguros y otro de ferretería. Y un pitillo de sobremesa, y ahora a tomar café a «El Buen Gusto», y que si echamos un chamelo, y, mientras que si nos traen o no las fichas, el de Seguros—estos de Seguros son el diablo en lo de saber quisicosas—va y nos larga uno de Jaimito. Y el de los clavos, que se troncha materialmente. Yo, a lo mejor, si no me lo hubieran ya contado veinte veces, puede que también me hubiese reído. Aunque, como era de Jaimito... ¡Dichoso niño, de dónde le habrán sacado!

Y así vamos pasando la tarde. Y nos enteramos de que no hay baile. Lo hay durante todo el invierno, hasta Carnaval. Se suspende por la Cuaresma, y, aunque la Cuaresma termina, ya no se reanuda hasta San Pedro. Y luego ya sigue todo el verano, en local cerrado—¡menudo salón tienen; no lo hay mejor en Madrid!—o al aire libre, en la plaza. Imposible el sacarles el porqué de esta suspensión desde el Sábado de Gloria hasta San Pedro. «Es la costumbre», le dicen a uno con una sonrisa acompañada de un encogimiento de hombros. Probablemente la costumbre viene desde tiempos de los moros. ¡Vaya usted a saber a qué se dedicarían, en vez de bailar, en esta época del año en que la sangre se renueva y hierve... No, desde luego. No es aquí donde yo intentaré abrir mi salón de baile con mayonesa.

El de Seguros se nos va, a la caída de la tarde, a ver a un pelmazo que lleva una semana entreteniéndole con un «vida». Y el ferretero y yo nos dedicamos a medir los pasos que por un enlosado de piedra separan el Ayuntamiento de los soportales de enfrente. Y como a esta tarea están entregadas, por parejas o por tríos, las señoritas del pueblo—perdón otra vez, villa—, nos decidimos a acercarnos a compartirla con tres de estas mocitas, después de comprobar, al cabo de siete vueltas y por ciertas comunicaciones inalámbricas, que no seremos mal acogidos. Simpáticas, en verdad, estas muchachas. Y acogedoras para el forastero. La conversación, al principio, es general. Luego, poco a poco, se va particularizando con la compañera de turno, pues a cada vuelta los hombres nos quedamos parados y son ellas las que giran—¡buena la armáramos de no hacerlo así! Pudiera entenderse que había una especie de principio de compromiso y todo serían habladurías—; de modo que tiene uno que llevar en la cabeza algo así como las partidas simultáneas de ajedrez, para no contestar a Paquita algo que se tenía preparado para Engracia, y viceversa. Y, lo que son las cosas. Las dos de los extremos son de buen ver y de mucha conversación, sobre todo la que yo, con un criterio ferroviario, llamo la descendente. Con la del centro, de luto toda ella y de luto sus ojos, unos inmensos ojos rasgados, y que sólo incidentalmente participa en una u otra conversación, es con la única que yo daría cualquier cosa por tener un rato de palique a solas—delante de todo el mundo, no vaya nadie a creer... pero sin mezclarse nadie en nuestras cosas... ¡Qué ojos! Con esos ojos y ese moreno lavado de su piel, que tanta sombra da a sus hoyuelos en la sonrisa—¡qué pocas de mis cremas me iba a consumir!—, esa muchacha debe venir en línea recta

y sin mezcla de los que implantaron la costumbre de no bailar en primavera.

A las nueve nos despedimos. ¿Hasta cuándo? Quizá para nunca. Y una mano carnosita, también morena y con hoyos, me deja casi más impresionado que aquellos ojos rasgados, rasgados... Si no estuviera comprometido—sólo en el fondo de mi corazón y sin contrapartida, pero comprometido solemnemente—con quien estoy comprometido, creo que sería aquí en donde, a pesar de todas las costumbres habidas y por haber, intentaría establecer mi sala de fiestas.

8

MAL me parece que he caído aquí. Y no precisamente por mi persona. El año pasado ya anduve por este pueblo, y creo recordar que no salí del todo mal. Pero el pedrisco que me tundió ayer tarde por la carretera desnuda, aquí debió de descargar toda su furia. Arrasado todo, huertas y sembrados. De los frutales no ha quedado ni la hoja. ¡Con tal de que no haya afectado a toda la comarca! Pero parece que no. Una nube, una sola nube, negra como las alas de Satanás, se colocó exactamente encima del término, y cuando se convenció de que ni una sola yugada podría escapar a su acción devastadora, se puso a descargar y... Aquí no levanta ya nadie cabeza en un par de años. ¡Buena ocasión para el amigo de Jaimito, el de los Seguros! Aunque no. Yo también he tocado algo ese palillo y me he convencido de que en los tiempos buenos nadie se acuerda de asegurarse y en los malos todos lo harían, pero no tienen dinero.

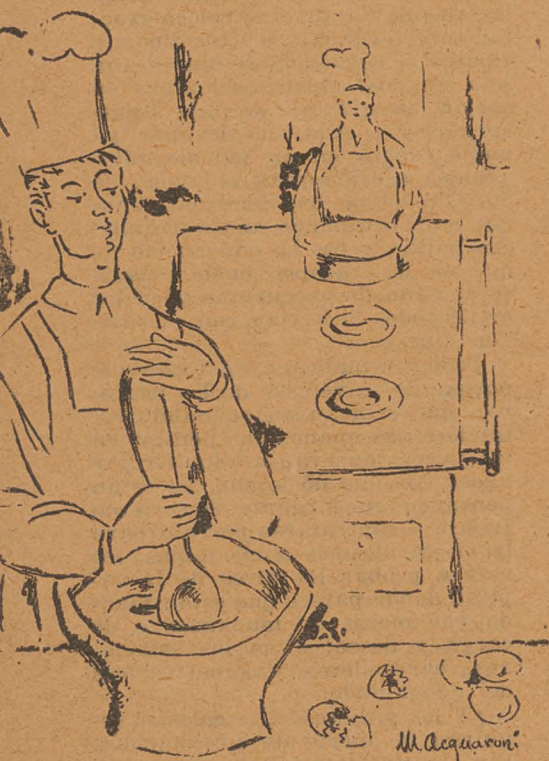
Todo son malas caras. Claro que porque no se ven las de los usureros, que estarán en su cubil fro-tándose las manos de pensar en las tierras que van a adquirir por nada. Los que no lo son, ya están pensando en largarse con viento fresco, a contratarse por ahí para la siega, algunos a las minas, los más a probar los aires de la capital, donde parece que están pian-do por mozos de mudanzas o de carga y descarga en las estaciones, barrenderos y supertécnicos del adoquinado.

¿Y las mujeres? Las casadas seguirán la suerte de sus maridos, con el suplemento de porvenir que puede proporcionarles el lavado de ropa y la asistencia domiciliaria. Pero las mocitas, para ellas es la vida. El servicio, el servicio doméstico les abre sus puertas como una tierra prometida. Las señoras se quejan continuamente de lo mal que está el servicio. Luego si para ellas está malo, es que está muy bueno para las criadas. Además de las derivaciones artísticas que la vida pueda reservar a una chica de servid. Este mundo es el mundo del equilibrio. Para que las cosas estén bien para unos tienen que estar mal para otros. ¿Cuándo se dará con algo que sea bueno para todos?

Los chiquillos serán los que más provecho le sacarán a la cosa. Los que salgan con bien de la prueba serán el día de mañana de esos ciudadanos fuertes, sufridos, que tanta falta hacen hoy en el mundo. Y los que no, ¡para lo que iban a servir...!

Total, que aquí no se me ha perdido nada. Y el pedazo de pan que me coma, aunque lo pague, me va a parecer que lo robo. Y como no tengo que esperar la escala del avión, ni siquiera el paso del tren, a inflar bien las ruedas, para que me lleven de prisa, y a volver las espaldas a esta desolación que no puedo remediar en nada.

LA primavera, por las carreteras. El verano, donde yo me sé. Y el invierno, ¿dónde pasará el invierno? No me atrevo a decir que en la cocina, no, porque, a lo mejor... A este paso, y con las piernas que voy echando, bien pudiera ser que contratado por una marca de bicicletas y entrenándome para correr la Vuelta a Francia. ¿Por qué no? De los hombres se hacen los obispos, y los campeones ciclistas bien pueden hacerse de los pobres diablos como yo, que tienen que andar devorando kilómetros y no tienen a mano un «Packard» para hacerlo. Y que no lo deben de pasar mal los fulanos esos. Aunque no, no me gustaría. La bicicleta empezó para mí, como para casi todo el mundo, siendo un juego. Deporte puro. Ahora es un medio para trasladarme a donde no puedo ir de otro modo. Y ya me gusta un poco menos, pero qué remedio... De todos modos, la soporto. Pero si tuviera que pasarme la vida andando en bicicleta, no yendo a donde yo quisiera, sino haciendo el recorrido que me ordenasen, y en el tiempo que me fijase el en-



trenador, creo que le cobraría verdadero asco. Como esos pobres muchachos futbolistas profesionales. Cuidado que a mí me ha gustado darle patadas a un balón, a lo mejor como desahogo por no poder darselas a otros; pero el caso es que me ha gustado, y hasta me sigue gustando en ocasiones. Pero eso de tener que estar un domingo, y otro, y otro, tenga o no tenga una ganas, dándole a la pelota, y a las espinillas del contrario, si es que puede uno salvar las suyas, y, para descansar, moliéndose los huesos en el tren, en viajes interminables... «Y que encima digan de uno que no trabaja, sino que juega... ¡Ya les daría yo juego...!» Como se lamentaba el bueno de Cisco. Antes de ir al servicio, jugaba en el equipo de su pueblo. Jugaba, en la verdadera aceptación de la palabra. Durante la semana, cada uno trabajaba en lo suyo, o papaba moscas, si podía permitirse ese lujo. Y el domingo, a calzarse las botas, y la camiseta del club el que la tenía, y a corretear alegremente por el césped detrás de la bolita. Unos domingos recibían ellos la visita de alguno de sus eternos rivales de los pueblos del contorno. Otros, eran ellos los excursionistas. Que ga-

nasen o que perdiesen, la cosa terminaba siempre con vino, y en el baile, y hasta con un poco de camorra, que también es una distracción y siempre da para contar. Después, en el regimiento, fué el fenómeno del equipo, de medio volante. Era la única distracción que teníamos. Pero a él, su calidad excepcional le valió, además de la popularidad, bastantes convites y cinco duros del comandante una vez, y hasta le libró de algunas guardias. Y cuando, terminada la «mili», yo salía cavilando sobre cómo iba a hacer para medio llenar todos los días el buche, él iba alegre y optimista, fichado ya para un «Segunda División» nada menos. Cuando me lo encontré aquella noche en la estación del Mediodía, era otro hombre. Venían del Atlántico y se dirigían al Mediterráneo. Y tres días después estarían de regreso del Mediterráneo, magullados y llenos de carbonilla, y enfilando la proa hacia el cabo Finisterre. Claro que un domingo si y otro no se quedaban en casa. Y que no todos los viajes eran tan largos. Al menos, teóricamente. Porque, con las endiabladas combinaciones de trenes, algunos viajes que en el mapa no parecen nada, representan cuarenta y ocho horas sin desnudarse. Se ha escrito mucho sobre la tristeza del payaso, sobre los dramas del circo. Que yo sepa, aun nada se ha escrito, y creo que hay materia abundante para ello, sobre el tedio y el vacío del deportista profesional. Esta fué mi impresión al verle y oírle. Creo que, si seguimos hablando, hubiera terminado por llorarme en el hombro y pidiéndome le buscara una colocación, en lo que fuera. Pero no lo permitió el entrenador, que, con enérgica voz de mando y gesto de cabo de vara, reagrupó a todas sus ovejas y las zampó en el vagón media hora antes de la salida del tren.

Estoy seguro de que con lo que él cobra yo viviría como un duque; pero duque con entrenador o paseante en carreteras sin que nadie me diga a qué hora tengo que ponerme las botas, me quedo con lo mío. Aunque lo mío no me asegure cuántos días del año voy a poder mover el bigote. Pero soy libre, libre...

Esta noche, por ejemplo, parece que se va a presentar buena. Bien avanzado mayo y final del creciente. Yo no sé lo que dirán de esto los astrónomos; pero a mí mi experiencia me dice que, fuera de las de enero y agosto, pocas lunas llenas se logran plenamente; en cambio, estos finales del creciente—no os alborotéis, señores astrónomos, yo hablo por lo que he visto—suelen ser de maravilla, bárbaros, como dicen las señoritas delicadas. Por lo menos, este de hoy se presenta verdaderamente bárbaro. ¿Por qué he de tener yo que pasar la noche entre las sábanas de una posada, que seguramente ya tendrán chinches? En la venta de Juan Lorenzo ya me freirán unos huevos con jamón, y me darán un cuartillo de tintorro para remojarlo. Después, para que no me llamen loco, les diré: «Sí, he preferido cenar aquí, porque en la fonda guisan muy mal, todos lo sabemos; luego me iré a dormir allí.» Con lo que no habré mentido en la primera parte, y lo de la segunda ya lo confesaré, aunque no creo que vaya al infierno por ello. Y después de cenar, unos pedalazos más, y a buscarme una buena cama entre las berroqueñas, y a acomodarme allí, y a embutirme entre la media manta y la trinchera, y a dormir, a dormir plateado por la luna y de cara a las estrellas, y pensando en lo mío, en lo mío...

¡MALDITO perro! ¡Que por no atropellar a ese miserable can me haya dado yo esta costalada! Y menos mal que había un sembrado y no un precipicio. ¡Maldito chuchó! Sí, mírame, mírame. Como encima te atrevas a ladrarme, te doy un peñascazo...

Vamos a ver los daños. Sólo un radio, menos mal. Ya me lo soldarán. ¿Y el muestrario? Nada. Es milagroso. Si se me llega a romper el frasco de «Tentación», mato al perro y a su amo. ¡Presentarme a ella con las manos vacías...!

A ver lo mío. Pero... ¿Por qué me habré puesto este pantalón? Si hubiera sido el otro... A ver cómo se remienda ahora esto. Lo de la rodilla me lo lavaré en el primer regato que encuentre. Lo demás del cuerpo ya me dolerá cuando se me enfríe. Y ya me dejaré de doler cuando le dé la gana.

¿En qué iría yo pensando! En lo de siempre, claro. ¡Y por no aplastar a un perro!... Y el caso es que si le paso por encima el batacazo hubiera sido el mismo. O peor, cualquiera sabe. Pero eso yo no tuve tiempo de pensarlo, y la verdad es que si hice aquel extraño que me valió lo que me ha valido, fué por no atropellarle. Con lo que mi buena intención queda demostrada. O, por lo menos, mi instinto de no querer hacer daño a nadie. Unos, por no querer hacer daño a nadie, nos lo hacemos nosotros. Otros se lo hacen al prójimo y se lo hacen a sí mismos de rechazo. Y algunos hay que pasan por encima de quien sea, y se aprovechan de ello, y siguen tan orondos su camino. Muy desigual este mundo. Lo mejor es, cuando no se tienen entrañas para atropellar a nadie, andar con los ojos bien abiertos para que no le pisen a uno. Y vivir, y vivir sin pensar; o pensando lo menos posible. Cuando se anda solo por el mundo no puede uno dejar de pensar. Y de soñar también. Aunque maldito lo que se saca de ello en limpio. Pero, puesto que lo mismo me van a dar y no lo puedo remediar, a pensar, a soñar... Además de que no lo puedo evitar, pensando en ella, soñando con ella, me voy acostumbrando a su trato. Así no me encontraré tan atado cuando hable con ella. Tendré salidas para todo. Como cuando esté así, un poco celosilla. «¡Ea, no seas tontina! ¡Si desde hace un año no he dejado de pensar en ti, sólo en ti! ¿Que no me crees? ¡Bueno! Pues para que veas que soy franco: una vez sí que tuve una tentación. Tenía unos ojos negros, muy rasgados. Pero nada más que los ojos. Ni aun con eso se podía comparar a ti. Y, además, no pasó nada. Pensé en ti, y me marché, me marché sin decirle una palabra.» Sí, eso está muy bien, pero hasta llegar a eso... ¿Cómo decirle...? ¡Si me hubiese atrevido a decirselo por carta, como pensé...! Pero ¿cómo se encabeza una carta así? Claro que yo podía haber empezado a escribirle como amigo: «Estimada Eulalia.» ¡Qué frío es esto! ¡Bueno, pero para empezar...! Ella me hubiera contestado: «Estimado Vicente.» ¿Cómo hubiera yo releído esa carta, cómo la habría besado! Y, poco a poco, en otras cartas, puede que ya me hubiese dado pie... Todo llegará, todo llegará. ¿Por qué, si no, me iba a haber fijado yo así en ella y no en ninguna otra? Porque está escrito, porque está escrito en alguna parte que ella tiene que ser para mí y yo para ella...

Bueno, creo que lo de la de los ojos rasgados no se lo debo decir. A lo mejor le hace sufrir, y aquello, después de todo, no fué nada.

Yo conozco a ese hombre. ¡Ya lo creo que le conozco! ¿Pero de qué? ¿Y de dónde? ¡Nada, que no doy con ello! Pues no me quedo con la curiosidad. Y me acerco.

—Yo le conozco a usted, pero...
—Profesor Albert—me responde con tono reposado.

¡Claro, ya decía yo! El tarda algo más en reconocermelo. Mi primera indicación de haber sido «secretario» suyo una noche, no parece decirle nada. Ningún primer ministro inglés, ningún magnate de las finanzas americanas, habrá tenido en toda su vida ni la mitad de secretarios que él. Ni, desde luego, le habrán salido tan baratos. Tampoco le dice nada el que una de mis actuaciones fuera la de ocultar, y sacar después de mi pecho, el mono de peluche que él había hecho desaparecer de una caja a la vista del público, y que tanto revuelo armó entre las señoras, previsiblemente advertidas por él de las preferencias del animalito. Para eso siempre encuentra un colaborador. Pero cuando le aclaro que yo fui quien le sacó del apuro aquella noche, en aquel camelo de los números que se le tracamundearon—no es que estuviera borracho, eso no, pero un poco así, mareadillo, sí que lo estaba—, me abraza efusivamente, y celebramos el encuentro con abundantes vasos de blanco, todos por su cuenta. Lo que me consuela, viendo que no serví a un desagradecido. ¿Y cómo hubiera podido dejarle en la estacada, habiéndome dado cuenta de en dónde estaba el error de su cálculo, y viéndole a él, de ordinario tan sereno, medio alobado ya, y con lo despiadadamente que empezaban a reírse de él aquellos señores veraneantes?

¡Buen elemento el profesor Albert! Con sus diplomas de Viena y de Leipzig, que nadie ha visto; con sus certificados de las principales eminencias médicas sobre sus portentosas facultades para crecer o menguar, engordar o adelgazar a voluntad, caligrafia-dos por él mismo, y que, por otra parte, nadie se preocupa nunca de examinar; con su nombre extranjerizado con la supresión de la «o» final, ¡buen elemento! A nadie pide nada, a nadie molesta, a todos divierte, y el que no se divierte, allá él; pero no puede pedir que le devuelvan el importe de la entrada, que el profesor Albert nunca cobra. No exige dinero nunca por su trabajo, como hacemos la generalidad de los mortales, y algunos hasta por lo que no es trabajo. Después de sus filigranas de prestidigitación, de sus experiencias científicas de adivinación de pensamiento, pasa la bandeja, eso sí, pero por pura rutina y por no chocar con las costumbres. Sabe demasiado que eso no rinde. La rifa, la rifa de unas botellas de coñac y de anís—cedidas a precio de coste por «el mostrador»—es lo que proporciona el premio a sus habilidades. La em-pieza con calma, con excesiva calma. Esa es su arma secreta, la calma. La gente se impacienta por ver terminado aquello, que no le divierte nada. Y ése es el momento, que hay que saber medir con precisión—ya le ha pasado alguna vez que la gente se le ha empezado a marchar y ha tenido que sortear con muy poco papel vendido—, para sustituir la venta de diez en diez números por la su-basta de grandes tiras. Hay un minuto de angustia, hasta que puja el primer ficacho. Después, la vanidad humana entra en juego, y ya todo va como una seda. Terminada la rifa, unos números de relleno, tirando a alinear, y a acostarse, después de haber contado la recaudación, naturalmente.

De todo esto, que ya había adivinado yo viéndole trabajar, me charla y me charla, y de su conocimiento de los pueblos—si de algo se le pudiera nombrar profesor, yo creo que sería de Geografía, aunque tampoco estaría mal de Psicología—, y de su vida libre —«aperreada» la llama él, pero a mí se me figura que lo dice un poco por presumir—. Si yo fuera capaz de aprender sus trucos, si tuviera su labia, es un género de vida que no me disgustaría. Con todo lo independiente que yo me juzgo, al fin y al cabo en algo dependo de «la casa» que me da el muestrario y «el género». El, de tejas abajo, no depende más que de sí mismo. Un poco del calendario, claro está, pues hay sitios, la mayor parte, a los que no se puede ir más que en fechas determinadas. Pero ése es el mínimo de esclavitud que puede exigírsele a una profesión, y, después de todo, esclavo del calendario todo el mundo lo es un poco. Sí, no cabe duda, no me disgustaría esa vida. Claro que con ella... ¿Se avendría ella a esta vida trashumante? Me parece que no, ni estaría bien por mi parte hacérsela adoptar.

El profesor Albert sigue en vena de confidencias. No hay como el vino para hacerle a uno desnudar su alma. Y hasta me explica alguno de sus trucos más diabólicos. Bien tranquilamente puede hacerlo, que no le haré la competencia; a los dos minutos no me acuerdo de ellos, ni, aunque me acordase, sería capaz de llevarlos a la práctica. Y, por fin, la explicación de por qué le había fallado aquello aquella noche. Dieciocho años de no haberle faltado nada, de haberla tratado como a una reina. Y aquel día, la muy pécora, le había abandonado. Y con un chisgarabís de viajante. Y sin que hubiese mediado ningún mal trato, ningún disgusto. La ciencia adivinatoria del profesor Albert había fracasado por una vez. Nada había podido adivinar de las intenciones de la mala pécora.

12

Y como la primera parte del recorrido ya está hecha, y hay que reponer algo la ropa y prepararse para una nueva vida, la bicicleta vuelve a ir sobre ruedas ajenas, como una señorita, y yo casi como una ternera de las que van al matadero, en este vagón que oficialmente no es de ganado, pero se le parece muchísimo. ¡Como que me veo negro para repasar las notas y echar la cuenta de las comisiones que tengo que cobrar, descontado el envío a cuenta que me hicieron! De todos modos, me queda un buen pico, y aunque ahora me gaste algo... Sí, ha sido una buena idea la de volverme. Allí todavía no podía haber ido. Me hubieran dicho que se alegraban mucho de verme bueno, y sería verdad. Pero sin el pretexto del trabajo, que todavía no lo habría, me hubiera tenido que largar al día siguiente. Claro que la habría visto... Bueno, ¿pero qué adelantaba? Así, ahora me elegantizo un poco, que no estará mal para el momento de presentarme, y, lo que es muy importante, trato con estos tíos de que me den alguna cosa a crédito para empezar a realizar mis proyectos.

Después de un par de meses de rodar a costa del propio esfuerzo, parecería natural que el sentirse llevado en volandas fuera un placer. Pero no hay forma más desagradable de viajar que en el tren. Los trenes parece que eligen siempre para sus recorridos los paisajes más feos, y si por casualidad se ven obligados a pasar por alguno que merezca la pena, ya en-

cuentran ellos el modo de birlárselo a los ojos de los viajeros, metiéndose por una trinchera o por algún túnel. Este, por lo menos, tiene verdadera manía con eso de las trincheras. Claro que los medios de transporte se han hecho para llegar. Para viajar, lo que se dice viajar, y ver el mundo, no hay como echarse mundo adelante con sus propios medios.

Si no tuviera la experiencia de otras veces, iría ahora pensando en cómo me iban a recibir las amistades. En un pueblo, falta uno ocho días, y a su regreso le reciben los conocidos como si volviera del otro mundo. En las grandes poblaciones, como el dejar de ver a una persona durante tres o cuatro meses es la cosa más natural, ya puede uno faltar un año, que nadie hará la menor exclamación al volver a verle. Verdad es que de estas cosas no se vive. Pero todo ayuda a hacer la vida agradable. Como cuando uno se muere. Igual de muerto queda en la ciudad que en un pueblo. Pero en el pueblo, por lo menos el primer día, le llora todo el mundo, o, si no le lloran, lo comentan: «¡Pero si le he visto mismamente ayer!», dicen, haciéndose cruces, aunque a los dos días le hayan olvidado por completo. En la ciudad apenas si se entera el propio difunto.

De todos modos, algún día me pasaré por la cocina. Creo que no seré mal recibido; y veré a los amigos, y me daré cuenta de las sofoquinas que me he ahorrado; y, de paso, haré una comida gratis.

¡Ea, ya estamos en la estación! A ver si una vez más me escapo sin que me trague la fiera.

13

TRABAJILLO me ha costado, pero se lo saqué. No todo lo que yo quería, pero algo es algo. ¡Bueno fuera! Después de lo que les he vendido, para como están las cosas... Claro que como las cosas están mal, la gente se compra alpargatas, que le salen mucho más caras que las botas; pero en el momento de pagar se hacen la ilusión de que se están ahorrando un montón de pesetas. Como con lo de la perfumería. Antes deja una mujer de las de ahora de comer que de pintarse los labios. ¡Quién sabe! ¡A lo mejor, esas sustancias, que vaya usted a saber lo que serán, que se echan en estos artículos de perfumería fina, tienen vitaminas!

Bueno, el caso es que, además del muestrario, me llevo un buen surtido de productos de belleza, de los que no abultan. Colonias, ¿para qué? Si me doy un batacazo como el de marras y se me rompen los frascos, he hecho las diez de últimas. Además, que ya las fabrican todos los boticarios de pueblo. Extractos, extractos, jazmín, chipre, violeta. Con esto, y con las cosas de afeitar—aunque hay que ver lo reacios que siguen estos tíos a dejar la barbería—, donde me parezca, y según vea las cosas, o trabajo por cuenta de la casa, o vendo al público de lo mío, que también soy de Dios y tengo derecho a ejercer el honrado comercio. Y voy redondeando mis proyectos. Hasta llegar al que yo me sé, que ¡cuándo será ello!...

Ya todo se reduce a unas jornadas de zascandileo, pedaleando por las mañanitas, con la fresca, o a la caída de la tarde, que ya el calor aprieta en el centro del día. Y las más de las noches que pueda, a dormir al sereno, a saturarme de aire libre, a hacer provisión de él para cuando me tenga que meter en mi cuchitril. En mi cuchitril. ¿Llegaré a tenerlo? Y si llego, entonces, ¡adiós libertad! Bueno, pero ¿para qué se quiere



la libertad, si no es pra ofrecér-sela a una mujer? A una mujer como ella, se entiende. Una mujer como ella, además de merecerlo todo, sabrá ser lo bastante comprensiva para no aceptar por entero el sacrificio que se le ofrece y dejarle a uno una miaja de libertad. ¡No para hacer el golfo, claro está! Para gozar un poco de la naturaleza. Además, que también podemos hacer juntos algunas correrías. No sé. Empiezo a preguntarme si será compatible mi ansia de independencia con la que siento de entregarle mi vida por entero. Me huelo que no van a poder serlo. De todas maneras, y aunque quizá algún día me arrepienta, la verdad es que ahora ni mi pensamiento ni mis sentidos se pueden desprender de ella...

Y, sea como sea, mi suerte está echada. He convenido solemnemente conmigo mismo en que la vida de ciudad no me va. Por lo menos, y va para largo, hasta que no me convierta en uno de esos potentados que tienen su casa en la ciudad, y sus oficinas, pero que en cuanto su ambición les deja un momento libre, salen pitando para su finca del campo, o para una playa, o a la sierra. Así, y con las comodidades que tienen en sus casas, ya es algo más habitable una ciudad. El caso es que tampoco me gustan los pueblos; los pueblos en cuanto quieren ser una mala imitación de las ciudades, que hoy son la mayoría. Lo que a mí me va es el campo. Pues, amigo, para disfrutar del campo como a ti te gusta, no hay más que dos caminos: terrateniente o vagabundo. Y como de lo primero todavía estoy un poco lejos...

—¿Y adónde bueno va por aquí el hombre?

¿De quién es esa voz y a quién pertenece esa mano que se me posa en el hombro? ¡Pero, hombre, si es Bernardo! ¡Mecachis con Bernardo! Y nos juntamos el pecho con la espalda, del abrazo. ¡Vaya con Bernardo! Cuatro años largos sin vernos. Desde que sorteamos. Le destinaron a Aviación, se fué por esos aeródromos de Dios, y ni volver a saber uno del otro. Nos quitamos las palabras de la boca, contándonos atropelladamente nuestras cosas de todo este tiempo, y cómo hemos ido asesinando el hambre. De repartidor de leche, de leñador, de no sé cuántas cosas ha hecho el hombre desde que se quitó el uniforme. Ahora anda con un paisano suyo que trapichea con cosas de comida, y parece que no le pinta mal... Y, cuando queremos recordar, resulta que a mi billete del tren se le ha acabado la cuerda, y al suyo le queda para rato, y tenemos que despedirnos. ¡Hasta la vista! ¡Vaya usted a saber cuándo será esta vista! Mala cosa es esta de ser pobre, y andariego además, para conservar los afectos. Mejor dicho, para disfrutar de ellos. Porque conservarlos, ya estoy viendo que se conservan. Este es el verdadero mérito. Sin dirección conocida adonde enviarnos *christmas*, sin secretarios que nos escriban las cartas cuando estamos muy ocupados, y hasta sin dinero para el sello en más de una ocasión. ¡Y vaya si le tengo yo afecto a este viejo amigo! Y él a mí. Después de los dos años que nos pasamos juntos empujando el carrito para llevar cajas a facturar, por cuenta de aquel tiburón, de aquel ratero de...—ni mentalmente quiero nombrarle, para no hacerle más propaganda de la que él se hace; menos mal que el haber estado con él me sirvió para introducirme en el ramo de perfumería—. Dos años sin que nunca hubiera aquello de «A mí no me toca hacer esto» o «Esto es cosa tuya», y de lo que era de ser de los dos, y de maldecir jun-

tos de aquel bandido... Y, a lo mejor, ahora me paso otros cuatro años, o vaya usted a saber cuántos, sin volver a echármele a la cara. Será por eso por lo que me aferro con todas mis fuerzas a lo que, aparte de todo lo que me atrae, es lo único estable de que podré disfrutar. Aunque, por ahora, no sea más que una esperanza. Por lo menos, mientras no deje de serlo, ya es estable.

Y con mis tesoros materiales atados tras el sillín y los otros en el pensamiento, a rodar, a rodar otra vez.

14

ESTO ya va teniendo color de verano. De verano, pero sin agosto. De comienzos del verano. Verdes todavía los trigos, pero grandotes, grandotes. Las espigas bien granadas se pavonean al soplo de la brisa y miran orgullosas a las intrusas amapolas. El que está arriba y sabe que es apreciado, cotizado, mira con desprecio al de abajo. Lo de siempre. No en todos los casos, sin embargo. Yo hubiera podido aplastar con la rueda a esa oruga, y, si no hubiera dado la casualidad de ir mirando al suelo en ese momento, como los ciclistas principiantes, seguramente la aplastó. Pero he podido evitarlo, y lo he evitado. ¿Adónde iría esa oruga? Algo importante le debía impulsar a atravesar la carretera. Me parece que a las orugas les ha de gustar el asfalto aun menos que a mí. Pero lo primero es lo primero, se habrá dicho. Y se ha lanzado a desafiar los peligros en busca de con qué llenar la andorga, y tal vez al encuentro de su pareja—¿macho o hembra?; ¿cualquiera sabe el sexo y las costumbres de las orugas!—; y lo bueno está en que, cuando se ha decidido a ello, y si no la aplasta una rueda de bicicleta o de camión, o el pie de una mala sangre, seguramente lo encontrará. No le pasará lo que a nosotros, que a lo mejor nos pasamos la vida atravesando carreteras en busca de lo uno y lo otro..., y, aunque no perezcamos aplastados, no encontramos nada de lo que buscamos. ¡Despistados que somos los reyes de la creación!

¿Y por qué me he de poner ahora pesimista? Total, por una oruga. El cavilar no trae nunca nada bueno. Sí, ¿por qué? Qué comer, mal que bien, hasta ahora lo voy encontrando. Y lo otro, lo otro... Vamos a ver, ¿en qué fundas tu esperanza? ¿Qué anillos, ni siquiera qué palabras de compromiso habéis cambiado? No, nada, claro. Pero a ella no le disgustaba hablar conmigo, y notaba con qué ojos yo la miraba, y se ruborizaba. Lo que no le pasaba con los otros. ¡Claro, como que estaba harta de conocerlos! Bueno, es que quiero que me pille el toro. Pero ¿y el apretón de manos de la despedida? ¿Y los ojos que puso cuando dijo «¿Volverás?» ¡Sí, señor, me dijo: «¿Volverás?»! Eso no me lo he inventado yo. Y al decirme esto es que esperaba, o deseaba, mi vuelta. Y si esperaba o deseaba mi vuelta, sería por algo. Y yo, que me doy cuenta de esto, me paso los meses sin decir: «Aquí estoy, vivo todavía, y vivo para ti, y volveré, volveré...» ¿Por qué no la he escrito? ¡Siempre la maldita cosa, la falta de costumbre de mantener las relaciones, aunque sea por medio de un trozo de papel!

Nada, que para cualquier lado que tire, hoy siempre salgo perdiendo. Que hay días en que lo ve uno todo negro, aunque la naturaleza se lo ofrezca verde, como esos prados y esos trigales, como las copas de esos álamos y su cauce

de cunetas; o azul, como ese cielo sin una nube, o... ¿de qué color es aquello del horizonte? Si dijera que era rojo, mentiría. Para aquel color no hemos encontrado nombre. Ni siquiera el fuego se atrevería a compararse con él.

15

OTRA jornada más, y estoy, como aquel que dice, a pie de obra. Y mis nervios que saltan. Con estos nervios, imposible visitar a ningún comerciante. No tendría paciencia para soportar su regateo. Necesito aire libre, gritar, gritar, aire libre. Y, puesto que hoy es día de mercado, a instalarme en el mercado, aquí, entre este puesto de hierros viejos y el de las botas de becerro.

«¡Miren, vean, jovencitas! ¡Las últimas creaciones de la perfumería americana! ¡Traídas de contrabando en el avión especial de la casa! ¡Vean, miren! ¡Por mirar no se cobra nada! ¡Hay chipre, jazmín, violeta! ¡A ver, morenita! ¡No, el tono "obsesión" no le va a usted! El "misterio". ¡Con el "misterio" va usted a acabar de volver loco a su novio! ¡Y cincuenta de vuelta! Gracias. ¡Miren, vean, compren! ¡"Susurro", la mejor hoja de afeitar! ¡Al comprador de un paquete la casa le regala otro! ¡Del mejor acero sueco! Sí, señora. Puede usted arañar a su marido con el tono que desee. ¡De plexiglás, de plexiglás! ¡Del auténtico plexiglás, hasta ahora sólo conocido a través de las imitaciones! ¡Cinturones y monederos!...»

Y compran como desesperadas. Luego habrá bronca en casa. Algún marido se quejará de la comida y su mujercita le dirá: «Es que no te haces idea de cómo está todo.» ¿Quién ha dicho que las mujeres son más huesos para comprar que los hombres? Será en otros artículos. Lo que es en éstos...

Y va pasando la mañana. Y las existencias van bajando que es un gusto. Y el bolsillo poniéndose que es otro. ¡Arte de vendedor que tiene uno! Y simpatía. Habrá que ver lo que se pueda hacer en este pueblo para la feria de agosto. Será cosa de pensar... Pero no, yo no puedo dejar la granja en todo el verano, salvo los domingos. A menos que para entonces las cosas se hubieran formalizado... Sí, ella lo comprendería, sería para bien de los dos. Bueno, la cuestión es que la cosa, por ahora, marcha bien. Ya es un buen augurio. Por de pronto, hoy, después de comer, voy a destinar un diez por ciento de los beneficios a obsequiarme con café, copa y puro. Y mañana, Dios dirá.

¿Por qué unos días se verá todo de color de rosa y otros todo negro? No se puede creer en los sentimientos. ¿A cuáles se va a hacer caso? «Me lo decía el corazón», dice la gente cuando coincide lo que le ocurre con lo que deseaba o temía. Sí, pero cuando no coincide, la gente se calla como muerta y no dice ni pío de las voces de su corazón. Pasará lo que tenga que pasar, lo que sin duda está ya escrito y decretado en alguna parte. Sí..., pero... ¿y si pasa lo que por nada del mundo querría que pasase?

16

LA última jornada. Hoy no vendo aunque me lo pidan de rodillas. Aunque me pidan crema para tapar los barrillos de una moza que se tiene que casar con mucha necesidad. Como aquella que me quería tanto, y me dejó

porque yo no me podía casar, y ella tenía que hacerlo porque se lo había recomendado al médico. Nada. Hoy no vendo ni una hoja de afeitar para quitar las barbas a un difunto que quiera presentarse decentemente ante los guanos.

Hoy soy un hombre libre. A lo mejor no vuelvo a serlo nunca. Pero lo que es el día de hoy no me lo quita nadie. Por los pueblos, como un rayo, aunque me cargue alguna gallina, no me vaya a dar la tentación de pararme y hablar con alguien. ¡Sí, sí, te he conocido, peón caminero! ¿Qué hacías ahí, a la puerta de la taberna? ¡Levanta, levanta los brazos, y dame voces! ¡Como si llamas a Cachano con dos tejas! ¡Y pensar que hace un par de meses hubiera dado un frenazo, y me habría acercado a él, y le hubiera acochado a preguntas!... Porque él la habrá visto ayer o hace un par de días. Con lo cerca que está su casilla... Pero hoy no quiero saber nada. Hoy no quiero más que dejarme vivir, y rodar, y beberme el aire, por los pueblos como un rayo, por los descampados, sosegadamente, como un señor, como un señor paseante que recorre sus propiedades. Y a ver si no son mis propiedades. Gozo de ellas quizá más que sus amos. A casa no puedo llevármelas, pero tampoco lo pueden ellos. Y, con los sentidos, acaso las gozo como no las disfrutaban ellos. Me lleno los ojos de los verdes y amarillos que todos los pintores del mundo no sabrían imitar. Aspiro el aire embalsamado por los robles, por el heno—a ver, en mi muestrario, qué olor se puede comparar al del heno—. Cuando me paro, escucho el rumor de las hojas y de las espigas acunadas por la brisa. Y cuando me tumbo en la cuneta para embutirme entre pecho y espalda una loncha del serrano con media libra de pan casero, y a apretar la bota para que suelte su jugo, y me cae llovida del cielo una de esas hojas, una de tantas entre millones y millones de hojas, tan suaves, tan jugosas, tan vivas—¿cómo le sentaría a ella un vestido de tela de hojas!; ¿quién sería capaz de hacerlo?—... Así se goza con los sentidos. Bueno, me parece que me falta alguno. A ver: ver, oír, oler, gustar... ¡Ah! Claro, me falta el gusto. Pero ¿es que le voy a tirar un mordisco a uno de estos troncos, o a ese seto de zarzas? ¡Bah!, eso ya lo encontraré, ya lo encuentro, aunque sea a través de un cochino, o pasado por las manos de un tahonero... Claro que ellos lo disfrutaban convirtiéndolo en dinero. Y el dinero sirve para muchas cosas. Pero no es eso, no es eso...

Y, sobre todo y sobre todos, ese cielo, ese cielo azul y sereno, después de la rabietta de ayer. Tan limpio y tan claro, que desde allá lejos no podrán estar mirando como yo miro a estas hierbas. «¡Eh, vosotros, los que me miráis desde el cielo, o desde más allá, desde otros mundos, si es que existen! ¿Qué veis en mí? ¿Un gusano? Un gusano, sí, un miserable gusano. Pero un gusano con un corazón que no le cabe en el pecho, y que no quiere mal a nadie, y bien a todos, y sobre todo a una, que todo se lo merece...»

Y si no me he querido detener en un pueblo para comer y beber, menos lo voy a hacer para dormir. No creo que vaya a arrecirme en esta primera noche del verano. Las estrellas no darán calor, pero ¡cómo brillan! Y los grillos no sé qué darán ni para qué servirán, pero ¡cómo cantan! El más cercano debo de tenerle a un paso. Y el más alejado..., ¿desde dónde me llegará el canto del más alejado? En la inmensidad de la noche serena, todo parece posible.

El último grillo que oigo estará a cien pasos, o estará a una legua. Pero a un metro más allá habrá otro grillo, y a medio metro otro, y así seguirán... ¿Y es que a estos otros no los oigo? Me parece oír a todos los grillos, del mismo modo que a mis ojos se ofrecen todas las estrellas. Menos alguna que estará más allá, más allá... ¿Quién dirigirá la orquesta de los grillos para que entre todas sus voces no haya una sola disorde? Pudiera ser que de cada estrella a cada grillo hubiese un hilo invisible, y, por ello, a la armonía celeste correspondiera la armonía de los alegres cantores de noche. Si dejo de prestar atención, se disipa el canto de los grillos. Cuando cierro los ojos, se me borran las estrellas. Pero, aunque ni las vea ni los oiga, ¡qué noche de estrellas y grillos!...

17

Si me descuido, me calienta el sol las narices. Pronto, pronto, a chapuzarme en el regato, con estas aguas que salieron ayer de la sierra, especialmente enviadas para espabilarme. Y a afeitarme después con una hoja de las buenas, no de las que yo vendo, que desuellan la cara. Hay que presentarse decentemente. Y a desayunar; ¿pero es que voy a poder desayunar? Tendría que hacer verdaderos esfuerzos para atravesar los bocados. Un pitillo, sí, aspirando con ansia las chupadas. Así, así.

Y a la máquina. A lanzarme a tumba abierta por las curvas del puerto. Ahí viene el correo. Le dejaré un poco la delantera, para que se vaya aquietando el polvo que levanta, para que no me atufe con sus gases. Que pase, que pase adelante. No me va a quitar nada. Pasará, indiferente, ante la tapia, como todos los días, sin adivinar que tras aquella tapia se esconde un tesoro. ¿Y para qué iba a querer él ese tesoro? Además, si no lo ha visto en tantos años, no lo va a descubrir ahora.

Y ahora, dejarme ir cuesta abajo, sin pedales, y también sin frenos, adonde me lleve, aunque sea a la muerte, que es adonde, más tarde o más temprano, nos llevan a todos nuestros pies o nuestros coches.

Sí, allí están, tan tiesos como siempre, los negrillos de la entrada. Con sus nidos de mirlos. ¿Estará todavía la pareja del año pasado? Y aquel que salta la pared del prado, ¿no es el «Socarrao»? ¡Justo, el mismo! ¿A quién, si no a él, van a dejar el cuidado de las vacas? Buen ejemplar el «Socarrao». Y el caso es que el que se socarró fué su padre, pero como los motes se heredan... A éste le deberían llamar el «Taciturno» o el «Hablapoco», porque cuidado si es difícil sacarle las palabras del cuerpo. Pero buen muchacho, no blote.

¡No saltes así, corazón!

Los maderos de la portilla y la piedra que les sirve de tope me parecen cosa familiar, cosa querida. «¡Eh!, ¿no hay nadie por ahí?» ¿No es Mariano aquel de la huerta? ¡Ya lo creo que lo es! ¿Quién, si no, va a tirar la azada de ese modo al verme, y salir corriendo hacia aquí con tantos aspavientos?

—¡Muchacho, Marianete!—puedo, al fin, decirle, cuando afloja el abrazo.

—¿Conque ya estás entre nosotros?

—Ya lo ves.

—¿Y qué ha sido de tu vida? Corriéndola por ahí, de seguro.

—Ya os contaré, ya os contaré.

El «Socarrao» también me ha reconocido, y viene con toda cal-

ma. Más vale que tarde un poco. Así, cuando me descargue sus manotazos en la espalda, ya me habrá repuesto de los estrujones de éste.

La que me resulta extraña es la actitud del chaval. Sale de la casa muy embebido en el arreglo de las gomas de un tirador. De repente levanta la vista, me mira con ojos de asombro, y sale de estampía otra vez para la casa. ¿Es que me huye este rapaz? No. Le oigo chillar como un desesperado: «¡Padre, padre, que está aquí Vicente, el de los frascos!» Era un admirador de mi colección de envases de perfumería.

Y, por fin, nos encontramos reunidos todos los hombres. Todos los del año pasado, con la añadidura de un zanquilargo que ha venido hace pocos días. De mujeres, ni rastro. Después de todas las efusiones, de todas las preguntas, me decido—además, la cortesía me parece que lo impone—a interesarme por ellas. Se me agradece, y se me contesta que salieron hace un rato, en el correo—en el correo que yo dejé pasar, y sin decirme el corazón que se me la iba a llevar—, a hacer unas compras, y que volverán a la noche. Quizá sea mejor así, antes de verla y hablarle, familiarizarme con el ambiente. ¡Y vaya si se familiariza uno en seguida, y se siente uno en su casa, con esta gente tan buenaza!

—Te estarás aquí todo el verano—me dice el señor Ramón.

—Y todo el invierno, si hace falta.

—Ya veremos, ya veremos...

Sí, señor, ya veremos. No quisiera otra cosa que ver. Parece que se ha sembrado mucho más que otros años, y que hay otras cosas, proyectos, que dejan entretener.

Y como, por ahora, a la única que me falta por ver es a la abuela, y yo la aprecio mucho, no faltaba más, a la señora Clara, ruego a todos que no dejen sus faenas por mí, que ya sabré yo encontrarla. ¡Y vaya si la encuentro! Donde no puede dejar de encontrársela todas las mañanas, después de haberse lavado y haberse peinado sus cabellos, todavía entrecanos, y colocado su rodete negro. Junto a la ventana de la sala, haciendo calceta, con las gafas de acero en la punta de la nariz como las viejas de los cuentos. Su recibimiento nada tiene que envidiar al de los demás. Sin alboroto y sin manotazos; pero la cordialidad con que me llama «hijo» y la satisfacción con que elogia mis buenos colores valen por todo lo de los otros. Siempre he sentido mucho respeto por los viejos; pero cuando tienen la simpatía y el humor de esta buena señora Clara, me enternecen. Y así, le hago la tertulia, y le sigo la corriente. Y le dejo que me charle, que me charle y que me cuente sus achaques, algunos imaginarios, otros tan naturales a su edad, a sus setenta y cuatro años para Santiago, y contados por duros y reales.

—Y los que tiene usted que vivir—le digo.

—Ya me conformo con los que he vivido. Con tal de llegar, y para los días que faltan yo creo que llegaré, a la boda de mi nieta...

¿Cómo? ¿Qué? Sí. ¿No me habían dicho nada? Para el 10 del mes que viene, si las cosas no se tuercen. Y le tengo que aguantar todo el rollo. Ella hubiese preferido que su nieta no se casara tan joven. Tan niña todavía. Ya, ya se sabe, al casarse, sufrimientos, responsabilidades... Pero como ella aquí ya no pinta nada... Y el novio traía prisa. Los jóvenes, ya se sabe. Y como no había nada por qué oponerse... ¡Dios! ¡Y tener

que soportar todo esto! ¡Y para eso yo...! Menos mal que la busca de unos puntos que se le han perdido le impide mirarme a la cara. Y como ella se lo dice todo, no tengo por qué esforzarme en sacar de mi garganta sonidos que se negarían a salir, y que no sé lo que querían decir. Y sigue, y sigue. Del novio no tiene nada que decir. Si le tengo que conocer. Miguel, el de los pañeros, que dieron en quiebra hace unos años, pero una familia muy honrada. Buen muchacho, aunque no tenga oficio ni beneficio; pero es fuerte y sabe doblar la cintura. Trabajaré en la casa. Que ahora, como se han cogido los terrenos del otro lado de la alberca, se hará más lino, y con lo de la remolacha, y hasta cree que tabaco, habrá para todos trabajo... ¡Que si le conozco! Harto estoy de verle en la taberna, y de oírle, y, desde luego, para presumir no había otro. ¡Y con ése, con ése...! Nadie que me hubiese dado la noticia lo podía haber hecho con la crueldad que la vieja; inconsciente, pero crueldad refinada, ahondando, escarbando en mis entrañas... Y la tierra no se abre y me traga, y los cielos no se hunden y me aplastan. Y a esforzarme en que la vieja no me lo note, y que no me lo noten los otros. ¡Qué esfuerzos no haría por ser yo quien no lo notase!

Y me paso el resto del día oyendo como de lejos lo que me hablan, y moviéndome, porque, a pesar de que parece que todo se me ha roto dentro, debe de quedar alguna rueda de la máquina que es la que hace mover los miembros, y hasta hablar, y sonreír, sonreír...

Y cuando llegan, al anochecer, y me acogen con tanta alegría, algo debe de haber visto ella en mí—bien a mi pesar, lo juro por mi madre, no he querido traslucir nada—, algo debe de haber notado, que la ha dejado cortada.

Por la noche espero con ansiedad a oír los ronquidos de Mariano para dar rienda suelta a las lágrimas que todo el día se me han estado viniendo a los ojos. Y resulta que ahora no puedo llorar. Las lágrimas, al no poder salir, se me han alojado junto al corazón, y allí se han hecho una bola de piedra, que me pesa, que me duele, que me mata... Y ni desgarrándome el pecho con las uñas puedo abrir a mis manos camino para sacarla...

18

¿Por qué me he quedado? ¿Qué pinto yo aquí? Claro que difícilmente podría encontrar pretexto para explicar mi marcha, después del entusiasmo con que llegué, y con el que me acogieron. Pero ¿para qué explicarla? Marcharme, lisa y llanamente. No me van a hacer buscar por la Guardia Civil. Y como nadie conoce, ni yo mismo, mi dirección fija..., ¿a qué espero? Y sigo sin moverme, después de hacerme día tras día las mismas reflexiones.

Y el momento se acerca. ¡Ah!, pero de aquí a entonces pueden ocurrir muchas cosas. Hay muertes repentinas, accidentes. Puede ocurrir también...; pero no, no soy capaz. A traición no soy capaz de hacerlo. Cara a cara, si él me provocase, no sé hasta dónde podría llegar. Aunque puede que, si tuviera un arma y posibilidad de clavársela, se me cayera de las manos al pensar en la pena que le podía causar a ella. No, eso ni pensarlo. En cambio, pudiera ella desengañarse, sobre todo si llegase a saber, como sabe casi todo el mundo, menos ella y sus padres, que tantas prisas por parte de él no son sino el deseo de dar en cara a esa ricacha que le desprecia. ¡Y



que se tenga uno que tragar esto! Y si se desengañara y rompiera con él, ¿podría yo...? ¡Cualquiera sabe! Pero, así, por lo menos, pasaría este verano como aquel otro, tan lejano ya, sabiendo que si no era mía tampoco era de otro, y conservaría la esperanza; la esperanza, de la que ya casi no me queda ni una brizna...

¿Dónde, dónde me meto? Imposible ya ocultarme en ningún sitio. Viene hacia aquí, viene hacia aquí. Estos días parecía huírme; y yo, en medio de todo, se lo agradecía. Y ahora, ahora viene hacia mí.

No, no está su padre por aquí. A nadie, no he visto a nadie. Yo sólo estoy a lo mío, a quitar estas malas hierbas, que tanto daño hacen. ¡Si me pudieran arrancar así todas las malas hierbas!... ¿Qué ha podido ver en mí? ¿Cómo la habré mirado? Porque decirle, con mi boca, con mis labios, estoy seguro de no haberle dicho nada. Ahora me doy cuenta de cuántas cosas se deben de poder decir con los ojos, con el cuerpo, con los brazos abiertos, tratando de ayudar al pecho a exhalar los suspiros que le ahogan... ¿A qué palabras mías contesta si no cuando me dice: «Creí que no volverías»? Y sigo sin decir palabra, mejor dicho, sin lanzar ningún sonido; pero es que, sin duda, tengo la facultad de hablar con todo el resto de mi cuerpo. Porque ella me responde, sí, no sueño, me responde, con sus labios temblorosos: «Nunca me dijiste nada. ¡Si siquiera me hubieras escrito...!» ¡Ah, ya está, ya salió la maldita escritura! ¡Y el cómo encabezaba la carta!... Y, por fin, con gran sorpresa mía, sonidos que salen de mi boca: «¿Y ya... no hay remedio?» Y la contestación, que hunde todas mis esperanzas: «¿Ahora... ya...?» Y verla desandar el camino, que no había andado para buscar a su padre, sino..., ¿a qué?, ¿a qué? ¿A consolarme? ¿A disculparse? ¿A qué? ¿A qué?...

19

DESDE el día en que me encontraron de bruces en el sembrado, las manos crispadas apretando las hierbas, las malas hierbas, no creo haya habido nadie me-

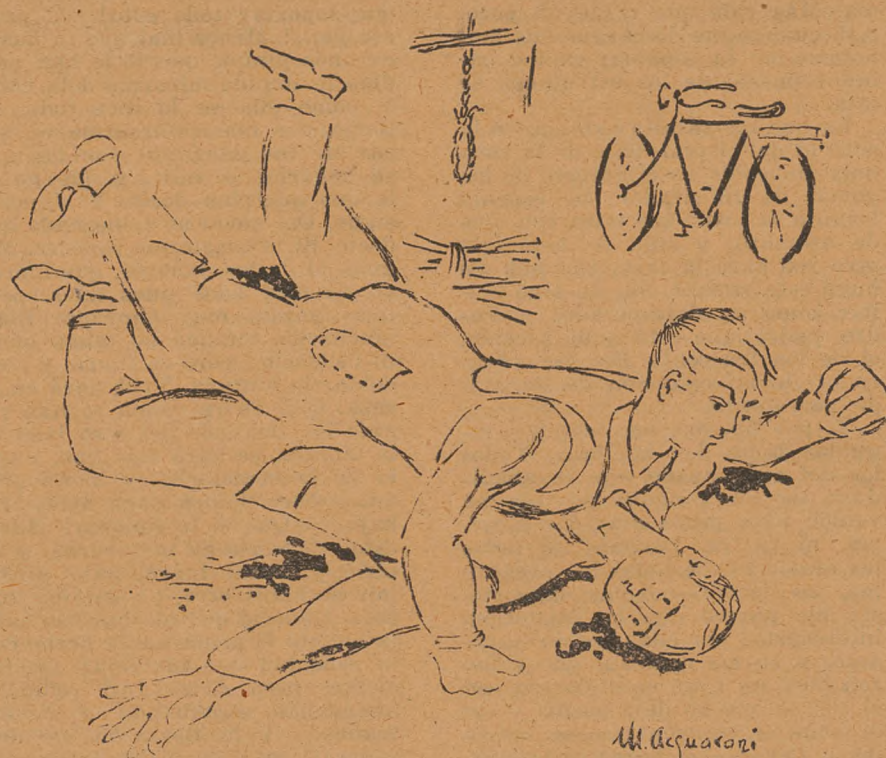
jor cuidado, más mimado que yo. Por parte de todos. Y por parte de ella también. Me he dado cuenta, aunque aparentaba modorra cuando ella aparecía. Para qué hacer otra cosa, si ya no había remedio...

La explicación ha sido fácil. Mejor dicho, no ha sido fácil ni difícil. Me la han dado hecha. Todos han coincidido: «La falta de costumbre. La debilidad. Con lo mal que se come por ahí...» Y así, con tantos cuidados y con tanta comprensión, llego casi repuesto al día... No ha habido accidente, ni muerte repentina, ni desengaño. Los deseos, las ansias de un pobre diablo como yo no pueden torcer el destino. Para lo que me ha valido mi patatús ha sido para verme dispensado de colaborar en los preparativos, para no asistir a la ceremonia. Yo sólo estoy a las maduras. A disfrutar de la fiesta. Y con qué cara va a decir uno que la fiesta para él no es más que un tormento, bien que le hayan ahorrado otros.

Y en la fiesta participo desde que comienza, al volver de la iglesia toda la comitiva. Participo escondido entre el gentío, entre la muchedumbre de desconocidos para mí que se ha descolgado. Alguna mirada furtiva que dirijo a donde yo me sé me trae la certidumbre de que hay alguien para quien la fiesta, si no tanto como para mí, también va entremezclada de pesadumbre. Lo que, si en cierto modo me consuela, por otra parte, allá en el fondo, muy en el fondo, parece como si me desgarrara algo...

Y pues el vino corre como si se hubiese roto la fuente, me aplico a restañarlo con el mismo ardor que los otros. Y por momentos parece que me va convenciendo de la futilidad de los pesares, de que nada hay en el mundo que merezca la pena de darse un mal rato. ¿Qué hay en el mundo que pueda compararse con ver bailar una jota al señor Federo con la señora Martina, jaleados por nuestras voces? ¿Y a las ocurrencias —a veces en forma de berridos, que también son ocurrencias— que fluyen de todas las bocas? De todas las bocas no, porque de la del «Socarrao», ni la solemnidad del día, ni la abundancia del vino, son capaces de hacer salir ningún sonido de los que usan las personas para entenderse. No hay quien le saque de su sonrisa bobalicona, con sus ojos fijos, fijos...

Y así va pasando la sobremesa, y así va pasando la tarde. Y cuando, al ver que se termina la tarde,



se me ocurre pensar que tras de la tarde viene la noche, y que en la noche..., ¿pero cómo he podido olvidarlo? ¿Y me voy a estar yo aquí, bajo el mismo techo? Las nieblas que ahuyentaban de mi cabeza los pensamientos se van deshaciendo, y por un momento todo me da vueltas. Hasta que, por fin, la claridad. Yo no puedo seguir aquí. Llegará el día de mañana, y tarde o temprano la veré, la veré. Gozosa o desencantada. Qué más da. Todo me será insostenible. Del otro, del otro... Y teniendo yo mi bicicleta, que corre como un lebre, ¿me voy a quedar aquí, y no poner tierra por medio?

Con las sombras del anochecer, y las del vino además, nadie se dará cuenta. ¿Qué demonios tengo yo que despedirme de nadie, ni de quedar bien con nadie? Que piensen de mí lo que quieran. No me van a volver a ver nunca, nunca... Y más desgraciado de lo que soy no lo voy a ser porque crean de mí... lo que crean. ¡Mira que no haberlo pensado hasta ahora! La esperanza, la maldita esperanza... Les dejo como regalo de boda los jornales de estos días. Con tal de que no me hayan sacado la bicicleta del establo.

Me parece que me he escabullido sin que nadie lo note. ¿Quién va a notar mi ausencia? Y así, pega-

do a la pared... Calla, ¿de quién es esa sombra? Tampoco ha embarcado vino el angelito. ¿Cómo se tambalea! Y que va derecho al establo. ¿Tendrá también allí su bicicleta? ¡Anda, pues si es el «Socarrao»! ¿Qué diablos irá éste a hacer por allí a estas horas, con las vacas en el prado? ¡A ver si me estropea el pasodoble!

El «Socarrao» no me estropeará el pasodoble, porque no me ve ni me siente. Va a lo suyo. Con su calma de siempre, va cogiendo unos haces de heno: uno, dos, tres, cuatro; los amontona de dos en dos. ¿Qué idea le habrá dado a este condenado? Saca una soga del pesebre. Y la estira, la estira; la prueba con toda la fuerza de sus manazas. Comprueba que es lo suficientemente fuerte. Está satisfecho. Y ahora, ¿qué va a hacer? ¿Va a atar con ella los haces? No. Se sube a los haces. Hace un lazo, ¡se lo mete por la cabeza y echa la cuerda por encima de la viga! Y me lanzo a él como una furia:

—¿Qué ibas a hacer?—y le derribo antes de que pueda afianzar la cuerda.

—¡Apártate, o te mato!—me dice, al levantarse, con una agilidad que nunca hubiera sospechado en él.

No me resigno a dejar marchar-

se así al otro mundo a un hombre, sólo por haber bebido unos cuartillos de más. Y al mismo tiempo que intento sujetarlo, le digo:

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Qué quieres que haga, después de lo de hoy?

—¿Pues qué te ha pasado hoy? —le digo, sin comprender.

—Con el otro, con el otro, del otro...—me aulla.

Y su mirada bueyuna adquiere de repente unos destellos que encierran toda la elocuencia que ha estado ahorrando durante tantos años. Y a mí me devuelve toda mi lucidez. ¡Dios! ¡Se va a matar por ella, por ella, este mastuerzo! ¡Lo que yo no soy capaz de hacer! ¡Lo que no se me ha ocurrido ni pensar! Eso sí que no lo puedo consentir. Y como le veo que vuelve a lo de la cuerda, le agarro por los dos brazos. Y de la primera sacudida me lanza contra la pared. Así, así. ¡Mátame, si puedes, o yo a ti! Pero matarte tú por ella no lo consiento. Me vuelvo a él, rabioso ya, y nos enredamos en una lucha feroz. También él ha comprendido. Y cada uno de los dos, no pudiendo desahogar nuestra rabia en otro, la descargamos en quien tenemos más a mano. Suerte que falla la mayor parte de sus golpes, y que no le dejo espacio para tirármelos de lejos. ¡Bien perdido estaba yo si no! Yo tampoco le puedo acertar con uno decisivo, revueltos como andamos por el suelo, en esta casi oscuridad. ¡Qué asco el sabor de esta pana sudada de su pantalón, cuando me encuentro su pierna ante mi boca! Y otra vez, de un maza, contra la pared... Y ni una estaca, ni un palo por aquí...

Y en medio de mi aturdimiento oigo voces, oigo voces cada vez más cercanas. ¿Nos habrán echado de menos? ¿O habrán oído algo? Como sea, éste ya no se puede ahorcar, por lo menos hoy. ¡Estaría bueno, ahorcarse por ella! Pero ya le puedo dejar. Entrarán por esta puerta, y la bicicleta estará junto a la otra. Me deslizo pegado a la pared. Instintivamente llego a la bicicleta, y al tiempo que ellos entran—¿quiénes serán?—salgo yo por la otra puerta. Y maquinalmente me echo a rodar, saltando, dando botes por las piedras del sendero; y llego a la portilla; y no la salto porque milagrosamente me acuerdo de que se puede abrir; y por ella, al camino, magullado, con la boca llena de sangre que no sé si es mía o del otro; pero con una enorme sensación de alivio, al verme lanzado al camino, otra vez al camino.

EDICIONES CULTURA HISPANICA

AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA)
MADRID (ESPAÑA)

COLECCION «SANTO Y SEÑA»

ESTA COLECCIÓN ES UN VEHÍCULO MÁS QUE CONTRIBUYE A ENRAIZAR EN LOS HOMBRES HISPÁNICOS LA IDEA DE SU MISIÓN UNIVERSAL. FIEL A SU LEMA, ESTA COLECCIÓN OFRECE A SUS LECTORES LA AUTENTICIDAD DEL «SANTO Y SEÑA» DE LA HISPANIDAD

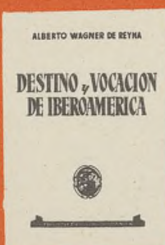


SOBRE LA UNIVERSIDAD HISPANICA, de Pedro Lain Entralgo.—Precio: 20 pesetas.—De 12 X 17 centímetros.—Madrid, 1954.

La ya extensa y densa serie de estudios de Lain Entralgo sobre la Universidad, su concepto, su misión, su estructura y su fundamentación educacional, se ha visto completada con la presente obra, dirigida a la Universidad hispánica.

Cuál es la vocación cultural de Iberoamérica es el tema que se plantea Wagner de Reyna en este libro, y lo hace en cuanto realista y espiritua-
lista a la vez. Las comparaciones de las dos culturas de Europa y América definen la tesis de este libro.

DESTINO Y VOCACION DE IBEROAMERICA, de Alberto Wagner de Reyna.—Precio: 23 pesetas.—De 12 X 17 cm.—Madrid, 1954.



COMUNIDAD DE PUEBLOS HISPANICOS, de Carlos Hamilton.—Precio: 20 pesetas.—De 12 X 17 cm.—Madrid, 1951.

En este libro analiza el régimen colonial, desarrolla su concepto de la Hispanidad y expone su programa dinámico a base de una comunidad de pueblos hispánicos, adentrándose en la política internacional con su fuerte personalidad católica.

Dos ensayos componen esta obra. Uno estudia la figura del evangelizador Antonio Blázquez y el otro la de don Fadrique de Toledo, ambos poco conocidos en las divulgaciones de carácter histórico, y por ello su obra es ensalzada por Alberto de Silva de una manera magistral.

DOS ESPAÑOLES EN LA HISTORIA DEL BRASIL, de Alberto de Silva.—Precio: 12 pesetas.—De 12 X 17 cm.—Madrid, 1953.



OTRAS OBRAS DE ESTA COLECCION

EL PADRE JOSE DE ANCHIETA, FUNDADOR DE SAO PAULO DE PIRATININGA, de Salvador L. Herrera.—12 X 17 cm.—Madrid, 1954.—Precio: 15 pesetas.

AZUL, CELESTE Y BLANCA, de Ricardo A. Herren.—12 X 17 cm.—Madrid, 1954.—Precio: 25 pesetas.

PASADO, PORVENIR Y MISION DE LA GRAN ARGENTINA, de J. Evaristo Casariego.—12 X 17 cm.—Madrid, 1949.—Precio: 12 pesetas.

LAS DOCTRINAS POLITICAS DE EUGENIO MARIA DE HOSTOS, de F.º Elías de Tejada.—12 X 17 cm.—Madrid, 1950.—Precio: 20 pesetas.

CODIGO DE TRABAJO DEL INDIGENA AMERICANO, de Antonio Rumeu de Armas.—12 X 17 cm.—Madrid, 1954.—Precio: 25 pesetas.

PERFIL CULTURAL DE HISPANOAMERICA, de Angel Alvarez de Miranda.—12 X 17 cm.—Madrid, 1950.—Precio: 15 pesetas.

LA UNIVERSIDAD, EL INTELLECTUAL Y EUROPA, de Pedro Lain Entralgo.—12 X 17 cm.—Madrid, 1950.—Precio: 10 pesetas.

VIAJE A SURAMERICA, de Pedro Lain Entralgo.—12 X 17 cm.—Madrid, 1949.—Precio: 12 pesetas.

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA

E. I. S. A. • Pizarro, 17 • MADRID (España)

MOTO VESPA, S. A., PRESENTA SUS NUEVOS MODELOS 1956

Nuevo motor de elevado rendimiento.
Velocidad, 70 Km. p. h.
Capacidad del depósito aumentada a 6 l.
Chasis monocasco de acero.
Nuevo sistema de suspensiones hidráulicas que asegura una inmejorable estabilidad.

Motor "S" especialmente proyectado para turismo rápido.
Velocidad, 85 Km. p. h.
Capacidad del depósito de 8 l.
Chasis monocasco de acero de construcción y forma especiales.
Tambores de los frenos con alea-
tas de refrigeración.
Cuentakilómetros, rueda de re-
puesto, sillín biplaza.



«LA MAJA Y LOS EMBOZADOS», DE GOYA. Museo del Prado. Madrid.